Desde abajo y a la izquierda

Desde abajo y a la izquierda

Movimientos sociales, autonomía
y militancias populares

Mariano Pacheco

Cuarenta Ríos

Mariano, Pacheco
Desde abajo y a la izquierda
Movimientos sociales, autonomía y militancias populares

Primera edición en mayo de 2019

Publicado por Editorial Las cuarenta y El río sin orillas
en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Argentina.

Colección *Cuarenta Ríos*

Diseño de tapa y diagramación interior de Las cuarenta

Páginas: 208
Formato: 21 x 13,5 cm.

CDD 306.26
ISBN: 978-987-4936-07-3
1. Militancia Política. 2. Movimiento Social. 3. Autonomía.
I. Título.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer, en primer lugar, al tridente Gabriel D'Iorio, Diego Carames y Diego Sztulwark. A D'Iorio y Carames (editores junto a Néstor González de *Cuarenta Ríos*) por la propuesta de este libro y a Sztulwark no sólo por el prólogo sino también por las conversaciones (grabadas, y no), que ayudaron a ordenar una serie de ideas que andaban dando vueltas desde hacía un tiempo. Con este libro, y estos nombres, se cierra un círculo de amistades políticas, plagadas de tensiones, que podría resumir en dos experiencias que son un signo de dos épocas: el Colectivo Situaciones y la revista El río sin orillas.

También va un agradecimiento a quienes comparten conmigo (y muchas veces me padecen) las experiencias de lucha, militancia y estudio que tanto ayudan a pensar: mis compañeras y compañeros del periódico Resumen Latinoamericano, el colectivo La luna con gatillo, las revistas Resistencias y Grandes alamedas, la OLP Simón Bolívar, el Encuentro de Organizaciones, la Cátedra Abierta Félix Guattari, la Universidad de los Trabajadores de IMPA, los Grupos de Estudios de Córdoba (no menciono nombres singulares porque son muchos).

A diferencia de otros libros, éste no circuló previamente más allá de editores y prologuistas, pero en un diálogo imaginario no dejaron de estar presentes, siempre, mi maestro Raúl Cerdeiras y los tíos/primos/hermanxs mayores/camaradas/compañeres de ruta con quienes venimos desde hace años construyendo una suerte de comunidad sin tierra pero a la espera de una nueva tierra: Miguel Mazzeo, Esteban Rodríguez Alzueta, Andrea Gallegos, Damián Diéguez, Omar Acha, Fernando Aizicson, Esteban Fridman, Laura Valdano, Vero Almeida, Pelado Rodríguez, Nicolás García, Fabio González, Patricia Iribarne, Mariano Rodolfo Martín, Silvana Caffaro.

Finalmente, agradecer a mi familia de sangre, siempre presente para recibirme en esa patria porteño-conurbanera: mi viejo, mis hermanas Caro y Gabi, mi tío Claudio, mi sobrina Zo, mi cuñado Nico, la sobriporotita que está por llegar. Y mis amigos más cercanos, conspiradores de cervezas y bares varios, por el aguante y las interminables conversaciones, a veces más que acaloradas: Juan Rey, Fernando Stratta, Luis Mosse, Marcelo Barrera.

Para Male, pequeña guardia roja

Índice

Prólogo

Notas para una genealogía de la insurrección
Por Diego Sztulwark

Si el libro que inicia la colección de ensayos en la que se inscribe el presente volumen acuña la ingeniosa expresión "vidas de derecha" (Silvia Schwarzböck: *Los espantos. Estética y postdictadura*) para designar el tipo de existencia que llevamos los habitantes del mundo posthistórico en el que enseñorean quienes destrozaron el proyecto de las organizaciones revolucionarias de los años setenta, el de Mariano Pacheco se ocupa de lo que podría llamarse "vidas de izquierda" y trata de la contra-historia que nace durante el nuevo siglo abierto por la irrupción del zapatismo el 1ro de enero de 1994, desplegado en nuestro país a partir del 26 de junio de 1996 (la pueblada acontecida en localidades neuquinas de Plaza Huincul y Cutral-Có). Las *vidas de derecha* transcurren en un universo de postdictadura en el que toda política ha quedado neutralizada mediante el empleo de un dispositivo cultural específico que consiste en eximir a los victoriosos de reflexionar públicamente sobre su victoria en la lucha de clases mientras vencidos quedan a cargo de la narración de lo sucedido. De modo que la de los derrotados se torna testimonio sin política. La cultura de la democracia no tiene afuera: la izquierda se reduce a salón y literatura, sin guerra. Las *vidas de izquierda* en cambio irrumpen en con el "ciclo de resistencia popular y anti-neoliberal" 1996-2002,

creando una contra-cultura antagonista y reintroduciendo el desafío político que el terrorismo de Estado había aniquilado.

Pacheco investiga el nexo entre ese enorme potencial de ruptura de la crisis (y por lo tanto de apertura de horizontes) y la emergencia de lo que llama una *nueva izquierda autónoma*. Ese nexo consiste en adoptar el punto de vista de la crisis, que no se ha agotado ni resuelto. Sino que subsiste como reservorio de percepciones y prácticas subversivas. Las corrientes militantes de la izquierda autónoma sostienen y comunican lo que en la crisis hay de crítica inmanente de la doble relación de representación en la que coinciden los grandes actores de la democracia: la representación política de matriz liberal en la que se juega la legitimidad del Estado; la representación propiamente capitalista del valor que sostiene los dispositivos de explotación de lo producido por la cooperación social. La nueva izquierda autónoma expresa de manera militante los rasgos de autoorganización propios de un ciclo de luchas que en su radicalidad apuntan a destituir las técnicas comunicacionales, jurídicas y policiales de la dominación autoritaria por vías democráticas tan características de la geopolítica actual.

Esta es la premisa del presente ensayo de Mariano Pacheco, y es importante que este punto de vista se desarrolle en confrontación con los títulos previos de esta colección (que de por sí constituye una contribución decisiva para la elaboración política de una perspectiva *generacional*) en la que ya se abordaron las cuestiones de la dialéctica entre mito y creación (*Yo ya no*, de María Pía López), la relación entre peronismo y revuelta (*Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución*, de Javier Trímboli) y el vínculo entre militancia y filosofía del acontecimiento (*Teoría de la militancia*, de Damián Selci). Pacheco retoma todos estos problemas desde el ángulo del *antagonismo*: discutiendo desde abajo la precariedad conservadora de la mediación simbólica y material kirchnerista; proponiendo

retomar los elementos de las luchas autónomas como experiencias capaces de estructurar proyectos fuertemente alternativos al neoliberalismo; cuestionando la política de la memoria histórica que llevaba a anclar la coyuntura del 2003 en 1973, salteándose –precisamente– toda la experiencia que va del 94 zapatista al 2001 argentino; reponiendo el carácter biopolítico de las luchas autónomas como fondo sobre el cual leer la noción badiouana de acontecimiento tal como la estudió de su maestro Raúl Cerdeiras, es decir, arraigada en la capacidad de destitución del marco de representaciones sostenidas por la gubernamentalidad llamada democrática y no en la emergencia de un liderazgo proveniente del sur.

***

La precisión de la investigación de Pacheco (las secuencias fechadas, los escenarios localizados) no surge del puntillismo académico sino de una necesidad profunda: la magnitud de la ruptura, el potencial del acontecimiento 1994-2001 no se verifica sin cierta capacidad de iluminar de otro modo el pasado. Si con Schwarzböck la postdictadura son años de pura *vida de derecha* (sin "afuera"), el estudio realizado por Pacheco a la luz del acontecimiento los convierte en genealogía de la *insurrección*.

En ningún caso conviene ignorar lo que se juega en redistribución de nombre y fechas. Sobre todo, no conviene desestimar un detalle para nada irrelevante: situar como punto de inflexión el 1ro de enero de 1994, es decir, el alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, conlleva una consecuencia inmediata y profunda: inscribe el nuevo tiempo como parte de un tiempo histórico caracterizado como la "cuarta guerra mundial". Vale la pena insistir, no es un detalle menor (el 11 de septiembre estallan las Torres Gemelas en NY). Como no lo es colocar al 2001 argentino en ese escenario de guerra. En

ambos casos se afirma algo que va más allá del ciclo de luchas y permite caracterizar un ciclo largo, en el que el fundamento del poder político resulta inseparable de la aplicación de una violencia global en nombre de la paz. Es dentro de este cuadro que Pacheco lee la Masacre de Avellaneda, ocurrida otro 26 de junio (esta vez de 2002), episodio clave para entender cierta fisonomía que posteriormente adoptó el kirchnerismo:

> No por los asesinatos en sí, por más brutal que haya sido la represión e impactantes las imágenes de los trágicos sucesos, sino porque el 26 de junio de 2002 es el punto de quiebre de ese proceso abierto en 1996. La "Masacre de Avellaneda" se torna central, entonces, para comprender lo que ha pasado durante los últimos quince años en el país, entre otras cosas, porque impuso un doble límite. Por un lado, la masiva respuesta en repudio a la represión que se cobró la vida de dos jóvenes militantes no solo generó el adelantamiento de las elecciones (cuyo ganador, como todos sabemos, fue Néstor Kirchner), y el repliegue político de Eduardo Duhalde, sino también el fin o al menos el aplazamiento, de una respuesta abiertamente represiva a la crisis de 2001. El kirchnerismo fue la salida garantista, redistributiva, en otras palabras, la respuesta progresista que este sistema encontró ante el fuego de los piquetes y el ruido de las cacerolas.

***

Triple importancia del zapatismo, entonces: como fundación, inicia el ciclo de luchas populares y antineoliberales que da nacimiento a la nueva izquierda autónoma; como geopolítica: diagnostica la guerra e imagina alianzas globales; como estrategia, tal y como pudo haber ocurrido con la Comuna de

París, el zapatismo inspira procesos de fuerte productividad política en una época histórica caracterizada por el hecho de que la revuelta extrae su potencia de la carencia de esquemas teóricos y modelos de éxito.

Con la simple indicación de "abajo y a la izquierda" basta entonces para repasar los años noventa argentinos como el momento de articulación de una contra-cultura eficaz para enfrentar los dispositivos democrático-neoliberales de la post-dictadura. Una nueva articulación entre cuerpos y toma de la palabra, una nueva aproximación entre lucha y narración, tal y como se observa hoy en los feminismos populares. Es en este sentido que 2001 y la consigna "otra política" le permiten a Pacheco comprender el ciclo de los gobiernos progresistas como exaltación de una conservadora "autonomía de lo político" (lo que en este contexto merece una aclaración, puesto que la *autonomía de lo político* discontinúa la relación entre lucha y política por medio de un dispositivo mediador específico que es la representación, mientras que la autonomía de la que habla Pacheco consiste, por el contrario, en la reinvención incesante de continuidades y prolongaciones entre cuerpos rebeldes y organización colectiva, entre insurrección e institución).

Y bien, contra esta autonomía de lo político, Pacheco se plantea un plan diferente: la recomposición de un sujeto popular y antineoliberal cuya dialéctica constitutiva debe ser investigada en sus movimientos específicos que van desde las luchas sindicales (huelga) a las que emergen de los movimientos territorializantes (comunidades, piquetes, por recursos naturales), pasando por las que se dan en la esfera de la reproducción (como la lucha de las mujeres). Siguiendo la hibridación de estos procesos, Pacheco logra dar cuenta de la formación de nuevas experiencias de sindicalismo popular, como lo es la experiencia de la CTEP. Esa investigación presta atención, además, a la dimensión subjetiva de estos procesos constituyentes

(el papel *intelectual* de la teología de la liberación o del *punk* como foco de agitación o "proceso de radicalización sin estructuras"), y a la capacidad de combinar trabajo político concebido como alternancia entre tejido de modo de vida en ruptura con la hegemonía capitalista y capacidad de intervenciones tácticas en las diversas coyunturas.

***

Como ya sucedía en su libro *De Cutral-Có a Puente Pueyrredón,* hay en la escritura de Pacheco una enorme riqueza descriptiva. Una interioridad de la escritura con las luchas que lo aproximan quizás más a la actividad extractiva que a la descriptiva. En el tratamiento de los hechos desciende al subsuelo de las memorias militantes y rescata señalamientos que poseen un valor sorprendente, no solo para la situación en la que nacieron sino quizás para toda actualidad imaginable. Como cuando recuerda los objetivos planteados por el núcleo militante del que participaba en los años noventa. Estos eran: "generar la imprescindible organización de base"; "promover instancias de coordinación y organización que excedan lo propio"; "formar cuadros y militantes que desarrollen la capacidad de construir y reproducir esta política"; "marcar cursos de acción, desde construcciones de masas y participación en los conflictos, que aporten claridad al conjunto de la lucha popular". Estos ejes debían plasmarse allá por los fines de los años 90 en la construcción de un Movimiento de Trabajadores Desocupados de alcance nacional: la *Aníbal Verón*. El objetivo último de este libro quizás sea el de repetir –en el sentido de recordar y actualizar– estos señalamientos metodológicos, es decir: contribuir a desarrollar las funciones estratégicas de organización política autónoma de las multitudes que no llegaron a plasmarse de modo suficiente en torno a la crisis de 2001. Es ahí donde la relectura

crítica de 2001 sirve como relanzamiento de la imaginación autonomista:

> ...en el autonomismo subestimamos mucho lo que el peronismo es a la cultura política popular de la Argentina; pensamos que como ya los nombres de Perón y Evita no aparecían, como el PJ y la CGT eran socios de la gobernabilidad neoliberal etc., el peronismo no estaba presente más en las vidas populares, en sus imaginarios. No nos dimos cuenta, creo, que mucho de lo que nosotros llamábamos bajo el rótulo de "nuevas formas de hacer política" estaban muy teñidas, en algunos casos, de lo mejor que el peronismo supo dar en la historia de este país. Por otro lado, también creo que en nuestras experiencias se pecó de cierto ultra-izquierdismo discursivo, que no tenía una correlación con una práctica ultraizquierdista, porque fue el momento en donde más se habló de poder popular y donde menos se construyó poder popular. Entonces, digo, ahí hubo un problema. Y me parece que ahí es donde pagas caro el hecho de no haber formado cuadros, cuando tus militancias se muestran incapaces de ver cuál es la etapa política que se abre, y encontrar respuestas más creativas, más audaces y acordes a ese cambio por el que atraviesa la Argentina.

Nueva Izquierda Autónoma, para Pacheco, es organización capaz de introducir el punto de vista de las luchas plebeyas en el gran debate de la organización del trabajo, del Estado y de la cultura. No se trata para él de un programa futuro, sino de dar cuenta de un fenómeno dinámico que ya ostenta raíces materiales e históricas consistentes (rastreables en cada pico de radicalización de las luchas populares del siglo XX, incluso dentro del peronismo), pero que carece de una adecuada teoría de la organización capaz de desplegar y maximizar su potencial tác-

tico, en el contexto de la actual desestructuración neoliberal de lo social (y también un momento de articulación de las luchas contra el neoliberalismo en momentos en que las políticas populistas se muestran por completo insuficientes para detener su avance y donde, en cambio, se destacan nuevos sujetos en lucha como los feminismos populares o los trabajadores de la economía popular). Si algo resulta innovador, fresco y necesario en este trabajo es precisamente la decisión de intervenir sin prejuicios en los impasses de la constitución de la autonomía, tradición aún para muchos ilegible de las luchas populares. Con este libro Pacheco rompe cierto hermetismo, cierta autoculpabilización que ha acompañado las discusiones dentro de lo que estamos llamando la autonomía. Asume abiertamente su deseo de iniciativa, plantear y resolver las tensiones e irresoluciones que han bloqueado su desarrollo (alguna de ellas clásicas, como es la relación entre espontaneidad y organización, rasgos del siglo de luchas e indicaciones tácticas, ruptura acontecimental y sentido de la historia). Sobre el final Pacheco se vacila sobre un punto esencial: ¿Dio 2001 un tipo específico de intelectual, en el sentido gramsciano del término, es decir, como articulador de las praxis plebeyas? En esa vacilación habría que recomenzar a leer de nuevo este libro, para darse una idea de la riqueza de la experiencia vivida y los problemas que enfrenta toda rebelión verdadera.

Palabras preliminares

El siglo XXI comenzó en 1994

El episodio es conocido. Sucedió el 1 de enero de 1994 en el sureste mexicano. Luego de pasar diez años en las montañas, un grupo guerrillero de extracción marxista que se había propuesto llevar adelante un destacamento entre los indígenas de la zona, sale a luz. Ya no son los mismos. Los pobladores del lugar, tampoco. De esa mezcla entre las tradiciones occidentales de las izquierdas y las de las comunidades prehispánicas, surge una nueva organización: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). La historia de la mutación, de su contexto, fue contado una y otra vez por su vocero, el Sub Comandante Insurgente Marcos, así que no ahondaremos demasiado aquí. Sólo decir que el zapatismo fue nuestra revolución de octubre, si se quiere, parodiando un poco los juegos de espejos de la historia.

En ese contexto, sin teoría que ampare el decurso de su devenir, sin certezas ni demasiados programas en la perspectiva de construcción de una nueva sociedad, las bases zapatistas deciden salir del subsuelo de la historia para decirle al mundo que allí están, que el capitalismo sólo ofrece muerte e indignidad. De allí su reverso: “Ya Basta” y “Dignidad”, dos consignas que emergen entonces, en ese nuevo juego de espejos en el que la población del resto de México y de muchas partes del mundo salen a gritar: “Somos nosotros”; o también: “Todos somos Marcos”. Lo que sigue es por demás conocido: el zapatismo lo-

gra que se frene la guerra abierta, entablan con intelectuales, artistas, pensadores y luchadores de todo el mundo un vínculo a través de las redes sociales virtuales que facilita la revolución científico-técnica y paso a paso comienzan todo un proceso de construcción de autonomía que con los años se plasmará no sólo en la producción autogestiva sino también en el autogobierno, con las Juntas de Buen Gobierno y los Caracoles.

Si para el historiador británico Eric Hobsbawm el siglo XX comienza con la toma del poder por parte de los bolcheviques en Rusia, en 1917, y finaliza con la caída del muro de Berlín, en 1989 (cuando se desploman los así llamados "socialismos reales"), para nosotros –entonces– el siglo XXI comienza en 1994. En ese enero en que México se disponía a firmar un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, dos años después de que la cuestión indígena en Nuestra América fuera puesta en primera plana al conmemorarse los 500 años de la colonización del continente. Cuando el discurso oficial del Nuevo Orden Mundial es el del fin del trabajo, de las ideologías, de la historia. En fin, cuando prima en el planeta entero el modo de producción capitalista y las elites de todas partes proclaman el fin de todos los fines, entonces, aparece el zapatismo.

Dos años y medio después, un 26 de junio de 1996, para ser precisos, los pobladores de la Patagonia argentina que habitan las localidades neuquinas de Plaza Huincul y Cutral Có se disponen a protagonizar la jornada que aquí conceptualizaremos como el momento de inicio del ciclo de resistencia popular anti-neoliberal.

El héroe colectivo

Si es cierto, como alguna vez afirmó Martín Heidegger, que cada generación gesta su héroe, y si es cierto, asimismo, que las jornadas del 19/20 de Diciembre de 2001 funcionan como

símbolo insoslayable de lo que en otras oportunidades hemos denominado como Nueva Izquierda Autónoma[1], cabe preguntarnos cuánto aquellas jornadas insurreccionales funcionan como un momento de llegada y cuánto como momento de partida.

Si se insiste aquí con la importancia del símbolo 2001 (nuestro Eternauta, como el de Oesterheld, es un héroe colectivo), es porque en ese período se condensan y se proyectan experiencias previas, tanto en el plano nacional como en el internacional (en Argentina, desde la pueblada de Cutral Có; en Nuestra América, desde el levantamiento zapatista; en "el primer mundo", desde las manifestaciones "antiglobalización", sobre todo a partir de 1999, cuando se produce en Seattle la protesta contra la cumbre de la Organización Mundial de Comercio).

¿Es que estamos planteando una suerte de tabula rasa? Para nada, sólo que entendemos a la emergencia del zapatismo y a la irrupción de las puebladas como acontecimientos y no como meros hechos políticos. Es decir, haciéndonos eco de las conceptualizaciones más contemporáneas esbozadas por el pensador francés Alain Badiou, podríamos decir que, tanto en América Latina como en Argentina, desde entonces ya nada podrá ser pensado del mismo modo. Nuestro continente se convierte desde entonces en un sitio privilegiado dentro de la geopolítica mundial para repensar las apuestas de emancipación en el nuevo contexto de "acumulación por desposesión", tal como el geógrafo David Harvey supo plantear.

¿Pero no ha pasado nada significativo durante los años 80? Poco que pueda ser pensado en su continuidad con los procesos que van a desembocar en 2001. Es que la década del 80

[1] Pacheco, Mariano y Rodríguez Alzueta, Esteban, "La izquierda autónoma en el laberinto: apuntes sobre el poder popular en Argentina", en *Reflexiones sobre el poder popular*, Buenos Aires, editorial El colectivo, 2007.

se parece mucho más a las del 60 y 70 (pero sin procesos de revolución en marcha) que a la de los 90. Es decir, de algún modo, las militancias y el pensamiento crítico aún viven en los 80 bajo las sombras de lo que fue, pero incapaces de producir y pensar algo nuevo. "En 1985 no nos dábamos cuenta de lo que habían cambiado las reglas del juego", escribe Javier Trímboli en su *Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución*. Es que los 100 días de democracia de los primeros tramos de la gestión de Alfonsín no conmovieron a nadie, tal como supo decir Fogwill con acidez desde las páginas de la revista *Humor;* no, al menos, como sí podríamos pensar que conmovieron –a su modo– los indígenas mexicanos y los piqueteros argentinos. De todos modos, subterráneamente, se gestaron en los años ochenta algunas dinámicas de desobediencias que creemos necesario revisitar.

Este libro busca contribuir a pensar los años de postdictadura en la Argentina (los procesos políticos del movimiento popular que emergieron en medio de esta democracia de la derrota). Con la perspectiva de quien entiende que, en la labor intelectual, que en la escritura, se ponen en juego pasiones tan intensas como las que se depositan en una asamblea, movilización, reunión o corte de ruta, surgieron las líneas que leerán a continuación.

Escritura entonces que se posiciona como un cascotazo a los sentidos comunes que intentan perpetuarse en nuestra sociedad, y que a su vez entiende que, a veces, con un cascotazo textual no alcanza, y debemos pasar a la acción directa junto con nuestras compañeras y compañeros de ruta de otros oficios y espacios de militancia.

Primera parte
El ciclo de luchas autónomas

Capítulo 1
La era del realismo capitalista

El capitalismo ocupa sin fisuras
el horizonte de lo pensable.
Mark Fisher, *Realismo capitalista*.

El problema que tenemos los zapatistas es que casi nunca hablamos para el momento en que estamos hablando. Tenemos este problema de ubicación histórica. Siempre estamos hablando para el mundo que sabemos que va a venir, pero no para el mundo con el que estamos hablando. Es un discurso que está hablando hacia adelante, aunque paradójicamente use muchos recursos del pasado.
Sub Comandante Insurgente Marcos

El Nuevo Orden Mundial

¿Es posible aún hablar de guerra en los países de Nuestraamérica? ¿No es un lenguaje que ha perdido vigencia tras décadas de regímenes "democráticos"? ¿No habría que reservar ese concepto, en todo caso, para procesos de enfrentamiento abierto como los que viven el pueblo kurdo o el palestino?

Quienes tempranamente supieron dar cuenta de la profundidad del Nuevo Orden Mundial fueron los zapatistas. No solo porque se alzaron en armas en el interior de un "régimen democrático", sino porque además comprendieron cabalmente el trasfondo violento presente en el engranaje global de la nueva

ofensiva planetaria del capital. De allí que se refieran al proceso al que vivimos como "Cuarta Guerra Mundial", más allá de que en algunos países los pueblos vivan bajo las bombas y las balas del poder imperial o de las otrora llamadas oligarquías locales, y otros asistan regularmente a las urnas para emitir su voto.

"¿Dime dónde está/ dime dónde está/ la paz de los dioses prometida a millones?", se pregunta DAJ en su canción titulada "Nuevo Orden Mundial". Diferentes Actitudes Juveniles, la banda del Buenos Aires Hard Core que canta: "Esto no es otra etapa/ No hay una nueva historia/ Este nuevo orden mundial/ Continúa con la mentira/ Estancados en el tiempo/ No hay mejoras ni progresos/ Los problemas siguen creciendo/ Y los pueblos sufriendo". En 1993, al salir su álbum *Realidad virtual*, el grupo de Catalina Sur insiste con su poética en destacar rasgos que luego podrán ser leídos en comunicados del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que en México utilizará palabras muy similares. "Veo en el pasado/ Pueblos que padecieron/ Las mismas angustias/ Que como engaños reciclados/ Hoy vivimos día tras día", remata DAJ.

La Cuarta Guerra Mundial (CGM), dirán desde el zapatismo, no es más que la etapa de "ofensiva neoliberal" que se caracteriza por la conquista de territorios y su reorganización, y por la administración de la conquista y la destrucción del enemigo como *constantes* más allá de las *variables* en cuanto a estrategias y tácticas, actores o armamento utilizado. En la era de la informática (que es descripta como equivalente a la invención de la máquina de vapor), tanto las fronteras como las limitaciones temporales y geográficas se ven totalmente trastocadas. Incluso el concepto de enemigo. El zapatismo lo expresa con claridad:

> Esta Cuarta Guerra Mundial usa lo que nosotros llamamos ´destrucción´. Se destruyen los territorios y se despueblan. A la hora que se hace la guerra, se tiene que destruir el territorio, convertirlo en desierto. No por afán destructivo, sino para reconstruir y reordenar.

Paradójicamente, en la era del pensamiento único, el capital procede por montaje: globalizar/fragmentar son esferas de un mismo proceso a partir del cual los Estados nacionales dejan de jugar el rol que jugaron durante los *años de bienestar* y se adaptan a su función de *Estados de malestar*. Destruir/reconstruir entonces. Y asignar a cada territorio conquistado una nueva función, dictaminada por las leyes del mercado en la era de la financierización. Por otra parte, en este nuevo estado de guerra, el enemigo pasa a ser la humanidad en su conjunto y lo que está en juego ya no es un espacio geográfico determinado sino el planeta entero.

También los actores han variado y se han opacado: ya no es el orden de un Estado nacional (por más apoyado por fuerzas imperialistas que esté) operando con sus fuerzas represivas contra agentes de "ideologías foráneas", sino fuerzas represivas estatales-nacionales a veces, otras organismos supra-nacionales de países desarrollados, y otras "bandas narcos", "ejércitos privados" y algunas otras denominaciones que puedan encontrarse por ahí, o quizás, que están siendo "inventadas" en el mismo momento en que se escriben estas líneas, destacan desde el EZLN. De allí que caracterizar la situación actual de Cuarta Guerra Mundial tampoco ayude demasiado, si con este análisis no se problematizan las herramientas para interpretar las nuevas realidades (tan cambiantes) y no se diseñan a su vez nuevos modos de intervención para cambiarlas. De algún modo, conviene recordar junto a estas reflexiones que provienen desde el sureste mexicano, aquello que Walter Benjamin señalaba desde Europa respecto de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). A saber: que había sido protagonizada por soldados que se habían desplazado de niños en carretas y entonces, de jóvenes, veían caer bombas desde el cielo. Algo similar, y recargado, podemos pensar ahora, donde quienes crecimos viendo películas en VHS y escuchando canciones de un casete en un walkman,

convivimos con jóvenes que ya crecieron con el ritmo acelerado de las innovaciones científico-técnicas y que seguramente ni se imaginan cómo pudo ser un mundo sin telefonía celular, sin internet ni redes sociales.

Nuevo Orden Mundial o Capitalismo Mundial Integrado, como caracterizó tempranamente un lúcido Félix Guattari al capitalismo post-industrial que funciona no sólo por represión, sino también por "crispación existencial", instalando un "conservadurismo subjetivo" en el cual las estructuras subjetivas de signos juegan un rol tan importante como el de las estructuras de producción económicas.

Por supuesto, uno podría preguntarse si en verdad puede hablarse de una Cuarta Guerra Mundial en medio de la masacre en la cual, a diferencia de las décadas anteriores, no existen en el mundo, prácticamente, pueblos que se hayan alzado en armas contra la opresión.

Recordemos que en la teoría de la guerra clásica (en Clausewitz, por lo menos), la guerra comienza en realidad en el momento mismo en que el agredido se defiende. Pero bien podría pensarse que los poderes hegemónicos ya han declarado la guerra a los pueblos del mundo, y que lo que falta aún es ver cómo los pueblos se irán posicionando en este nuevo contexto de guerra encubierto por un discurso de paz. Y aquí, más que al General del Ejército Prusiano, tal vez convenga rescatar a Sun Tzu y su sabiduría ancestral oriental, quien recomendaba apelar a la astucia más que a la fuerza directa y abierta. El arte de la guerra, según Sun Tzu, se discierne sobre todo por la capacidad de tomar la iniciativa provechando las condiciones más favorables, siendo capaz de modificar de un modo flexible los planes y adaptarse a las circunstancias. Es decir, apelar a una estrategia de guerra en la cual enfrentar al enemigo sea sobre todo conocerlo (y conocerse a uno mismo), para poder enfrentarlo de manera directa en determinadas condiciones, pero apelando a

sus puntos débiles, generándole también un quiebre en su marco de alianzas y siendo capaces de volver la fuerza propia invisible ante sus ojos, cuando sea necesario. Para ello resulta vital que las fuerzas populares sean astutas, que no repitan siempre los mismos modos de intervención y que puedan adaptarse creativamente a las nuevas situaciones.

Son de algún modo los consejos que supo tener en cuenta Mao Tse Tung, cuando armó toda la estrategia de guerra de China contra Japón. Su idea de combinar tropas regulares en el propio terreno (líneas interiores) con destacamentos guerrilleros que avanzaran sobre la retaguardia enemiga (líneas exteriores), así como la apelación a combinar la guerra de posiciones local en el marco de una estrategia general de guerra de movimientos, permitió a Mao tener una mirada dinámica de la lógica del enfrentamiento, apelar a la creatividad y, sobre todo, combinar defensiva estratégica con ofensivas tácticas, manteniendo siempre el horizonte de la victoria, el desafío de avanzar, aunque sin dejar de recordar que hay veces en que se hace necesario retroceder; pero siempre con miras a librar nuevas y mejores batallas que acerquen a las fuerzas populares al triunfo sobre sus enemigos.

Bien, pero entonces y teniendo en cuenta escenarios como los mencionados, ¿no resulta desmesurado hablar de situación de guerra en países como la Argentina?

Puede que para el progresismo sí, pero no para un pensamiento crítico que se pretenda radical. Si, como señaló Michel Foucault, la guerra es una "relación social permanente e insuprimible", entonces, el modelo de la guerra puede valer como forma de abordar un análisis de las relaciones de poder. Tal como sostiene en su clase del 21 de enero de 1976, titulada "La guerra y la filigrana de la paz", detrás del orden calmo de las subordinaciones, detrás del Estado, sus aparatos y sus leyes, tenemos que poder leer una especie de "guerra primitiva y per-

manente", ya que es la guerra la que constituye el motor de las instituciones y el orden ("la guerra es la cifra misma de la paz", insiste Foucault).

Basta hacer un análisis a fondo sobre las ganancias que la ínfima elite de la humanidad obtiene a costa de la situación en la que viven la inmensa mayoría de habitantes de este mundo, y sobre todo, ver los modos en que vive y muere la población pobre de este planeta, para entender que las democracias no son más que un nombre bonito para denominar una situación de guerra encubierta que nunca dejó de estar presente. La asunción misma de esta situación seguramente ya hará posible dar un primer paso en función de realizar un cambio en las relaciones de fuerzas. Por supuesto, no es sólo un problema de "conciencia", de "conocimiento de la situación" existente, sino que también es un problema anímico, una cuestión de autoestima, de visualización de que otro mundo es posible lo que hará que las luchas emprendidas por las y los de abajo cobren otro relieve.

The Wall

Signada por la desorientación estratégica y la ausencia de certezas, la nuestra es una época en la que necesitamos imperiosamente ser creativos. Ese ejercicio imaginativo, sin embargo, no debería privarnos de la posibilidad de revisitar críticamente experiencias y concepciones del pasado.

Las experiencias de lo que aquí llamaremos algunas veces "corriente autónoma de los nuevos movimientos sociales", otras Nueva Izquierda Autónoma y otras Izquierda Independiente, fueron paridas al calor de las luchas populares que enfrentaron la ofensiva conservadora del neoliberalismo y su discurso del fin de la Historia (que parecía implicar el fin de las ideologías, del trabajo...).

La imposibilidad misma de encontrar un único término para referirse a estas experiencias ya da cuenta del estado de dificultad que encontraron para desarrollarse las militancias no encuadradas en los "ismos" conocidos. Signadas por un alto componente de inmediatismo, esta corriente de la militancia padece de aquello que Rodolfo Walsh denominó alguna vez bajo el rótulo de "déficit de historicidad".

De carácter social, local y reivindicativo, estos procesos enfrentaron a un enemigo poderoso, pero también a una tradición revolucionaria que no solo había sido derrotada sino que además se había topado, a nivel mundial, con fuertes dificultades internas para desarrollar otro tipo de sociedad, más libre e igualitaria.

Con la caída del Muro de Berlín y la derrota de las izquierdas en Centroamérica (sandinismo en Nicaragua; Frente Farabundo Martí en El Salvador; Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca en Guatemala) estas concepciones y prácticas que guiaron el accionar y los debates de buena parte del siglo XIX y todo el siguiente entraron definitivamente en crisis. Se habían acabado los manuales y las teorías irredentas.

Surgieron en Nuestra-américa apuestas rebeldes que vieron en el ya mencionado alzamiento del zapatismo en México el suelo a partir del cual comenzar a edificar nuevas perspectivas emancipatorias para nuestro siglo. Muchas de ellas también intentaron proyectar una perspectiva revolucionaria, otras la enunciaron (más allá de cuánto lograron o no avanzar en ese sentido) y otras, incluso, continuaron su construcción prescindiendo de la resignificación de conceptos del ciclo de luchas anteriores, tales como revolución, izquierda y socialismo.

Cómo sea, el hecho es que la segunda mitad de la década del noventa, y los primeros años del nuevo milenio resultaron de una enorme productividad política. Si bien estas experiencias nacieron y se desarrollaron en el marco de una gigantesca

ofensiva del capitalismo, que se expandió a nivel planetario en un comienzo casi sin encontrar barreras a su voracidad, el surgimiento de distintos procesos en el continente comenzaron a plantear una interesante discusión: que resistir no era ejercer una mera oposición a lo existente, sino un doble proceso de bloqueo a las políticas del poder y creación de nuevas dinámicas y concepciones sobre los desafíos de las y los "de abajo", como empezaba a decírsele en muchos lugares a las "clases subalternas", de algún modo, retomando ese lema con el que Mariano Azuela había titulado a su novela sobre la Revolución Mexicana de 1910.

Con el paso del tiempo, la radicalización de la Revolución Bolivariana de Venezuela encabezada por el Comandante Hugo Chávez Frías, y el triunfo electoral del "Instrumento Político" de los movimientos sociales (MAS) en Bolivia, sumado al avance de los denominados gobiernos "progresistas" en la región, fueron relegando gran parte del saber popular acumulado en esos años de intensas batallas ("el ciclo de luchas autónomas"). La mirada retrospectiva que se fue construyendo de esos años, sobre todo desde los relatos que privilegian la perspectiva estatal, sumado a muchos de los límites que encontraron los nuevos movimientos populares, colocaron a estas experiencias en el lugar de meras respuestas sociales a las crisis económicas, cuando no fueron directamente silenciadas, ignoradas o, en el mejor de los casos, descriptas desde perspectivas teleológicas, que vieron en las nuevas organizaciones de base, con fuerte anclaje territorial y matriz comunitaria, meros gérmenes de futuras estructuras "políticas", siendo incapaces de visualizar aquello que el periodista argentino Hernán López Echague sintetizó en el título de uno de sus libros de crónicas allá por el año 2002. A saber: que "la política está en otro parte".

En Argentina, sin embargo, Diciembre de 2001 puso de manifiesto aquello que se venía amasando ya desde el subsuelo de

la historia: que la política (de emancipación) necesita de los cuerpos (en movimiento) y de la emergencia de nuevas subjetividades. Las jornadas del 19/20, en este sentido, se tornaron de vital importancia para repensar la política misma desde otro lugar. Tal como señaló en su momento Raúl Cerdeiras desde las páginas de *Acontecimiento*, la insurrección permitió hacernos nuevamente la pregunta: ¿qué es la política?

Momento de condensación, entonces, de una puesta en crisis, de sacudón de la cosmovisión postdictatorial, que venía insistiendo, una y otra vez, que no era posible cuestionar el pacto de los consensos de la representación de la democracia parlamentaria. Porque si después de 1983 la política en la Argentina funcionó cada vez más como conservación de lo existente, como espectáculo (reforzado por un predominio cada vez mayor de la virtualidad de los *mass media*, como señaló María Pía López en su libro *Mutante. Trazos sobre los cuerpos*), las jornadas de Diciembre de 2001 recuperaron, nuevamente, un lugar central para la corporalidad en la política. Y si se insiste en estas líneas en la importancia simbólica de 2001, es porque entonces se condensaron y proyectaron experiencias previas, que permitieron comenzar a pensar y desarrollar la política desde otras coordenadas éticas, estéticas y políticas.

La recuperación de empresas por parte de sus trabajadores y su puesta en funcionamiento bajo lógicas cooperativas y autogestivas; los piquetes que parieron a las organizaciones territoriales en las villas, asentamientos y barridas populares; las cacerolas que dieron emergencia a las asambleas barriales en las principales ciudades del país; la recuperación de algunos cuerpos de delegados y comisiones internas que fueron gestando expresiones de un nuevo sindicalismo de base, democrático y participativo; la reconquista de algunos centros de estudiantes y federaciones universitarias por parte de agrupaciones de izquierda, que venían organizando Cátedras libres, grupos de es-

tudio y seminarios alternativos en las facultades, proceso al que se le suman los estudiantes secundarios que enfrentaron la Ley Federal de Educación y comenzaron a reconstituir los Centros de Estudiantes en los colegios; la emergencia de experiencias de resistencia contra la contaminación del medio ambiente y el saqueo de los bienes comunes; los escraches de los HIJOS exigiendo Justicia en relación con las atrocidades cometidas durante la última dictadura cívico-militar, en clara continuidad con la pelea emprendida tiempo antes por las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo; el avance del feminismo y de las asociaciones que fueron haciendo cada vez más visible las luchas por la diversidad de géneros; la emergencia de colectivos culturales y comunicacionales que comenzaron a cuestionar el monopolio de la producción y circulación de la información y el autoencierro del arte en sus propias lógicas; en fin, todas esas experiencias que en Argentina emergieron desde abajo y a la izquierda entre 1996 y 2003, sumado a la proliferación de experiencias que se multiplicaron durante la "década larga" de 2003-2015, son el suelo a partir del cual hoy podemos repensar nuestras prácticas, y seguir pariendo las palabras (las imágenes, los sonidos) necesarias para proyectar un pensamiento crítico que funcione como "piquete simbólico" al sentido común del sistema y abreve por convidar el mundo que pretendemos construir a sectores cada vez más amplios de la sociedad.

Lejos de los iluminismos y las "bajadas de línea" de los monologuistas, estas líneas pretenden ser tan solo una contribución al necesario proceso de producción de definiciones que, quienes nos posicionamos en las barricadas de los movimientos sociales que construyen "desde abajo y a la izquierda", asumimos que será una elaboración colectiva. Entendemos que hoy debemos reafirmar procesos de construcción de autonomía y poder popular, que apuesten a fortalecer organizaciones de base que gesten dinámicas comunitarias y control territorial

que pongan en cuestión los modos de vida en el capitalismo, sin por eso renunciar a realizar las intervenciones coyunturales que sean necesarias en pos de desarrollar políticas de masas capaces de poner en jaque los planes de ajuste y represión del poder dominante. Por supuesto, estas construcciones de base no podrán enfrentar los desafíos de la hora si no desarrollan otras esferas de la política revolucionaria, como la necesaria formación de cuadros o una propaganda que difunda estas experiencias y cuestione los lugares comunes que circulan socialmente, entendiendo que no es posible escindir la dimensión de lucha cultural de la económica y la político-social.

Sin lugar a dudas, el ciclo de luchas populares que comenzó en 1996, con las puebladas que tuvieron su epicentro en las localidades neuquinas de Plaza Huincul y Cutral Có, que rápidamente se expandieron de sur a norte del país, y que encuentran su momento de mayor esplendor durante los días finales de 2001 y el verano de 2002, son el proceso político más cercano para mirar, comentar, pensar y ensayar algunas conclusiones que pueden permitirnos re-proyectar políticas subversivas en la actualidad. A diferencia del progresismo y las miradas estadocéntricas, nosotros entendemos a la política desde una perspectiva disruptiva y no disciplinadora de lo que acontece por fuera de las cuadrículas del "estado de situación"; pensamos a la política como puesta en cuestión de lo dado y no como ordenador de la vida para habitar un "país normal" (la pulsión de orden que parece ser el reverso mismo del discurso progresista).

Según creemos, no es posible entender los años kirchneristas (no solo las gestiones de Néstor y Cristina, sino también lo que la "década ganada" ha hecho con nosotros) si no es a la luz del operativo criminal del Estado que culmina con los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. No por los asesinatos en sí, por más brutal que haya sido la represión e impactantes las imágenes de los trágicos sucesos, sino porque el 26 de

junio de 2002 es el punto de quiebre de ese proceso abierto en 1996. La "Masacre de Avellaneda" se torna central, entonces, para comprender lo que ha pasado durante los últimos quince años en el país, entre otras cosas, porque impuso un doble límite. Por un lado, la masiva respuesta en repudio a la represión que se cobró la vida de dos jóvenes militantes no solo generó el adelantamiento de las elecciones (cuyo ganador, como todos sabemos, fue Néstor Kirchner), y el repliegue político de Eduardo Duhalde, sino también el fin o al menos el aplazamiento, de una respuesta abiertamente represiva a la crisis de 2001. El kirchnerismo fue la salida garantista, redistributiva, en otras palabras, la respuesta progresista que este sistema encontró ante el fuego de los piquetes y el ruido de las cacerolas.

Como en todo proceso político, las idas y vueltas generaron situaciones imprevistas, y muchas demandas presentes en el ciclo de luchas anterior (incluso del conjunto de la postdictadura) encontraron eco en algunas políticas del nuevo gobierno, pero sobre todo, en el discurso esgrimido desde la cima misma del poder estatal. Allí confluyeron las pulsiones conservadoras de un sector de las clases dominantes con gran capacidad de lectura de lo que estaba pasando, con horizontes progresistas no solo de una fracción de la "clase política" sino incluso de una porción de los movimientos sociales que protagonizaron la resistencia anti-neoliberal, pero que nunca tuvieron entre sus perspectivas el cuestionamiento del capitalismo y la democracia parlamentaria.

El cierre por derecha de los inéditos tres períodos consecutivos del kirchnerismo en el gobierno trajo consigo nuevas luchas populares, potenció otras más antiguas y, por sobre todas las cosas, impuso el desafío de sacudir cierta modorra en el pensamiento crítico. Bienvenido sea.

Capítulo 2
Encallados en el espejo retrovisor

El cuarto peronismo es el de la derrota, el de la disgregación, el de los que todavía aguardan que la crisis del capitalismo dependiente se resuelva en los marcos del capitalismo dependiente.
Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*.

Hay un costado del rock que no se puede expresar trazando genealogías, apelando a las trayectorias de los integrantes de la banda o inventariando sus legados o las preferencias que éstos asumieron alguna vez. Hay un costado del rock que solo puede percibirse formando parte de la experiencia que machaca.
Esteban Rodríguez Alzueta, *Por los caminos del rock*.

Luche y se van

¿Se fueron o los echamos?

La pregunta siempre trae aparejada discusiones en nuestras filas. No es para menos.

Resulta difícil entender las elecciones del domingo 30 de octubre de 1983 sin las rondas de las Madres de Plaza de Mayo; sin las huelgas generales del 27 de abril de 1979 y el 30 de marzo de 1982; sin el sostenido sabotaje obrero desde el mismo 24 de marzo de 1976; sin el accionar armado de los comandos del Ejército Revolucionario del Pueblo (mientras tuvo estructura para hacerlo) y de Montoneros, en fin, sin los distintos modos

de resistencia popular que enfrentaron la última dictadura cívico-militar, que a través del terror llevó adelante un verdadero Proceso de Reorganización Nacional.

Bien, pero de nuevo: ¿se fueron o los echamos?

Está claro que de ser por ellos se quedaban. Está claro que los militares, de todos modos, no decidían las cosas por ellos mismos. Mucho menos los argentinos. Y está claro también que en 1983 no sólo en el país sino en toda la región, los procesos dictatoriales inscriptos en el "Plan Cóndor" ya buscaban ser reencauzados en otra dinámica: la de las "democracias controladas".

De allí la paradoja, la polémica: sin esas luchas tal vez se quedaban más tiempo y, seguro, a la hora de entregar el poder, las consecuencias para los sectores populares hubieran sido aún mucho más desastrosas de lo que ya fueron. Pero resulta muy difícil sostener que fue por esta democracia que dejaron su pellejo en las parrillas de los campos de detención y exterminio numerosos contingentes de militancias revolucionarias apenas unos años antes; que quienes soportaron la cárcel durante casi una década lo hicieron para encontrarse con estas instituciones con las que se encontraron al salir; en fin, que por ese país de 1983 pelearon quienes marcharon al exilio (interno o externo) o quienes se quedaron en sus lugares librando las batallas que pudieran, y como pudieran.

De allí que haya quienes preferimos hablar de la postdictadura en un sentido más amplio al que usualmente se le otorga al concepto, o directamente –y de manera más cruda– retomemos aquella frase de Alejandro Horowicz que sostiene que la de Argentina es una "democracia de la derrota".

La "Primavera Democrática" tuvo para algunas personas un posterior momento de desilusión, aunque hay datos que hoy nos permiten ver cómo desde un primer momento los puntos ya estaban puestos sobre las íes.

"A poco de asumir, el día 13 de diciembre, Alfonsín firmaría sendos decretos, el 157 y el 158. En el primero se ordenaba la persecución sobre nosotros; en el segundo se hacía lo propio con los miembros de las Juntas Militares. Así terminaría dibujando su `Teoría de los dos demonios`: para cada uno un decreto, empezando por nosotros. Con esa aberrante interpretación de lo sucedido, el alfonsinismo abordaría el problema del pasado simplificándolo a una pelea entre bandas de delincuentes", escribe Roberto Perdía en su voluminoso libro *Montoneros. El peronismo combatiente en primera persona*. Así, un sector del peronismo, el que había aportado mayor dinamismo a la resistencia antidictatorial, sería fulminado por el rayo de la justicia alfonsinista.

El Pelado –según se conoce a este miembro de la Conducción Nacional de Montoneros entre las militancias– recuerda en su libro que el 20 de diciembre de ese mismo año Oscar Bidegain anuncia públicamente la disolución del Movimiento Peronista Montonero y la restitución de la identidad del Peronismo Auténtico, y sostiene que, recuperado el estado de derecho, no tiene razón de ser el sostenimiento de aquellas estructuras diseñadas para el enfrentamiento armado contra una dictadura. En una declaración emitida ese día en el diario *La Voz*, el ex gobernador de la provincia de Buenos Aires electo en 1973 expresa: "como auténticos peronistas, queremos una nueva democracia, queremos una nueva Argentina". Pero dicha expresión no expresa al conjunto de la fuerza política que en su momento supo agrupar a cientos de miles de voluntades. Montoneros ya había padecido en el exilio una ruptura antes y otra después del lanzamiento de la Contraofensiva de 1979/1980, y desde la disolución de Intransigencia y movilización peronista en adelante padecería otras nuevas. Incluso entre quienes comparten un mismo espacio pueden encontrarse líneas divergentes, como el propio Perdía expresa en el texto mencionado: mientras

Bidegain hacía esa declaración, otras militancias intentaban insertarse en el Partido Justicialista. La dispersión es, así, la forma en que se expresa la derrota final del peronismo montonero.

Por otro lado, mientras en Argentina se vive la "primavera democrática", en países de la región (como Perú, Uruguay y Brasil) y en Cuba, la Conducción Nacional de Montoneros pasa años en la clandestinidad, huyendo de la persecución judicial desatada contra ellos por orden del radicalismo gobernante.

Otras expresiones políticas, como la del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), quienes habían participado junto a Montoneros de la ofensiva final del sandinismo en Nicaragua, y en el posterior proceso abierto por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1979, regresan a la Argentina para hacer política desde nuevas expresiones. Si bien también ellos se vieron atravesados por cierta dispersión producto de las rupturas en el exilio, al ser una fuerza más chica, menos movimientista y más homogénea ideológicamente, sus líneas de intervención fueron más específicas: al interior del Partido Intransigente (PI) y luego conformando el Movimiento Todos por la Patria (MTP), cuyo cierre está signado por la tragedia política que implicó el copamiento del Regimiento de Infantería de La Tablada en enero de 1989.

Expresiones menos golpeadas por la represión, como el trotskista Partido Socialista de los Trabajadores (PST), conformarán novedosas experiencias partidarias, como la del Movimiento al Socialismo (MAS), que llegó a contar con lúcidos voceros como Luis Zamora (electo como Diputado Nacional en 1989), una marcada inserción sindical y una amplia capacidad de movilización. El Partido Comunista (PC), por su parte, con sus ya 65 años de historia para 1983, había logrado mantener su estructura preservada durante los años más duros de la represión genocida y en 1986 protagoniza el "giro centroamericano" tras su XVI Congreso, en el que se produce el

viraje del Frente Democrático Nacional al Frente de Liberación Nacional y Social, se hace una autocrítica por la caracterización realizada de la dictadura de 1976 y se otorga mayor protagonismo a una nueva camada de militancias provenientes de la Federación Juvenil Comunista, La Fede, que encarna un nuevo *ethos* militante, y cuyo símbolo es Marcelo Feito (quien viajará a El Salvador y caerá en combate en septiembre del año siguiente, con el nombre de guerra de "Teniente Rodolfo", mientras participaba como integrante de la Brigada General San Martín en las filas del salvadoreño Frente Farabundo Martí).

Nuestros años ochenta

"Me parece que la militancia de los años de la primavera democrática quiso colocarse en continuidad con la de los primeros setenta, por eso en forma apretada hizo algunas de sus lecturas y vivió algunas de sus discusiones. Incluso me da la impresión de que había cierta conciencia y se suponía que la dictadura había sido sólo una interrupción, que se zanjaría con facilidad. Tuvo algo de concentrado de la anterior experiencia de militancia pero con la marca de la degradación", dice Javier Trímboli en una entrevista para el Nº 7 de *El río sin orilla. Revista de filosofía, cultura y política*, en la que agrega que la revolución nicaragüense "mostraba que los caminos al socialismo no estaban cerrados" y que "la revolución seguía siendo tangible". De allí la importante conclusión que se sacó en amplias franjas de las militancias, que Trímboli expone y aquí quisiera rescatar: "esto habilitaba a desconsiderar a la derrota, de manera que la política revolucionaria no merecía ni conceptual ni vitalmente una revisión completa".

Resulta importante entender que recién en 1985, con el Juicio a las Juntas y el Informe de la CONADEP, comienza a tomarse real dimensión del horror. Así y todo, en el período

83-87, parece haber un entusiasmo que combina la apertura de ciertas libertades luego del autoritarismo más extremo, con la fiesta del reencuentro de las militancias más diversas (los exiliados, los presos, los que dejaron de militar, los que combatieron, los que empezaban allí sus activismos), y la movilización para enjuiciar a los responsables del terror con el corrimiento del velo de la censura en distintos ámbitos (las nuevas publicaciones periodísticas y culturales, los debates universitarios), la participación política y social, el apoyo a la revolución sandinista.

Pero, volviendo a Trímboli y su diálogo con los editores de *El río sin orillas*, entre la Semana Santa del 87 y el 89, la historia parece dar un giro brusco. "Ocurre una suerte de repliegue que poco a poco va perdiendo forma política y es un desbande", remata el historiador.

Recordemos que entre diciembre de 1986 y junio de 1987 se sancionan la ley de Punto final, primero, y de Obediencia debida, después (que produjo la paralización de los procesos judiciales contra los imputados de ser autores penalmente responsables de haber cometido el delito de desaparición forzada de personas durante la dictadura). Además, en el medio (abril del 87) se producen los acontecimientos de Semana Santa, cuando ante una Plaza de Mayo colmada de gente y militancias de todos los colores políticos apoyándolo, con una trasmisión de sus palabras en vivo por cadena nacional y zócalos televisivos destacando la consigna "Democracia o Dictadura", dirigiéndose a los pueblos del mundo, el presidente Alfonsín contrapone la "movilización pacífica de la ciudadanía" a la "violencia" golpista, y anuncia que irá personalmente a Campo de Mayo a exigirles la rendición a los sediciosos. Pero horas más tarde vuelve y termina su discurso destacando el carácter de "héroes de la guerra de las Malvinas" de algunos de los amotinados, cuya intención "no era provocar un golpe de Estado" y esgrime las emblemáticas frases "La Casa está en orden" y "Felices Pascuas". Los sueños de la transición democrática quedan definitivamente sepultados.

"En 1985, no nos dábamos cuenta de lo que habían cambiado las reglas del juego", escribe Javier Trímboli en *Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución*, frase que ya hemos citado en las Palabras preliminares, y que ahora recuperamos nuevamente para intentar pensar qué pasó ahí, en esos años en que las nuevas militancias se sumaban a la política argentina en un contexto tan particular: tras la derrota más fulminante vivenciada por el movimiento popular, pero a su vez, como momento colmado de expectativas. No era para menos, si se tiene en cuenta que las pibas y los pibes que empezaban sus militancias entonces convivían con exiliados que regresaban al país luego de varios años de estar afuera y cuyos últimos recuerdos eran los de una sociedad hipermovilizada (sí, porque a pesar de los asesinatos de las tres A, aun en 1975 se produce el "Villazo", y todo un proceso de movilizaciones contra el "Rodrigazo", por ejemplo), al igual que sucedía con las imágenes del pasado de quienes salían de las cárceles.

Por otra parte, a la sensación de derrota de los primeros años de la dictadura, el triunfo sandinista en Nicaragua parecía torcer el rumbo, no del Cono Sur pero sí de Centroamérica: comenzaba esa suerte de "efecto contagio" en El Salvador y Guatemala, países que contaban entonces con poderosas guerrillas. Y en Argentina la apertura electoral, la política de derechos humanos impulsada desde el gobierno durante los dos primeros años (si bien con su reverso "demoníaco", como ya hemos mencionado) acompañaba de hecho un proceso de movilización social que tenía su epicentro en los sectores medios sensibilizados con la temática represiva, pero también en el movimiento obrero, que ya en agosto de 1984 decreta un primer paro nacional contra la política económica del nuevo gobierno. Pero ese entusiasmo entra, a partir de 1987, en un franco declive.

Mientras la intelectualidad progresista permanece sumergida en su ensueño derechohumanista, mientras se relee la historia reciente de la Argentina a la luz de categorías de un marxismo pasado por la licuadora de la derrota revolucionaria y el "descubrimiento" de la socialdemocracia europea, el país real comenzaba a mostrar cuán profundo había sido el Proceso de Reorganización Nacional implementado a sangre y fuego durante la década anterior. La última dictadura había cambiado verdaderamente la fisonomía del país (proceso que se culminará con el arribo del menemismo), y sus secuelas se hacen sentir no sólo en el plano material sino también en el simbólico.

Tal como señala Ezequiel Adamovsky en su *Historia de las clases populares en Argentina*, en los años ochenta del siglo XX comienza a producirse cierto desdibujamiento de los sectores populares como actor político, y empieza a acentuarse la identificación de sectores obreros con las aspiraciones medias del burgués normal, que en un país como el nuestro no es más que una identificación con la clase media, sector que comienza a tener una fuerte gravitación en el imaginario político nacional.

Asimismo, en 1987 los números ya empiezan a mostrar que con la democracia el pueblo no come, ni se educa, ni se cura como debería para hacerlo con dignidad: la inflación tuvo ese año un 175% de aumento, cifra que alcanzaría el exorbitante 3.620% durante el segundo semestre de 1988 y primero del año siguiente. También en 1987 la pobreza y la indigencia alcanzaron el 47,3% y el 17,5%, respectivamente. Para entonces ya llevaba dos años de funcionamiento el Plan Alimentario Nacional (PAN), programa a partir del cual comienza de algún modo a asumirse que los derechos obreros conculcados durante el terror ya no son un dato pasajero de una coyuntura adversa sino situación estructural de una argentina hecha pedazos, totalmente endeudada luego de que se estatizara la deuda privada contraída en los años del terror.

De allí en más, los sectores populares comenzarán a desplegar una lenta pero prolongada estrategia de "repliegue", primero sobre el territorio –centrado en un incipiente protagonismo de las mujeres en las barriadas–, y también sobre nuevos emergentes de contracultura –como el rock– en los sectores juveniles.

Una nueva politicidad de los sectores populares

En los años ochenta comienza a producirse cierto desplazamiento de la cuestión sindical a la territorial. O más bien: ese desplazamiento –de lo sindical a lo territorial– que acontece en los noventa tienen sus antecedentes en la década anterior, donde ambas lógicas conviven, con una hegemonía todavía en lo sindical, pero con incipientes –y por demás interesantes– procesos de territorialización.

Ya en 1982, en medio de una dictadura que si bien en retirada no dejaba de asestar sus golpes (Raúl Yaguer fue asesinado en Córdoba en abril de 1983 y Eduardo "Carlon" Pereyra Rossi, miembro de la Conducción Nacional de Montoneros –al igual que Yaguer– apareció muerto junto a Osvaldo Cambiaso en mayo del mismo año, tras haber sido secuestrado por el policía Luis Patti cuando se dirigían de Rosario a Buenos Aires), se producen una serie de luchas de carácter local, convocada por amas de casa, pequeños comerciantes, profesionales y activismo centrado en Clubes y Sociedades de Fomento. La más potente y recordada de aquellas patriadas es la que tiene su epicentro en la localidad bonaerense de Lanús. El "Lanusazo" se produce en noviembre de 1982 y logró congregar a unas veinte mil personas.

En su libro *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Denis Merklen subraya el trasfondo de este proceso de territorialización de los secto-

res populares, que él atribuye a la desalarización y el acelerado retiro del Estado de Bienestar desde 1976, a lo que podríamos agregar el dato de la represión abierta, no sólo interviniendo los sindicatos y prohibiendo el derecho de huelga por parte de la última dictadura, sino también secuestrando, torturando y asesinando a militantes de la clase obrera (se estima que el 30,2% de los detenidos-desaparecidos durante el terrorismo de Estado eran obreros, y el 17,9% empleados).

En este "período de descomposición" (dentro del ciclo neoliberal, que comienza en 1976 y estallará en 2001) el tipo de politicidad del pueblo trabajador se reconfigura, muta. Si la acción colectiva durante el período previo (1945-1975) se hizo posible en gran medida porque una *estrategia de conquistas sociales* se centró en el hecho de contar sobre sus espaldas una *dinámica de derechos adquiridos* (y luego conculcados pero siempre en tensión), en el nuevo contexto la *constelación sindical* irá perdiendo peso, en un contexto en donde cada vez más las formas de demanda social que se articulan tienen que ver con el hecho de asumir que esa condición asalariada es parte de un pasado que no se ha ido por mero accidente coyuntural.

En este sentido, no puede comprenderse el proceso de territorialización de la lucha popular (al menos en la zona metropolitana) sin el elemento del activismo de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs). Su epicentro de acción fue la zona sur del conurbano bonaerense, luego de que se conjugara el desplazamiento de familias desalojadas de la Capital Federal por los negocios inmobiliarios promovidos desde el Estado por la dictadura con retorno de curas que conocieron la experiencia brasileña y terminaron en la Diócesis de Quilmes, cuyo Obispo era Jorge Novak, abiertamente defensor de los derechos humanos. Entre otros, el cura tercermundista Raúl Berardo, repara en la Parroquia Nuestra Señora de Itatí.

Toda esa historia sobre la cual se construyeron la inmensa mayoría de las barriadas que hoy albergan a cientos de miles de familias (prácticamente toda la zona de San Francisco Solano y parte de Florencio Varela, y también La Matanza, hacia el oeste del conurbano) ha sido poco explorada, así como sus vínculos con el legado de las Coordinadoras de Gremios en Lucha de 1975. Barrios enteros se formaron a partir de la ocupación de tierras, cuyos asentamientos tenían toda una dinámica organizativa centrada en la elección de delegados por manzana y cuerpo de delegados, que además asumían funciones de dirección del conflicto, difusión y autogestión de las cuestiones elementales que iban surgiendo en el quehacer diario (primeros auxilios, alimentación vía comedores, recreación para las niñas y niños, etcétera). Las CEBs tenían la particularidad de ser parroquias que no necesariamente eran presididas por un sacerdote. Más bien: un sacerdote nucleaba a varias comunidades, que se autogestionaban para leer la Biblia y pensar los vínculos entre esas lecturas y la realidad material por la que atravesaba la comunidad, poniendo en práctica el compromiso cristiano con el prójimo desde lo cotidiano de cada integrante del grupo.

La territorialidad, entonces, pasa a ocupar poco a poco el centro de la escena a la hora de pensar en una nueva politicidad de los sectores populares: organización de base para la resolución de cuestiones ligadas a la supervivencia, como el techo y la comida (antecedente de la pelea por los subsidios para los desocupados en la década siguiente, que también continuarán con políticas centradas en la alimentación, sobre todo para niñas y niños, y en la obtención de un lugar donde vivir, sobre todo para las parejas jóvenes).

Emergente de las Comunidades Eclesiales de Base es Agustín Ramírez, por ejemplo, “El Mártir de los asentamientos”, una figura que podríamos pensar como síntesis entre las luchas emprendidas por los sectores populares en pleno proceso de

repliegue sobre el territorio (tomas de tierras) y las rebeldías juveniles canalizadas muchas veces a través del rock (los fogones en asentamientos, como organizaba Agustín, para juntar a las "bandas" que muchas veces era rivales entre sí sólo por pertenecer a barrios distintos, o distintas esquinas). Dos dinámicas de insubordinación, de desobediencia, que no serán toleradas por las fuerzas del orden. Al punto de que serán acalladas a balazos. Como señala Merklen en el libro antes mencionado, la nueva violencia de Estado "no apunta a militantes políticos, y por lo tanto, no se considera problema social". Todavía no son denominados de ese modo, pero ya estamos a las puertas de la escalada de casos de "gatillo fácil" protagonizados por la "maldita policía", nueva modalidad de aniquilamiento de sectores de la juventud trabajadora, cada vez más precarizada en todas las dimensiones de su vida. El asesinato de Agustín Ramírez fue un ejemplo de estas prácticas criminales, que en su momento fue encubierto, como luego se hará habitual en casos similares (con la salvedad de que Agustín sí era un militante, aunque sin "encuadre" partidario).

Una impugnación de los consensos progresistas de la época

Sin lugar a dudas las dos grandes bandas de rock de los años ochenta fueron Sumo y Los Redondos, de las cuales ya se ha hablado, escrito y filmado en abundancia (en el caso de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota, no deja de llamar la atención sus fechas de comienzo y fin: 1976/2001, como si su experiencia sintetizara en sí misma todos los años del ciclo neoliberal). Pero como de lo que se trata en este capítulo es de intentar un rastreo menos obvio de los años ochenta, nos detendremos en dos subgéneros del rock nacional: el punk y el heavy metal.

Los años 87-88 son fundamentales a la hora de hablar del rock en Argentina: por un lado, en 1987, se disuelven V8 y Sumo; por otro lado, en 1988, Ricardo Iorio funda Hermética quien –al igual que Todos Tus Muertos– sale a las calles con su primer disco (ambos llevan de título el nombre de la banda). También llega a las disquerías el compilado punk *Invasión 88*.

Todo ese proceso resulta difícil de entender sin destacar el rol que jugó en todo ese tiempo un sitio como Cemento, cuya experiencia fue rescatada en 2015 por un libro de Nicolás Igarzabal y en 2017 por un documental de Lisandro Carcavallo que hoy puede verse completo en YouTube.

Respecto al punk, resulta necesario aclarar que todos los años ochenta están atravesados por la preponderancia y la impronta que Los violadores imprimen al género. Su primer disco, que lleva el mismo nombre que la banda, será grabado en dos días –entre mayo y junio de 1982– y entrará en circulación recién a fines del año siguiente, cuando la dictadura se retire y Alfonsín asuma la presidencia de la Nación. El sello under por el que salió el disco, Umbral (especializado en folclore), es el mismo con el que ya había grabado V8.

Los violadores no sólo es la banda fundadora del punk en Argentina, sino que además concentra una particularidad: la poética de sus letras (con fuerte mensaje de denuncia) y su concentración de saberes culturales (cine, libros, ideas contestatarias). Algo de eso destacan Oscar Blanco y Emiliano Scaricaciottoli, en *Las letras de rock en Argentina*..., cuando escriben que Los violadores logran, en sus canciones, una combinación entre interpelación y denuncia con convocatoria a la acción, "una acción revolucionaria incluso y sobre todo en tiempos de democracia", y ponen como ejemplo, para graficar su tesis, este extracto de "Tiempos de acción", que dice así: "Estos son tiempos de acción/ busco una sensación/quiero una revolución".

En 2017, con la firma de Piltrafa y Juan Carlos Kreimer como autores, editorial Planeta publica el libro *Más allá del bien y del punk. Ideas provocadoras*, donde se narra con detalle la importancia que el punk tuvo para la juventud rebelde de los años ochenta. Punk es "romper con lo establecido. Patear el tablero. Desobedecer", sostiene Pablo Cosso en el mismo libro en que afirma que el punk argentino es "un colectivo de denuncia, agitación y resistencia". Es decir, que el movimiento punk puede ser leído (en otra clave a la del sentido común de postdictadura, incluso del progresista), como *radicalidad sin estructuras*, que cuenta con una poética singular, que puede verse en sus letras pero también en los fanzines que edita, y en los flyers y afiches que promueve como *sostenes comunicacionales*, y sus actuaciones y eventos culturales como *focos de agitación*.

"Pocos advierten que los punks, y sus primos-hermanos los heavys, son bichos intelectuales. Ni que debajo de su nihilismo hay lecturas, cine, pensamiento, reflexión, 'cultura'. Las últimas décadas del siglo XX no tienen en el campo rockero argentino quien mezcle con tanta virulencia la cosa literaria, la cosa filosófica, la cosa ideológica con la cosa musical y actitudinal. Editores de sus propios fanzines, escritores de cuentos y crónicas, de poesías, de análisis políticos, manifiestos, promotores de eventos, los punks no son diletantes. Más bien son tenaces. Se hacen sus propios afiches, se producen sin plata, graban por su cuenta", afirma por su parte el crítico musical Leandro Donozo en el mismo libro, que como puede apreciarse, más allá de las firmas de quienes aparecen como autores, es un relato ampliamente coral.

Algo de eso parecer querer corroborar Pil, cuando en su testimonio sostiene: "Los punks somos más cultos, leemos, pensamos, reflexionamos mucho, nos construimos una base cultural y desde ahí somos muy críticos. No atacamos a algo porque no nos gusta. O por prejuicio. O por resentimiento".

Puede verse que la crítica a los "viejos vinagres" del rock no era mera postura, sino modo de entender(se) en el mundo. "Punk es existencialismo", dice Pil. Y aclara: "preguntarte ¿quién soy?, ¿qué hago acá?", y luego remata: "una banda de rock es una revolución posible. En lo social y en lo personal".

Tal vez pensando en esta idea sostenida por Pil, Kreimer escribe hacia el final del libro que el verbo del punk por excelencia es confrontar. Y aclara: "no sólo al tipo que pasa desprevenido, o dormido, o muy seguro de que su visión es la que vale. También a vos mismo, para que no te quedes pegado a ninguna creencia".

Rabia, velocidad, ruido, incorrección, inconformismo, rechazo, oposición, descreimiento, provocación, entonces, como los atributos centrales del punk-rock que encontró en Los violadores un emblema del pasaje de los años de dictadura a los de postdictadura.

Ideando la fuga

El 23 de diciembre de 1983, dos semanas después de que Raúl Alfonsín asumiera la presidencia de la Nación, la banda conformada por Alberto Zamarbide en voz, Osvaldo Civile en guitarra, Gustavo Rowek en batería y Ricardo Iorio en bajo cierran el año con un recital en El Platense de la ciudad de La Plata. Ya llevan tres años tocando y un disco circulando por disquerías: *Luchando por el metal*, nueve temas en 27 minutos de puro "rock pesado", que logra vender 9.000 copias en sus primeros seis meses en las calles. El heavy metal tiene su expresión pionera en Argentina.

V8 había logrado ya cierta repercusión dentro del rock nacional contemporáneo tras su "accidentada" actuación del año anterior, en la cuarta edición del BARock, que en su libro *Un sentimiento. Historia de la banda precursora del heavy metal argentino*, Ana Mourín relata así:

> El sábado llegan temprano, pero tras permanecer varias horas calcinándose bajo el sol, mientras al resto de los músicos los habían cómodamente instalado en una carpa especialmente con servicio de comida y bebidas frías, nuevamente les impiden probar el sonido. Faltando pocos minutos para que V8 saliera a escena Pedro se traslada al campo con su videocámara, y se ubica al costado de la torre donde se encontraba el equipo de filmación contratado por la producción del festival. El público se encontraba apaciblemente sentado, cual siesta de verano, esperando ver sus blancos ídolos y escuchar sus mensajes plenos de amor y paz, cuando de pronto irrumpe V8 sobre el escenario con sus negras camperas de cuero, sus tachas y su cruda realidad plagada de inconformismo social.

De algún modo, V8 comparte con Los violadores esta búsqueda por situarse más allá del bien y del mal, por ir más allá de las fronteras permitidas, por intentar ensanchar el horizonte de posibilidades que la época impone. Hay una suerte de reivindicación "anti-sistema", que les permite a estas bandas ir *un paso más en la batalla*, y entender su intervención misma como una batalla, con fuerza propia (Las Brigada del Metal) y enemigos (el *sistema*), en un momento de la Argentina en donde se busca extirpar esos términos, sobre todo éste último. ¿Quiénes, sino ellos, son quienes logran detectar con velocidad las continuidades –economía concentrada + represión policial– existentes entre dictadura y democracia?

En su ya citado libro *Las letras de rock en Argentina...,* Blanco y Scaricaciottoli destacan que en V8 no hay pruritos para reivindicar la violencia popular, pero en una clave diferente a la que se lo hizo en los 70. "La violencia que se enarbola contra la propia violencia del sistema se conforma en V8 a partir de

una forma que profundiza una faz mística, donde lo apocalíptico adquiere visos decididamente mesiánicos", explican, para afirmar luego que el *sistema* aparece en V8 representado como *fuerzas siniestras del mal*. De allí la dureza del metal, su propuesta de no dejarse doblegar, en un lenguaje que dista mucho del hegemónico del rock nacional de entonces, auto-centrado en las figuras individuales y con ribetes claramente pacifistas. En V8, en cambio, la propuesta de cambio subjetivo singular va acompañada de una marca colectivo, de una conciencia grupal al interior de esta subcultura metalera que se demarca como zona disidente. En esta argumentación, que sigue al pie de la letra la propuesta de Scaricaciottoli/Blanco, las Brigadas Metálicas se oponen frontalmente al hippismo, al devenir pacifista de la canción de protesta al estilo de un Piero, poniendo al grito y a lo ruidoso en el centro de la escena. "V8 hablaba de una cruda realidad que existía y que se trataba de ocultar o disfrazar, incluso y sobre todo en democracia". En cambio, las Brigadas Metálicas, funcionan como una suerte de "organización social sectorial", una "unidad tribal" que se posiciona "contra lo que se percibe como la homogeneización, blanda y fría de la cultura de masas, de la sociedad del espectáculo".

Si bien la canción-himno de V8 es "Destrucción" (que en el disco comienza con el crujir de un Torino, con el cual grabaron los sonidos-efectos ante la dificultad de conseguir entre apuros un motor V8), que hace gala de que en medio de una situación en la que si bien "No dejan pensar/No dejan crecer/No dejan mirar", los metaleros por suerte pueden ver, considero que la letra emblema de la banda es "Ideando la fuga", que no es evasión sino una combinación de denuncialismo y acción directa. Como dice Gilles Deleuze en sus diálogos con Clarise Parnet, se trata de huir sí, pero mientras se huye, tomar un arma. O como sostienen Scaricaciottoli y Blanco, no hay en V8 "punto de fuga exterior si el combate implica una ba-

talla también en el terreno de la propia mente". Es decir, que si el sistema de opresión "está ya internalizado" (al punto de producir sujetos individualistas que no ponen en cuestión el orden de cosas), la "liberación", entonces, implica también la producción de un "hombre nuevo". El final de la canción es más que claro al respecto: Después de unirnos podremos pensar / en dar el paso triunfal / y expulsar de nuestras mentes su sembrado mal. / Seré el primero, en comenzar / junto al son del metal / a destruir las barreras que impiden mi pensar.

***

Como se mencionó, en 1988, una vez disuelto V8, Ricardo Iorio forma Hermética, junto con el Tano Romano en guitarra, Fabián Spataro en batería y Claudio O'Connor, cuya voz será rasgo distintivo del subgénero. Esta banda, que tuvo desarrollo vertiginoso, supo también marcar una época. En 1989 sale a las calles su primer disco, *Hermética*, y en 1991 el segundo, *Ácido argentino*. En 1992 tocan dos veces en Obras Sanitarias, como teloneros de dos importantes bandas internacionales (Motorhead y Black Sabbath) y en 1994, tiempo después del lanzamiento de *Víctimas del vaciamiento* (su tercer disco), cierran el año haciendo su primer y último Obras.

Hermética (al igual que otras bandas de heavy como su antecesora V8 pero también otras del punk rock) tiene la característica de ser una banda que es expresión de los sectores populares, sobre todo de sus franjas más proletarias. Como puede seguirse con atención en los distintos testimonios que aparecen en el film *La H no murió* (un documental de INCAA TV), la procedencia social de los músicos es muy similar a la de su público. En el caso de Hermética, las anécdotas dan cuenta de pibes que caminan varias cuadras (incluso kilómetros) para

ir a ensayar, cargando los instrumentos luego de cargar bolsas en el Mercado central, o muebles para un flete, o lo que sea en una extensa y dura jornada laboral. Algo similar conceptualiza Gustavo Torreiro en “El heavy en la Argentina como subcultura: identidad y resistencia”, cuando se refiere a la resistencia del metal como una experiencia surgida del interior mismo de la clase trabajadora. “Cuando hablamos de resistir, hablamos de resistir a la ideología dominante desde un lugar particular: las clases subordinadas o populares. El heavy en Argentina, como se afirmaba anteriormente, surge de estas clases y es desde ellas que se va a desarrollar una resistencia a esa ideología dominante”.

Este texto de Torreiro aparece incluido en el libro *Se nos ve de negro vestidos. Siete enfoques sobre el heavy metal argentino*, publicado por Ediciones La parte Maldita, una iniciativa del Grupo de Investigaciones Interdisciplinaria sobre el Heavy Metal Argentino (GIIHMA) que también publicará *Parricida. Mapa rabioso del metal argentino contemporáneo*, ensayos a partir de los cuales se puede profundizar sobre este tema, incluso en un período más amplio que el recorte sobre los años ochenta que estamos realizando en el capítulo de este libro (y que es imprescindible para entender la importancia de este fenómeno cultural para el desarrollo de las rebeldías que enfrentaron desde sus trincheras el recrudecimiento neoliberalismo desplegado en la década del 90).

En *Hermética* pueden escucharse, en casi 40 minutos, once canciones en las que esa tendencia *veochera* de combinar denuncialismo con convocatoria a la resistencia es aún mucho más marcada, o menos atravesada por el devenir religioso (específicamente evangélico) de los integrantes de V8 con los que Iorio finalmente terminó rompiendo. En cambio, letras como “Cráneo candente” dan cuenta de una constante del heavy fundado por Iorio, que luego tendrá una deriva cuasi fascista, pero

que en los comienzos de Hermética logró conjugar una rebeldía muy similar a la del anarco-punk, pero con elementos más identificados con cierta tradición nacional, en especial, en su versión revisionista (donde destacan las claves antiimperialistas y anticolonialistas); en esa canción, se escucha: "Vivo el destierro del hombre nativo / Bajo las grises magias conquistantes. Que aun prosiguen traficando el miedo / Como ayer gauchos al desierto. / Despierto en los caminos/ De la tierra muerta. / Me observo junto a mis hermanos / Harto de miserias / despojados de todo derecho / Por el blanco imperio".

Más cerca de la desilusión de los 90 que del optimismo y la participación de la "primavera democrática", en letras como "Masa anestesiada" Hermética denuncia: "Oh no! No echen. / Sobre mí, su error. / No / No tapen la luz. / Con la enorme cruz de su desviación. / La gran masa anestesiada/ se revuelca en egoísmo. / Y si le encontró un sentido, / se ha entregado al escapismo".

Como en una suerte de antropóloga urbana, la voz poética en temas como "Desde el Oeste" expresa una descripción descarnada del Conurbano bonaerense en el entre-décadas: "Caída la noche en la ciudad, / con mi cuerpo en soledad, / caminando por los barrios del oeste"; canción en la que se remata: "La gente ya fue, / duerme junto a la TV". Cabe destacar que en su momento la televisión comienza a jugar un papel muy relevante en la vida social, parecido de algún modo al que las redes sociales virtuales van a ocupar en estos últimos años. Es que ya cada casa cuenta prácticamente con un aparato de TV (y luego con más de uno) y la televisión "por cable" comienza a extenderse cada vez más, e incluso las bandas de rock (en sentido amplio, incluyendo al punk y al heavy) se ven atravesadas por esa dinámica comercial televisiva, y ya no sólo por los sellos discográficos y sus promociones en determinadas radios. Y sin embargo, es preciso "resistirse al sucio poder", lo que implica

"vivir sin temer" –como se canta en "Para que no caigas"–, pero para ello hay que estar dispuesto a "salirse del molde oficial", que puede llevar tanto a ganar como a perder.

Como puede apreciarse, el mensaje de Hermética es claro: ante el avance del neoliberalismo no caben las medias tintas. Se trata de elegir un camino, como el que se expone en la letra de "Yo no lo haré". Para el metal se trata de oxidarse o de resistir.

Abrirse camino hacia otro lado

En 1988 también el punk rock se ve expuesto a unos cuantos sacudones. Todos Tus Muertos sale a las calles, luego de tres años de sostener la formación, con un disco del mismo nombre: 13 canciones en 43 minutos que son todo un "cross a la mandíbula" al statu quo del rock nacional. La portada: una foto con los cuatro integrantes de la banda en versión cadavérica. Si décadas antes Los Beatles salían sonrientes en las tapas de sus discos *Soul* y *Let It be*, ahora esa generación, su legado, corría el riesgo de transformarse en pura farsa: viejos vinagres, cadáveres en un país en donde los muertos sobran, pero los cuerpos brillan por su ausencia.

La banda estaba integrada por Horacio Villafañe ("Gamexane") en guitarra; Fidel Nadal en voz; Félix Gutiérrez en el bajo y Cristian Ruiz en batería. Dos años antes habían salido a las calles con *Noches agitadas de cementerio*, un demo grabado en el Parakultural, sitio que junto a Cemento, se transformó en uno de los lugares predilectos para fomentar y amplificar la emergencia de este *underground estético* que promocionaba una "política de la agitación", como supieron señalar Oscar Blanco y Emiliano Scaricaciottoli en el ya mencionado *Las letras del rock en Argentina*, libro en el que se subraya este pasaje del pop optimista entusiasmado con la democracia, al rock contestatario que da cuenta de la crudeza de la postdic-

tadura (vidas precarias + represión policial). "La democracia implica una demo-razzia periódica de jóvenes", destacan los autores para dar cuenta de este movimiento que también implica el pasaje de la represión de los milicos contra la "subversión" a la represión de las policías contra el rock "revulsivo" y su público quilombero.

Para 1988 –como ya se ha subrayado– han quedado atrás los juicios a la Junta Militar, el informe de la CONADEP y aparecen con amargor las leyes de impunidad (Punto final, en 1986 y Obediencia debida, al año siguiente). Las asonadas castrenses –como la de Semana Santa– ya prefiguraban la fragilidad institucional frente a un poder que, si bien en retirada, no dejaba de pelear por su impunidad con uñas y dientes (o más bien con fusiles y tanques).

Para entonces ya se ha producido la "Masacre de Budge" (mayo de 1987) a partir de la cual ya se comienza a hablar de gatillo fácil en la Argentina. Los edictos policiales hacen estragos entre el público rockero, y los agentes del orden se ensañan con la juventud que expresa su rebeldía a través de la música (de hecho se producen movilizaciones en su contra, una de las cuales termina con corridas y destrozos en pleno microcentro porteño). Contra esa cruenta realidad se manifiesta la estética cruda del punk.[2]

A combatir: la miseria; a combatir la sumisión. Todos tus muertos. Féretros y masacres. Ruidos, punk y voces afro desde

[2] Paradójicamente los edictos policiales fueron derogados durante el gobierno neoliberal de Carlos Menem. Producto de aquella realidad descarnada, y de la resistencia que va emergiendo desde abajo entre familiares y amigos de pibes asesinados, militancias varias y profesionales comprometidos, surge en 1992 la CORREPI, Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional, la cual denunció que durante la "década ganada" aún persistieron las ejecuciones a un ritmo de una persona cada 28 horas, cifra que empeoró durante los dos primeros años de la gestión Cambiemos, pasando a un asesinato por la policía cada 24 horas, en 2017, y a uno cada 22 horas en 2018.

el subsuelo de la historia; sonidos de sirenas policiales y gente policía. Por supuesto, también gente que no.

Las letras de "Los muertos" van con todo; y contra todo: la moral del trabajo, el familiarismo, la vecino-cracia y los poderes instituidos. "Hay cien que se despiertan hoy; hay dos mil que duermen, siempre... 30.000 que mueren", puede escucharse en el tema más reggae del disco. "Tienen cien balas para los despiertos / para los dormidos / dos mil dólares más", dice "Armas (para la paz)". Canción que remata: "El sistema te mastica bien el cerebro, pero el de mucha gente ya lo cagó".

La tragedia nacional se cruza con la del tercer mundo, y en particular, con la africana o con los terceros mundos que están en el primero: los cuerpos torturados en la ESMA en el sur de Latinoamérica; el apartheid en Sudáfrica; o Malcom X resistiendo en Nueva York, lo mismo da.

Aunque seguramente el tema con mayor fuerza sea el que eligieron para cerrar el álbum ("Tango traidor"). Más allá de las consideraciones que uno pueda hacer respecto del potencial subversivo de la cuestión nacional considerado desde el punto de vista de las clases trabajadoras de los países periféricos, lo cierto es que el anti-nacionalismo punk, en general, y el de Los Muertos, en particular, está centrado en un anti-estatalismo y un anti-fuerzas represivas (es decir: un anti-nazionalismo). "Sigo vivo hoy en Buenos Aires / sobrevivo y me falta el aire / no sé qué mierda esperan que haga con mi vida / ¿yo no trabajo para pagar mi comida? / Quiero irme de país / y despertar mañana en otro lado / me cago en las banderas / me limpio el culo con sus fronteras / Más libertad, más dinero / quiero, quiero, quiero más". La fuerza de la canción radica en la combinación de una letra combativa junto con un ritmo marcado por los cortes de la marcha militar interpretada por una batería, una guitarra y un bajo a puro punk-rock.

Como cantarán en su siguiente disco*, Nena de Hiroshima* (1991), en una versión argenta de "Break On Through" (de The Doors), Todos Tus Muertos irrumpe en la escena del rock para, en un cruce con el reggae y el punk, abrirse camino hacia otro lado.

Capítulo 3
¿Revolucionarios en tiempos de contra-revolución?

Pero lo de Menem no era tan sólo realismo. Era crudeza descarnada, destrucción del lenguaje de la política...
Horacio González, *El peronismo fuera de las fuentes*

Del 96 (apertura de ciclo)

El miércoles 26 de junio de 1996, al escuchar el sonido de la alarma de los bomberos, prácticamente todo el pueblo salió a las calles: cuatrocientos gendarmes se predisponían a liberar los cortes de ruta que, desde hacía seis días, se sostenían en todos los accesos de ingreso a las ciudades petroleras de Plaza Huincul y Cutral Có, a unos cien kilómetros de Neuquén. Allí, las fuerzas al mando del ministro del interior Carlos Corach se dispusieron a desalojar el lugar. Carros hidrantes, balas de goma y gases lacrimógenos apuntados contra las veinte mil personas que se encontraban sobre la ruta nacional 22. Reclamaban al Estado soluciones inmediatas a los problemas más urgentes que atravesaban los trabajadores (ahora desocupados) de la Argentina neoliberal. La Gendarmería Nacional se topó entonces con todo un pueblo decidido a hacerse escuchar. Ex obreros de YPF, trabajadoras domésticas, jóvenes que nunca habían trabajado, niñas y niños, hombres y mujeres ya jubilados protagonizaron lo que pasará a recordarse como el primer piquete del nuevo ciclo de resistencia popular.

El modelo descarnado que se implementó a comienzos de la década del 90 se sintetizó entonces en el rostro del presidente de la nación Carlos Saúl Menem. Barricadas, gomeras, piedras y neumáticos encendidos sobre la ruta; participación popular y democracia directa ejercida en asambleas fue el rasgo distintivo de una lucha que sería nuevamente retomada en la Patagonia nueve meses más tarde, en marzo de 1997, cuando la Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén (ATEN) lanzara un paro por tiempo indeterminado. Enfrentamientos en el puente que une las ciudades de Cipolletti y Neuquén, entre policía y maestros, reavivaron las cenizas apagadas tras la clausura del conflicto de junio del año anterior. Para abril de 1997, la desocupación en Cutral Có llegaba al 35 por ciento. La nueva Ley Federal de Educación fue la chispa que encendió la pradera por la que transitaron las nuevas luchas. Los docentes –a través de ese sindicato que fue uno de los grandes protagonistas de esa *contracultura de la protesta* narrada y conceptualizada por Ariel Petruccelli en su libro *Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có*– convocó a huelgas, movilizaciones, cortes de puentes y rutas que fueron apoyados primero por estudiantes y luego por otros sectores sociales, como los desocupados, que exigían se cumplieran las promesas realizadas por el gobierno el año anterior. La lucha se desata con mayor radicalidad en respuesta a la doble traición padecida: por un lado, de los dirigentes políticos provinciales y nacionales tradicionales, que sólo hicieron promesas y nunca concretaron sus discursos; por otro lado, de los "piqueteros" que se habían alineado con el gobierno local. Por eso surgió esa insistencia tan fuerte por impulsar y sostener la asamblea popular como dirección del conflicto.

Los "fogoneros" del 97 suplantaron a los piqueteros del 96. Las Madres de Plaza de Mayo se dirigieron al sitio que logró concentrar la atención de toda la Argentina, y su presidenta,

Hebe de Bonafini, se refirió a los condenados de la tierra que se hacían escuchar en las rutas diciendo que sus "queridos hijos guerrilleros" renacían en sus "amados hijos piqueteros". A partir de entonces, el piquete comenzará a extenderse a lo largo y a lo ancho del país.

Aunque sin conexión entre sí, las luchas comenzarán a compartir ciertas características comunes. También se extenderán a nivel nacional los planes de asistencia social para desocupados (como el Plan Trabajar), que si bien son concebidos inicialmente como parte de una estrategia del Estado para responder de manera focalizada al fenómeno del desempleo estructural, pasarán a ser uno de los motores que propagará nuevas luchas en todo el país.

02 (cierre de ciclo)

Miércoles 26 de junio de 2002. Por aumento general del salario y una duplicación de 150 a 300 pesos en el monto de los subsidios para los desocupados; por alimentos para los comedores populares; por mejoras en salud y educación; por el desprocesamiento de los luchadores populares y en solidaridad con la fábrica ceramista Zanón, de Neuquén (que corría el peligro de ser desalojada tras haber sido recuperada por sus trabajadores)... Por todas esas reivindicaciones salieron a las calles los movimientos de desocupados ese día. Pero también para defender el derecho a la protesta ante un gobierno que se empecinaba en entender la convocatoria a cortes de ruta coordinados por las distintas organizaciones sociales como una "declaración de guerra".

De allí el despliegue de las fuerzas represivas del Estado (el operativo conjunto entre la Policía Federal y la Bonaerense pero también la Prefectura y la Gendarmería Nacional), su ensañamiento una vez dispersada la multitud que intentó cor-

tar Puente Pueyrredón, en Avellaneda (ingreso a la ciudad de Buenos Aires por la zona sur del Conurbano Bonaerense, centro neurálgico de la protesta, llevada adelante allí por el "ala radicalizada" del movimiento piquetero). Sólo comprendiendo que la del 26 de junio de 2002 no era una protesta social más se puede entender el operativo criminal que dejó como saldo dos jóvenes militantes asesinados, pero también decenas de heridos con balas de plomo, que no fueron disparadas por algún efectivo al azar sino por el mismísimo jefe del operativo (el Comisario Alfredo Fanchiotti), que contaba en sus espaldas con otro agente (el Cabo Alejandro Acosta) que recolectaba los cartuchos de color rojo que iban cayendo al piso tras los disparos criminales, como puede verse con claridad en *Piquete: Puente Pueyrredón*, documental de Indymedia y tan bien ha quedado documentado en el libro *Darío y Maxi, dignidad piquetera. El gobierno de Duhalde y la planificación criminal del 26 de junio en Avellaneda*, investigación colectiva realizada por el Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón.

La masacre de Avellaneda, entonces, puede ser entendida como el intento (exitoso) de ponerle un freno a las militancias más radicalizadas del período; de desanudar las confluencias que se venían gestando entre desempleados, trabajadores asalariados, estudiantes, artistas y profesionales, vecinos organizados en asambleas populares en las principales ciudades del país, trabajadores de fábricas recuperadas. Fue el intento (frustrado) de salir de la crisis –económica y de representación política– con una fase autoritaria y abiertamente represiva; su fracaso se debió a la respuesta popular ante los crímenes, que permitió que ese invierno se reactivaran las esquirlas de Diciembre de 2001que habían quedado dispersas tras el intenso verano de luchas y participación popular en las calles.

La represión en Puente Pueyrredón fue el modo en que la clase política "puso en caja" al movimiento piquetero, que en

esos años jugó un rol de vanguardia en términos sociales, y logró agrupar en términos políticos a una nueva generación militante que buscaba reactualizar (en un nuevo contexto histórico) una perspectiva de transformación revolucionaria de las injustas sociedades capitalistas.

***

El piquete logró condensar una enorme sabiduría popular: concentrar la fuerza de quienes parecían no tenerla para golpear en puntos neurálgicos del poder; lograr la atención de los medios masivos de comunicación y, a través de ellos, del funcionariado de turno e importantes porciones de la sociedad, sensibilizada con una situación económica y social cada vez más problemática.

La respuesta del gobierno ante el conflicto creciente fue la asistencia social focalizada, y la de gran parte de la sociedad, de apoyo a la protesta y condena de la situación a la que "el modelo" estaba empujando a grandes porciones de la población.

La tríada "cortes de ruta-asambleas-planes trabajar" inició un camino que sería recorrido a lo largo y ancho del país por vastas franjas de la militancia y sectores populares de la Argentina. Sobre todo por aquellos que venían realizando una reflexión acerca de los límites que la lógica de los años anteriores tenía en la construcción política. De allí que no resulte apresurado afirmar que aquellos primeros piquetes y puebladas protagonizados por las poblaciones más alejadas del centro del país, fueron las que generaron las condiciones sociales que permitieron que el denominado "movimiento piquetero" emergiera, y se transformara en el actor socio-político más dinámico del período 2000-2003. Todas esas experiencias, no sólo las de Cutral Có y Plaza Huincul en Neuquén, sino también las de Tartagal y Mosconi en Salta, las de Chaco y los Cabildos de

Autoconvocados en Corrientes, permitirán sistematizar numerosos aprendizajes.

En este sentido no se puede dejar de reconocer el papel jugado por los pequeños núcleos de militantes sociales y políticos del Gran Buenos Aires (y en menor medida de otros sitios del país), que percibieron en aquel momento nuevas condiciones favorables para el desarrollo de la organización popular. Uno de esos núcleos es el que integramos con Darío Santillán y que, como otros, rescatábamos la estrella federal y la de cinco puntas, a Evita y al Che, a los piquetes y el sub comandante Marcos.

Ya he comentado, en mi libro *De Cutral Có a Puente Pueyrredón*, parte de ese proceso. Pero no quisiera dejar de revisitarlo brevemente, en función de reivindicar algo que fue común a esos distintos núcleos militantes que, con mayor o menor sistematicidad, supieron gestar una inteligencia colectiva para pensar en términos estratégicos, es decir, en términos de un realismo que asumiera los desafíos de correr los horizontes más allá de lo establecido. De allí que desde ese núcleo ni siquiera se asumiera un nombre público, sino apenas un escrito ("Estrella Federal"), a partir del cual realizar una autodefinición ("un conjunto de voluntades que se propone aportar al proceso de recomposición de fuerzas desde una perspectiva revolucionaria") y convidar algunos análisis respecto de la situación internacional, Latinoamericana y nacional que se vivía; lectura a partir de la cual plantear algunas propuestas de construcción al interior del movimiento popular. Aquél núcleo, que se asumía como "biodegradable" –tomando una expresión de Miguel Mazzeo– entendía que debería contribuir a sostener un funcionamiento orgánico más allá de la dinámica que adquieran las organizaciones de base; funcionamiento orgánico que aportara a pensar y elaborar política de largo plazo y formar cuadros con visiones estratégicas que contribuyeran no sólo a gestar la necesaria organización popular de base, sino

también a construir una herramienta específicamente política (puesto que las organizaciones de base eran concebidas como herramientas político-sociales y no meros instrumentos social-reivindicativos) para la lucha revolucionaria.

Cinco eran los objetivos que se planteaba este núcleo para aquella etapa política caracterizada como de "defensiva estratégica" pero en la que comenzaba a gestarse una intensa resistencia popular.

1. *Generar la imprescindible organización de base.*

Las organizaciones de base son el ámbito natural en donde el pueblo participa, se organiza, toma las decisiones que tienen que ver con la resolución de sus problemas. También debemos aspirar a que las asambleas de base sean el lugar en donde profundizar la comprensión política de los problemas que padecemos, e incluso elevar el nivel de conciencia que permita entender la participación y organización como algo más que la forma de resolver nuestras necesidades inmediatas. Para desarrollar esta conciencia, es necesario valorar estos ámbitos como el lugar desde el que comienza a construirse el Poder Popular: porque los vecinos deciden democráticamente, pero también porque todos comprendemos que ese Poder Popular tendrá plena vigencia sólo cuando nuestra pequeña organización sea parte de un gran movimiento que imponga ese poder del pueblo para construir una sociedad justa y solidaria...

2. *Generar instancias de coordinación y organización que excedan lo propio.*

El paso posterior al desarrollo de la base propia, es generar instancias de coordinación, y niveles de organización que excedan lo propio: en base a una necesidad común donde se pueda, o en base a la necesidad de enfrentar a un enemigo común, donde las reivindicaciones sean dispares.

3. *Formar cuadros y militantes que desarrollen la capacidad de construir y reproducir esta política.*

La falta de formación militante es uno de los rasgos que apareció con fuerza acompañando la dispersión del conjunto del pueblo y en particular de su militancia durante los 80 y 90. Esto deja a las claras el vacío provocado por la derrota de la apuesta revolucionaria de los 70, con la consecuente desaparición y muerte de parte de esa maravillosa generación, derrota que fue militar, política y lo más grave, en muchos casos también fue ideológica. Este quiebre histórico que padece la militancia de los 80 y 90, hace que la formación sea uno de los principales ejes de trabajo político, para remontar la derrota producida en este terreno. Por eso, en esta etapa de recomposición de fuerzas, la formación aparece como una de las prioridades: necesitamos formar compañeros que comprendan la línea política, no en forma mecánica ni dogmática, sino a partir del desarrollo del criterio propio, imprescindible para reproducir y recrear las líneas de acción. De poco servirá determinado nivel de formación teórica o incluso cierta capacitación práctica, si la militancia no va desarrollando capacidad de repensar la política en función de la realidad concreta... Todo proyecto político necesita ir formando sus cuadros capaces de conducir, reproducir y recrear la política, formar nuevos compañeros, etc. Cuando hablamos de formación militante, podemos hacer referencia a distintos aspectos: la formación teórica, ideológica, política, la capacitación para la conducción, la capacitación técnica. Todos estos aspectos son importantes, y a la vez, todos ellos se apoyan e interactúan permanentemente con otro eje abarcador: la práctica... De poco serviría una práctica que no busque aprender de sus propios errores y no se nutra de las experiencias de los demás, ya que reincidiría en los mismos errores, despreciando todo el caudal acumulado por distintas generaciones de revolucionarios. Del equilibrio de la teoría y

la práctica, entonces, nacerá la propia creación, que se transformará con el tiempo en la propia teoría de nuestro particular proceso revolucionario.

4. *Marcar cursos de acción, desde construcciones de masas y participación en los conflictos, que aporten claridad al conjunto de la lucha popular.*

Creemos que, en esta etapa, un aporte al campo popular es marcar cursos de acción que impliquen avances en la lucha, su organización y el nivel de conciencia que ésta expresa, y esos cursos de acción deberán ser marcados desde la militancia inserta en el conflicto social.

5. *Estos cuatro ejes que marcamos, encuentran una herramienta común en la construcción de un Movimiento de Trabajadores Desocupados de alcance nacional, objetivo a mediano plazo que materializa los ejes antes definidos...*

El escrito culminaba señalando al “modelo” como “enemigo inmediato” y a los marginados del sistema laboral como “fuerza motriz principal” del proceso de lucha, debido a su “potencial de confrontación antagónico con el sistema”.

Tal vez la lectura de estos breves extractos de aquel extenso texto ayude a comprender cómo y por qué Darío Santillán era un pibe de veinte años encaminado a formarse como un cuadro revolucionario; un militante con capacidad de análisis político y desarrollo de la organización social de base. Seguramente teniendo en cuenta estas líneas se entienda mejor por qué Darío se volcó a formar un Movimiento de Trabajadores Desocupados en Don Orione, el barrio en el que se había criado (punto 1); por qué ese MTD formó parte de la Coordinadora Aníbal Verón (punto 2) desde la que se buscó radicalizar la lucha piquetera (punto 4); por qué Darío viajó a Mosconi tras la represión de junio de 2001 (punto 5); y, finalmente, por qué Darío

no era solamente un pibe sensibilizado con la situación social que padecían los sectores más postergados del pueblo argentino, sino que buscaba ser protagonista, junto con estos, de un cambio social profundo de las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales que el capital había impuesto en nuestra patria tras la derrota de las apuesta revolucionarias de los años 60 y 70.

Capítulo 4
Primera conversación con Diego Sztulwark
La insumisión autonomista

Diego Sztulwark: *Yo partiría de hacerme cargo de la colección en la que el sale este libro, donde también hay publicaciones como la de Javier Trímboli y Silvia Schwarzböck que hacen fuertes caracterizaciones epocales. En el libro de esta última,* Los espantos. Estética y postdictadura*, está presente la idea de que después de los años 70 toda vida es una vida de derecha porque está ganada por la idea de la derrota. Esa idea no me gusta nada, porque no da cuenta de cosas que hemos vivido y hemos pensado, por ejemplo, nosotros. Me cuesta ver nuestras experiencias, sobre todo entre el 96 y el 2002, reducidas a una vida de derecha.*

Mariano Pacheco: claro, sí, yo lo leí ambos libros, y comparto el malestar ante esa hipótesis del triunfo de la "vida de derecha", malestar que también me ganó cuando leí *Los prisioneros en la torre. Política, relatos y jóvenes en al posdictadura*, de Elsa Drucaroff, donde trata de pensar la literatura argentina desde 1983 en adelante. Me hace ruido que Drucaroff hable de la "generación de militancia" cuando se refiere exclusivamente a la generación del 70. El resto, para ella, son generaciones "que crecen a la sombra de la generación militante de los 70". Me hace ruido ese exclusivismo de los años 70 para pensar las militancias, como si estas sólo se produjeran en momentos de auge o en determinados períodos de alza en la participación popular. Y me hace ruido porque pienso que siempre, aun en

el peor contexto, se puede tener una actitud militante ante la vida, así sea para generar pequeños espacios. Nuestra experiencia de algún modo habla de eso. Y también la de los "montoneros silvestres", de la que escribí un libro: pequeños grupos que en la zona sur del conurbano (no casualmente) resistieron como pudieron durante todos los años de la última dictadura, sin recursos, siendo muy pocos y encima desconectados de la organización, que mantenía su estructura y cuadros de conducción fuera del país.

DS: *Me acuerdo cuando lo conocí, de jovencito, a Eduardo Luis Duhalde, él me decía: "la militancia es lo que ocurre cuando hay repliegue, porque el militante es el encargado de conservar y transmitir lo que se sabe de la última lucha a la próxima". Recuerdo eso que decía Duhalde: "cuando te bajonees, cuando te deprimas leéte esto". Y me regaló dos libros:* Historia y conciencia de clase*, de Georgs Lukács y* Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon. Me los dio como diciendo "estos ejemplares son viejos, los leí en otra época, te los doy como el material que ejemplifica el pasaje de un momento de militancia a otra". Ahora yo creo que si leemos, por ejemplo, el libro de Javier Trímboli, nos encontramos con que esta vez, del 2001 para acá, más que una época donde hay militancia o no hay militancia, se pasó de un tipo de militancia a otra. Es decir: apareció otro tipo de militancia, la kirchnerista, diferente a la militancia que se había gestado con las luchas sociales hacia finales de los años 90 (a la que llamamos genéricamente "generación de 2001"), que tenía otra proyección posible, o tenía otro interés, diferente al que surgió con el kirchnerismo. ¿Cómo lo ves vos esto que te digo?*

MP: Sí, yo lo veo así y muchas veces hemos empleado el término de jóvenes-viejos para hablar de los jóvenes kirchneristas. Incluso hablando con viejos setentistas que se hicieron

rápidamente kirchneristas, recuerdo que yo les decía esto y ellos me reconocían que era así, que la llegada de Néstor los entusiasmaba a ellos pero no a la juventud. Eso fue igual hasta el 2008/2010, me parece, cuando el kirchnerismo carecía de juventud. Toda la militancia que se había sumado al kirchnerismo, por fuera del PJ o de las instancias más tradicionales, en esos primeros años, era una militancia que venía de los años 70 y 80, pero todos bajo la sombra clara de la lógica política de los 70. Incluso mucha gente que había dejado de militar durante el menemismo, después de 2003 volvieron con todo, y en muchos casos tuvieron una actitud de "acá no pasó nada". Entonces me parece que en ese volver con todo, no revisaron qué pasó en los años que ellos no participaron políticamente, y es más, lo ningunearon, colocaron a las nuevas experiencias políticas que surgieron desde el conflicto social como "pre-políticas", como meras experiencias de lucha reivindicativa, económica, de sobrevivencia.

DS: *¿Y cómo caracterizarías a la juventud que se incorpora a la militancia kirchnerista después de la crisis con las patronales del campo, después de todas esas medidas como el matrimonio igualitario, la Ley de medios... y el enorme crecimiento de La Cámpora?*

MP: A mí me cuesta no ser tan duro con el juicio que hago, pero no quiero ser tan duro en el sentido de no parecer soberbio, por un lado, ni tampoco ningunear la nueva experiencia que hacen franjas más jóvenes que uno. Pero en principio diría que ahí lo que se produce es un recambio etario y no generacional, es decir, que esa gente se incorpora y le suma sangre joven a una lógica vieja de hacer política. Pero me parece que hay una cosa muy paradójica, que hay toda una mística muy acartonada. El MST de Brasil dice que la mística, de algún modo, es un

proceso de desburocratización absoluta de todos los vínculos y una cosa que pasa por lo sentimental y por unir la razón con la práctica a través de los sentimientos. Para mí, entre 2008 y 2010 se produce una situación en donde franjas juveniles se suman a un proyecto atravesado por una intensa nostalgia, donde sentimiento y razón no se entrelazan. Por ejemplo: los dedos en V, ¿qué quiere decir para una persona joven del 2010? O esa recuperación acrítica que se hace de Perón (digo lo de Perón por poner un ejemplo, y no porque tenga un planteo gorila, más bien todo lo contrario): ¿qué piensan del último Perón? ¿Han procesado/pensado sobre los cambios que fue adoptando Perón a través de los años? ¿Cuál fue el vínculo de Perón con Cooke, cuál fue el vínculo de Perón con la burocracia sindical? Veo muchos pibes y pibas que, a diferencia de la militancia de los años 90 (teñida por cierto setentismo, pero que le prestó mucha atención al estudio de la historia argentina y latinoamericana), tienen –como decía Rodolfo Walsh– un déficit de historicidad; es una camada militante que, en general, carecen de formación política, y de formación histórica en particular, paradójicamente en un momento en el que se supone que volvió la historia y retornó la política.

DS: *Y a nivel de la participación de militancia en los movimientos sociales, específicamente, ahí habría que hacer como una genealogía más cuidadosa ¿no?*

MP: Sí, claro, porque paradójicamente la línea de militancia juvenil (por ponerle una etiqueta kirchnerista), no ha estado prácticamente vinculada a los movimientos sociales. Si uno se fija, el movimiento social kirchnerista con más desarrollo era el Movimiento Evita, que luego de la emergencia de La Cámpora como que empieza a ser corrido hasta que se van retirando del kirchnerismo para recostarse en un peronismo más clásico. Y si

bien reconocen haber estado esos doce años ahí, no se asumen como kirchneristas, o en todo caso entienden al kirchnerismo como un momento más del peronismo, no como una identidad en sí misma. Entonces ahí sí hay que ser mucho más cuidadoso desde una perspectiva de izquierda (que por lo menos es la que yo trato de defender), en el juicio respecto del peronismo y sobre todo de la historia del peronismo. Ahí es donde me parece que hay algunas cuestiones que también hay que poder discutir, con esos compañeros y compañeras, respecto de que el peronismo no es un bloque, de que el peronismo tiene distintos momentos, distintas fases, distintos personajes y que uno puede a veces reivindicar determinadas aristas del peronismo y no el peronismo en bloque. Ahí me parece que hay algo fundamental: hay que poder hacer una política de selección de lo que se reivindica. Es más difícil, claro, pero es una tarea política de primer orden entender en qué genealogía uno se filia, y en cual no. Porque no es sólo un ejercicio historiográfico: la lectura que se hace del pasado después se expresa, por ejemplo, en los modos que se tiene de hacer política (cómo se entienden los liderazgos, los programas, las estructuras de una organización...). Entonces diría que, en el caso del kirchnerismo, se tuvo mucho gesto hacia el pasado y poca reflexión respecto de cómo reactualizar lo mejor de ese pasado en un presente totalmente distinto, no sólo de la Argentina sino del mundo entero. Recuerdo que una vez, hablando con Alejandro Horowicz, él me decía que el kirchnerismo era peronismo... pero sin programa.

DS: *Es un poco lo que afirma Javier Trímboli también, ¿no? Eso de que el kirchnerismo, más que una reflexión sobre la revolución, es una reflexión sobre la historia, y que, en vigor, no tenía un proyecto estratégico. Y no lo tenía el kirchnerismo acá, pero en general, no lo tenían los gobiernos progresistas en la región, y muchas veces parece que tampoco lo tiene la izquierda. Cuando*

Javier dice eso, considera que los gobiernos progresistas tuvieron su interés porque intentaron evitar, o al menos interrumpir parcialmente, la marcha implacable del proyecto neoliberal hacia el futuro de manera lineal. Los gobiernos progresistas fueron, para él, el intento de retener este inevitable camino al desastre y es muy interesante como Javier plantea el asunto porque dice: "en la época de la revolución los progresistas éramos nosotros, nosotros teníamos el futuro y los reaccionaron eran ellos, trataban de frenarnos o de posponernos, en cambio ahora, eso cambió, ellos volvieron a ser los que tienen la idea de futuro y nosotros tratamos de frenarlos sin tener un proyecto de tipo estratégico". Entonces ahí mi pregunta sería (más allá de la cuestión de la historia), ¿cómo pensar la ruptura del 2001? ¿Quedó ahí algo del orden de un proyecto estratégico por desplegar? Si tenemos la idea que ahí se jugó algún tipo de diferencia fuerte o de pregunta política radical que nos interesa seguir trabajando, que no queremos dejar en el olvido, ¿qué cosa es el 2001 en ese sentido?

MP: Ahí hay como dos o tres cuestiones fundamentales como para empezar a hablar sobre el tema. En primer lugar, a diferencia de lo que yo decía hace unos años atrás (que todavía el 2001 estaba presente, es decir, que podía reactualizarse rápidamente ante una crisis), yo creo que hoy el 2001 es ya parte de una historia, una historia reciente, pero historia al fin. Ahora lo que pasa con esto, como dice Raúl Cerdeiras, es que 2001 es el último gran momento político. Cuando uno mira para atrás en la historia argentina, es el momento más cercano que tenemos de cuando las cosas sucedieron de un modo más o menos parecido al que queremos que sucedan, o deseamos o por el cual militamos desde una perspectiva que, evidentemente, entiende a la política desde un lugar muy otro al que la entiende el kirchnerismo, pero también el peronismo más clásico, y las izquierdas más tradicionales. Es decir, que si uno mira para atrás, ya no

son los años 70 sino el 2001 el último gran momento para pensar una perspectiva de transformación radical de la sociedad.

DS: *Disculpá que te interrumpa. ¿Por qué sería el 2001 más un proyecto que un recuerdo motivador? ¿Por qué no hemos elegido proponer un modelo de lo que queremos?*

MP: Porque me parece que condensó una experiencia (justamente esa que narro en mi libro *De Cutral Có a Puente Pueyrredón*, la que va desde 1996 a 2002) en donde se impugnó no sólo el orden, sino los modos tradicionales de hacer política popular en Argentina, tanto por parte de la izquierda como del peronismo. Entonces, más que como modelo, lo podemos tomar como inspiración, en el sentido de que el 2001 no es el resultado de una programación de un grupo de gente sino un resultado que combina estrategias de distintos grupos, situaciones azarosas y crisis del régimen. Creo que el 2001 es programa, pero no programa en el sentido más clásico de "tenemos que dar estos pasos para llegar a determinados objetivos", principalmente porque corremos el riesgo de pensar que en un futuro (cercano, o lejano, lo mismo da), puede suceder algo parecido a lo que fue el 2001, y yo creo que no, porque estaríamos negando lo que se produjo en el orden del acontecimiento, para volver a pensar con algunos marcos conceptuales que hemos aprendido con Raúl. Sí me parece que hay que mirar ahí, porque 2001 condensó eso: una combinación de experiencias de muchos años con azar, con imprevisibilidad. Ahí (más lejos esta vez de mi maestro Cerdeiras), pienso que no se puede leer a 2001 como algo que simplemente *irrumpió* sin que uno lo esperara (insisto: solamente, porque es obvio que algo de eso hay, sino no hablaríamos de acontecimiento), sino que hay que poder ligar acontecimiento con historicidad. Porque 2001 también condensa una experiencia previa de muchos años que,

de algún modo, ratifica ciertas líneas del movimiento popular, las que insistían en algunos rasgos que después en 2001 se masificaron, como la acción y la democracia directa de tipo asamblearia, los cortes de ruta y formas de protesta que más que en la legalidad pensaran en la legitimidad.

DS: *¿Y qué sentís qué pasó con todo eso?*

MP: Creo que no alcanzó. Igual lo digo asumiendo que habría que repensar un poco más esto de "no alcanzó". Para mí no es un problema del tipo "nos quedamos cortos", porque considero que no había condiciones objetivas para hacer mucho más en la coyuntura inmediatamente posterior a 2001, incluso tras la Masacre de Avellaneda.

DS: *O sea que "no alcanzó" no quiere decir exactamente que nuestra imaginación, o nuestra teoría, o nuestra visión eran erradas o insuficientes, sino que no se movilizó en esa dirección la fuerza suficiente como para que esas imaginaciones y esas ideas se pusieran a prueba realmente...*

MP: Yo diría: no hay que decir que el 2001 fue insuficiente, en el sentido de que le faltó algo, porque no le faltó nada al 2001. En todo caso, la insuficiencia fue posterior. Como una especie de tragedia de la historia dónde se abren esas perspectivas sin que haya condiciones concretas y materiales, pero también subjetivas.

DS: *¿Cuáles fueron esas condiciones ausentes?*

MP: Me parece que la capacidad organizativa, la experiencia en los militantes que llevaban adelante esas líneas de acción como para poder enfrentar algo más que eso que se había he-

cho, que era recomponerse desde tan abajo. Creo que ese es un dato central también, muy material. El nivel de recomposición de la resistencia de los 90 parte de tan abajo en condiciones materiales, y también en el golpe subjetivo que implicó el menemismo, y el menemismo enlazado al golpe del 76, que fue muy poquito el tiempo en el cual se incubó eso que después denominamos 2001.

DS: *Vos sentís que si hubiese habido más tiempo (no solo en el sentido de tiempo cronológico, sino también más maduración) y con una evolución un poco mayor del movimiento, se hubieran diferenciado más unas funciones de tipo estratégicas...*

MP: Sí, creo que sí. Con una militancia con mayor capacidad de pensar qué hacer ante ese escenario, que ya era un escenario grande y no uno de los pequeños grupos ni de las lógicas que primaron en esos años, se podría haber dado un paso más estratégico. Es interesante que nos metamos ahí para poder pensar cuáles fueron las características de esa resistencia, como para entender por qué 2001 no es insuficiente, pero a la vez no alcanza. Entonces, para mí, el gran problema no es la coyuntura inmediatamente posterior a 2001, en donde se creció, se entrelazó la lucha piquetera con la de sectores medios, hubo vínculos con sectores sindicales, se formaron nuevas camadas de militantes, sino después, cuando ese movimiento entra en reflujo y la recomposición sistémica se produce de un modo muy veloz. Hay un problema también, ahí, del orden de las velocidades. Porque a diferencia de las militancias de los años 70 (y de los coletazos de los 80), la de 2001 es una generación que construye políticamente ya no sobre la base de certezas (el socialismo, el partido, la orga, etc.) sino en medio de una incertidumbre absoluta. Entonces había que inventar. Y toda esa velocidad que se tuvo para actuar en coyunturas álgidas de

luchas de masas, de novedosos modos de organización y protesta de los sectores populares, después –cuando el sistema se recompuso y el Estado ganó nuevamente en autoridad– los modos de procesar eso que estaba pasando fueron mucho más lentos. Hubo un desfasaje ahí: las pequeñas certezas que se habían logrado construir en esos años empezaron a tambalear y en vez de inventar nuevas respuestas a las nuevas preguntas que se nos presentaban (cómo habíamos hecho unos años atrás), nos aferramos dogmáticamente a nuestras pequeñas verdades. De algún modo negamos la realidad, o no la supimos/quisimos ver y, obviamente, ahí la asimetría de fuerzas se hizo sentir con todo su rigor: los movimientos sociales contaban con una infraestructura material e intelectual muy endeble, con militancias muy jóvenes y muy fogueadas en luchas frente a un Estado que, o bien reprimía o bien tenía políticas de asistencia social focalizada, pero siempre desde un discurso posicionado en la vereda opuesta a la del movimiento popular en su conjunto. Entonces cuando se produce la novedad de que aparece un gobierno que trae nuevamente una serie de discusiones que pensábamos estaban ya enterradas en la historia nacional, cuando desde el Estado te dicen que no te van a reprimir pero tampoco te va a dar lo que reclamas, te quedas pedaleando en el aire, respondiendo del mismo modo en que lo hacías antes.

DS: *Eso habría que retomar: 2001 esboza un tipo de política desde abajo y no basada en la certeza, mientras que el kirchnerismo recupera unas certezas que no son elaboradas por los protagonistas de esa política desde abajo.*

MP: Sí, que están atadas a otro tiempo...

DS: *A otra experiencia... ¿a vos te parece que esto de la certeza que se volvió muy fuerte en la militancia, afecta el modo que el 2001 pudo pensar en términos de proyecto histórico?*

MP: Yo creo que sí, en el sentido que las revoluciones tenían, por un lado, dos anclajes fuertes: una teoría de décadas (por lo menos en el marxismo, aunque los coletazos del mismo están en el movimiento nacional y popular, en el tercermundismo) y, por otro lado, una certeza de experiencias revolucionarias triunfantes. Me parece que la gran desolación de los años 90 pasa por ahí: ya no hay una teoría revolucionaria y no quedan tampoco experiencias exitosas que se puedan poner como ejemplo. Las experiencias que surgen (como el zapatismo), son experiencias que también están esbozando algo nuevo que todavía no lo pueden transmitir muy bien y que se basa en asumir esas incertezas de la época. Quizá se podría decir hoy que se pecó un poco de exceso de confianza en esos datos de lo nuevo y en no pensar la fuerza arrolladora que tenía la historia (entre otras cosas) del peronismo en la Argentina, como queriendo hacer una especie de borrón y cuenta nueva.

DS: *Hay que inscribir ese exceso de confianza en una coyuntura extraordinaria, en la que el peronismo fue un poco rebasado por el movimiento de masas, ¿no?*

MP: Y sí, creo que fue la primera vez en la historia desde 1945 en adelante en donde en donde se producen fenómenos populares y el peronismo no está orgánicamente allí.

DS: *Te propongo pensar algunos fenómenos más en relación a esto que decís: uno, el 17 de octubre del 45. Se podría decir que allí el elemento popular-insurreccional tiene más peso que las instituciones con las cuales luego ese movimiento intentó ser*

dirigido. No fueron las direcciones consolidadas en los sindicatos las que convocan al 17 de octubre. Hubo un rebasamiento de las formas de representación y de organización, un momento autónomo en el origen del peronismo. Segundo momento: el Cordobazo. Nuevamente la participación supera los intentos de contención, comenzando por el propio peronismo (basta recordar en la polémica televisiva entre Tosco y Rucci). Tercer momento: el 2001, del que venimos hablando. Cuarto momento que te propongo pensar: el movimiento de mujeres, el feminismo popular. Todos momentos en que el elemento popular-insurreccional innovador es más fuerte que el de la estructuración, el de la contención. ¿Estás de acuerdo con que los momentos más ricos son de desborde respecto de las estructuras, que aun arrastrando importantes rasgos de lo peronista, abren a una imaginación nueva?

MP: Sí, le agregaría que son los momentos que permiten una irrupción, la puesta en escena de determinadas cuestiones nuevas, pero no son finalmente las que tienen la capacidad de encauzar eso en una dirección, y ahí viene el peronismo.

DS: *¿Habría entonces una tensión entre desborde e innovación y capacidad estratégica de consolidar más sistemáticamente la dirección que se insinúa en el plano político convencional?*

MP: Puede ser, sobre todo si uno piensa en el 45 y el 2001. Lo del movimiento de mujeres lo analizaría en una cronología más cercana si te parece, porque si bien el feminismo tiene mucha historia, y si bien los Encuentros Nacionales de Mujeres comienzan a principios de la postdictadura, creo que el fenómeno que hoy vivimos en Argentina tiene que ver mucho con la emergencia de #NiUnaMenos, y todo lo que eso generó, y ya estamos hablando de un período muy posterior, que son los años cínicos del macrismo. Volviendo entonces a la secuencia

histórica anterior (Octubre del 45 / Diciembre de 2001), creo que lo del Cordobazo es diferente a esos acontecimientos porque su epicentro está fuera de Buenos Aires, y si bien es un fenómeno que hay que pensar en serie con otras revueltas locales que se producen a lo largo y ancho del país, no deja de ser un fenómeno provincial, con una dinámica del movimiento obrero muy específica (la de la Regional Córdoba de la CGT), y en ese sentido no me parece un dato menor el peso que tenía allí una figura como la de Agustín Tosco.

DS: *Si tomamos las coordinadoras obreras y cierto fenómeno sindical de base quizá se pueda extender un poco más la cuestión, ¿o no?*

MP: Sí, me interesa más pensarlo en ese sentido, porque fue un fenómeno más extendido en el tiempo, pero de nuevo expresa un nivel de acumulación de un ciclo más largo. Si uno piensa del Cordobazo del 69 a las coordinadoras de 1975 hay seis años de mucha intensidad política. De todos modos, está también los golpes de la represión. Quizá lo que habría que pensar es eso: cómo actuar de manera audaz, cuando en el fondo nunca hay el tiempo suficiente para prepararse.

DS: *Es decir que más allá de lo que se visibiliza en tiempos de una cierta "normalidad" subyace un proceso muy complejo que permite que, sobre todo cuando se logra adoptar el punto de vista de la crisis, el movimiento tenga una capacidad de consistencia, de visibilización y de escucha que en otros momentos no puede tener. Lo cierto es que a diferencia de lo ocurrido durante el Cordobazo, los movimientos actuales ya no son acompañados por mejoramientos sólidos de las condiciones materiales de vida que pudieron acompañar la maduración de la conciencia y la organización.*

MP: Para mí, lo de las Coordinadoras es el ejemplo más interesante para pensar, porque en realidad, uno tiene en el 45 una historicidad muy fuerte del movimiento obrero, pero ya muy golpeada, donde –por ejemplo– la influencia que pudo tener el anarquismo o el socialismo, ya no estaba presente con la fuerza que había logrado tener en décadas anteriores. Y el partido laborista es una dinámica que se arma muy sobre la coyuntura también. Lo del 2001 es más o menos parecido. En cambio durante el Cordobazo era todo más mezclado, lo nuevo y lo viejo. Y en las Coordinadoras de Gremios en Lucha las dirigencias obreras ya tienen perspectivas estratégicas más consolidadas. Uno lo que puede pensar, en todo caso, son las líneas que tomaron las vanguardias en esa coyuntura: ahí sí podría haber una cosa que sea más autocrítica respecto de qué pasó con unas vanguardias, que sí había, pero que actuaron en una dirección que quizá no era tanto la de acompañar y potenciar el movimiento de masas sino la de imponerle externamente otra lógica, que es la lógica que venía de los años anteriores, de resolver militarmente los conflictos obreros (obviamente muchos compañeros con los que he hablado del tema te dicen que era un clima de época, que incluso el activismo pedía que las vanguardias actuaran para ayudar a destrabar ciertos conflictos, por ejemplo cuando se empantanaban las negociaciones y se destrababan por fin cuando una orga secuestraba un gerente de empresa).

DS: *Entonces, retomando: ¿qué relación podemos encontrar entre 2001 con una idea de proyecto histórico? Si nos mantuviéramos en la idea de revolución que tiene el Partido Obrero o varias organizaciones trotskistas, que es una imagen más convencional, sólo quedaría concluir: "bueno se intentó hacer una revolución y se falló en el camino". Pero si estamos hablando de una militancia con menos certezas...*

MP: Sí, sí, para mí la idea de revolución no es asociable a 2001 de manera directa sino a través de la idea de la revuelta, de rebelión. Lo que pasa que al interior de los distintos agrupamientos que había en 2001, había algunos que seguíamos sosteniendo el horizonte de la revolución pero no pensamos a diciembre de 2001 como momento pre-revolucionario, en el sentido clásico que en el marxismo se emplea el término. Sí veíamos que se estaba atravesando, en el país y en la región, un ciclo de revueltas populares que se podían inscribir en una perspectiva de revolución, que también era una revolución a revisar, porque no era la revolución entendida como se la había entendido en los 70 e incluso te diría en todo el período que va de la revolución bolchevique en Rusia, en 1917, a la sandinista en Nicaragua en 1979.

DS: *De alguna manera eso es efecto de la presencia del zapatismo, que en 1994 había dicho: "nosotros queremos cambiar todo, en ese sentido somos revolucionarios, pero no tenemos la teoría de la toma del poder", y en ese sentido no estamos en la imagen de revolución tal como venía. ¿Se puede decir que hay una comunicación entre el zapatismo y ese ciclo de luchas que llega entonces hasta Argentina?*

MP: Yo creo que 2001, y cuando digo 2001 digo toda esa experiencia que va desde los años 90 hasta los primeros años del nuevo milenio (porque si pensamos Bolivia es más cerca de este siglo que de los 90) no se puede pensar sin el zapatismo. El zapatismo es a nuestra generación lo que fue la revolución bolchevique para las militancias de izquierda del siglo XX, me animaría a decir.

DS: *Hoy escuchas hablar a dirigentes sociales, por ejemplo a Juan Grabois, y él dice que la revuelta es peligrosa, que la revuel-*

ta es un lugar donde mueren los compañeros y donde los sectores de poder preestablecen su dominación; y que la rebelión juega en contra de los sectores populares. En aquel momento se pensaba un poco distinto creo, pensamos que las revueltas iban produciendo una acumulación a favor nuestro ¿Qué pensás que cambió, y por qué?

MP: Creo que el compañero Grabois tiene razón en una cuestión, pero sólo en un aspecto de la cuestión. Y es en que es cierto que en la rebelión los muertos, en general, los ponemos nosotros, no los opinólogos de redes sociales virtuales. Pero hay un problema en ese razonamiento: y es suponer que, si evitas la rebelión, las compañeras y compañeros de las barriadas no corren riesgo de vida. Eso es desconocer las violencias que nos atraviesan: los femicidios, las redes de trata, los casos de gatillo fácil, la violencia horizontal entre integrantes mismos de los sectores populares.

Por otro lado, pienso que lo que cambió fue sobre todo la legitimidad del sistema de representación, completamente en crisis en 2001. Cambió fundamentalmente porque la recomposición sistémica no fue meramente coyuntural. Mirá el kirchnerismo: tuvo tres mandatos consecutivos de gobierno de manera ininterrumpida, algo que sucedía por primera vez en la historia argentina (algo que ni el peronismo con Perón vivo había logrado antes). Y también cambió el modo en que las militancias se conciben a sí mismas, conceptualmente y en su intervención. Por eso hay algo ahí que me interesa pensar que es la cuestión de las vanguardias, que sigue siendo un tema que creo vale la pena poner sobre la mesa. Es decir, pensar la incapacidad que las militancias más ligadas la 2001 tuvimos a la hora de proyectar todo ese ciclo en condiciones desfavorables para una línea política de ese tipo. Digo: en los 90 las condiciones materiales de existencia eran totalmente desfavorables para los

sectores populares y había una militancia muy joven y con poca experiencia y todo lo que ya dijimos, pero quienes planteamos una línea más ligada a la rebelión que a la acumulación institucional, quienes decíamos que no era en los formatos organizativos que las izquierdas y el peronismo venían proponiendo desde hace décadas sino en otros que había que inventar, quienes promovimos la idea de que no era peticionando con buenos modales sino reclamando con acciones directas y contundentes lo que por derecho nos correspondían y había sido arrebatado por las políticas neoliberales, con todas las limitaciones que pudiéramos tener, teníamos capacidad de crecer, porque nuestra prédica enlazaba con una situación material y simbólica en donde esa línea tenía buenas condiciones para el éxito, al menos parcial, de concretar esa política.

DS: *¿Y ahora?*

MP: Y ahora esas condiciones siguen siendo desfavorables, al menos en tanto no se produzca una crisis. En términos inmediatos es una línea que no parece tener posibilidades de éxito, pero en términos estratégicos no me apresuraría en condenarla; diría que tiene tan pocas posibilidades de éxito como cualquier otra, como quienes piensan que se puede –en el actual contexto internacional y con la "pesada herencia" de esta restauración conservadora en curso– reeditar gobiernos progresistas, de tipo reparadores y redistributivos.

DS: *Regresando al ciclo de las luchas autónomas, cuando en el 2003 llega Kirchner al gobierno comienza toda una narración que dice que la crisis es el infierno y de lo que hay que alejarse como sea, que sería el discurso de la recomposición ¿Qué hacía que en el 2001 la crisis fuera un factor aprovechable y no un factor de disciplinamiento, de orden?*

MP: Que la palabra del arriba (para usar un lenguaje zapatista) no tenía autoridad, se le había corroído la autoridad y que las militancias que surgían desde abajo, su voz, cada vez tenía más autoridad entre los sectores populares.

DS: *¿Vos dirías que cuando la autoridad del mando se corroe, entonces se abre una oportunidad, o dirías también que hay un momento muy importante de corrosión de ese poder de mando que habría que estudiar mejor?*

MP: Fueron las dos cosas, en simultáneo. Uno puede pensar –con razón– que la autoridad perdida de ciertos sectores más tradicionales de la política argentina se debió, en gran medida, a las políticas implementadas por el menemismo y que eso comprometió al conjunto de la clase política y de la dirigencia sindical. Pero también uno podría agregar que, al mismo tiempo, hubo militancias que resistieron esas políticas desde un planteo que planteaba la necesidad de seguir corroyendo aún más esa autoridad que se desmoronaba a pasos acelerados. Entonces: durante el ciclo que caracterizamos como de las luchas autónomas, las voces que plantearon que había que corroer la autoridad estatal y generarle crisis al gobierno lograban mucho predicamento a nivel popular. En el momento actual (durante la última década, digamos), en cambio, esos planteos son totalmente minoritarios entre las militancias, más volcadas a priorizar una construcción política de tipo institucional. Y obviamente, entre los sectores populares, la confianza en las instituciones, en la "clase política" (como se decía en 2001) es mucho mayor.

DS: *Ahora, si vos tuvieses que decir algo sobre los sujetos que convergen en la crisis del 2001, ¿cómo los nombrarías?*

MP: Creo que fue el movimiento piquetero quien ofició como vanguardia, ya no en los términos clásicos de tipo partido sino como sector social que con sus luchas ayudó a dinamizar la de otros sectores. El movimiento piquetero fue un vector del movimiento popular que logró hacer confluir a su interior a los sectores sociales más golpeados por la crisis económica (los trabajadores que fueron perdiendo sus empleos pero sobre todo las mujeres que siempre realizaron el trabajo en sus hogares y que entonces trasladaron todas sus capacidades para sobrellevar la crisis a espacios colectivos) con militancias jóvenes que, sin ser parte de esos sectores, tampoco eran "clase media", sino más bien hijas e hijos de familias trabajadoras o sectores medios empobrecidos (principalmente en ciudad de Buenos Aires y conurbano bonaerense). Otros vectores que en 2001 se expresaron con fuerza fueron los trabajadores precarios de la capital, como los motoqueros, o las jóvenes militancias del movimiento de derechos humanos, como HIJOS (también cabe destacar el rol de Hebe de Bonafini, como un faro ideológico en una perspectiva de revuelta).

Paradójico resulta el papel que jugaron las expresiones sindicales, no digo las burocracias sindicales de la CGT devenidas camarillas empresariales, sino esos sectores que venían desde los años 90 protagonizando algunas luchas, como los trabajadores docentes y estatales, que junto con camioneros (que sin romper con la CGT articularon peleas con la CTA y la CC desde el MTA), estuvieron ausente en la insurrección de diciembre y la coyuntura posterior, en el caso del MTA, y presentes en luchas reivindicativas pero muy desprestigiados políticamente ante las jóvenes militancias protagonista de las luchas de aquellos días, en el caso de la CTA.

También comienza a producirse el fenómeno de fábricas recuperadas, que ya tenía su antecedente en la empresa IMPA, y por esos días cobra relevancia a partir de la ocupación de la

ceramista Zanón en Neuquén y la textil Brukman en Buenos Aires.

DS: *Creo que entre sujetos del 2001 no nombraste a las asambleas de la ciudad.*

MP: Me parece que fue un fenómeno muy efímero, que se plantearon como novedoso algo que venía del movimiento piquetero. La gente reunida en asamblea en un barrio es algo que venía ocurriendo en diversos territorios; lo novedoso es que lo tomen esos sectores, pero al no tomarlo desde una realidad puntual, territorial y con eje reivindicativo de acumulación (como en el caso de los piqueteros), terminó siendo una cosa que no era ni una coordinación de fuerzas sociales, ni un aporte novedoso en una experiencia política. Igual, podríamos pensarlo...

DS: *También hay que pensar parte de la izquierda en esas asambleas.*

MP: Sí, me cuesta pensarlo porque no he leído mucho sobre el tema y en ese entonces estaba muy lejos (geográfica y afectivamente) de esas experiencias, aunque políticamente le dimos importancia. Recuerdo haber ido a varias, y de hecho alguna gente se vinculó al MTD de Almirante Brown en donde militaba. Íbamos a Villa Urquiza, a todos lados. Darío también, y no nos perdimos ni una de esas marchas de los viernes de verano de 2002... Pero qué se yo, íbamos a tirar vallas, a ser parte del furor del verano del "Piquete y cacerola, la lucha es una sola". Pero como dijo Duhalde, el malo, "llega el frío y se terminan las asambleas". Y algo de eso hubo. El último acto de masas de las asambleas fue participar en las marchas del 27 de junio y el 3 de julio en repudio por el asesinato de nuestros compañeros Darío y Maxi. Ahí se reactivaron, pero pronto se las comió el reflujo.

De todos modos, yo diría que, fundamentalmente, lo más notable del período fue el movimiento de derechos humanos, con HIJOS y los escraches a la cabeza, y el movimiento piquetero, en sus distintas variantes...

DS: *¿Incluidos el sur y el norte del país también?*

MP: Sí, claro, sobre todo la experiencia de la UTD de Mosconi en Salta, pero también diría, incluso, que sus corrientes más burocráticas e institucionales, como las encabezadas por Luis D' Elía y Juan Carlos Alderete en La Matanza, con la FTV y la CCC, sumaron lo suyo, aportaron –con los acampes, piquetes y movilizaciones– para ir generando ese clima que en las ciencias sociales después comenzaron a caracterizar como "destituyente". Incluso esos sectores contribuyeron a la revuelta, tal vez sin quererlo, ya que luego no estaban dispuestos a ir a fondo en esa línea, o querían que eso sea sólo un momento hacia otra cosa, que es lo que se les dio luego con el kirchnerismo. Por eso yo cuestiono mucho la idea de *cooptación*; más allá de algún sector puntual, no creo que el kirchnerismo haya *cooptado*, sino que ahí se produjo una convergencia de lógicas que son más que entendibles si uno presta atención a la historicidad propia de la Argentina.

DS: *Sí, había muchas fuerzas sociales deseando que ocurra esto, no es que fueron cooptadas.*

MP: Exactamente. De hecho, a mediados de 2018 Carlos Sozzani y José Cornejo sacaron un libro (*Resistir y vencer. De los años 80 al kirchnerismo*), que fue publicado por Indómita luz, una editorial de la CTEP, en la que rescatan la experiencia de un grupo de militantes peronistas, de la zona sur del conurbano y de la ciudad de Buenos Aires (específicamente, de

La Boca, Avellaneda y Quilmes), que pasan de formar parte de agrupaciones como Descamisados a fines de los 80 a rescatar el zapatismo y promocionar los primeros MTD en los 90, pero que hacia fines de la década, cuando nosotros confluimos en la Coordinadora Aníbal Verón, coordinamos luchas con el Teresa Rodríguez y articulamos perspectivas con el MOCASE y otros grupos autónomos (¡te acordás las horas que llevó esa discusión para diferenciar coordinación y articulación!), bueno, esta gente, en todo ese proceso, se integra al Polo social con el cura Luis Farinello, y en el período que va de fines de 2002 a mediados de 2004 (es decir: entre el reflujo de la lucha social de masas y el ascenso político del kirchnerismo) conforman el espacio Patria o Muerte, junto con Quebracho, Emilio Pérsico, el MP Malón y varios sectores del entonces desperdigado mundillo del nacionalismo popular (que entonces se entendía como revolucionario y no democrático). Las diferencias estaban muy marcadas desde entonces. No veo cooptación en toda esa gente. Por algo nosotros fuimos la Aníbal Verón, nos tapábamos la cara, armábamos barricadas y cortábamos rutas mientras, por ejemplo, el FRENAPO juntaba firmas para una consulta popular. Eran estrategias distintas. Ni mejor ni peor, hay que sacar el moralismo del medio de todo esto.

Segunda parte
La década larga

Capítulo 5
Los sueños del país normal y de la insurrección modelo

Debemos asegurar la existencia
de un país normal, sin sobresaltos
Néstor Kirchner, *Discurso de asunción a la presidencia*

No hay nadie, de la vida cultural y política, que no
haya sido alcanzado por el meteoro kirchnerista
Horacio González, *Kirchnerismo: una controversia cultural*

Peronismo y kirchnerismo

¿Cuándo comienza el kirchnerismo? ¿Cuando Menem se baja del ballotage y Néstor "gana" las elecciones? ¿Cuando el sureño toma de la mano de su mentor, Eduardo Duhalde, el bastón presidencial? ¿O segundos después, cuando se pone a jugar con él (con el bastón, puesto que con el Cabezón del Conurbano jugará tiempo más tarde)? ¿O el kirchnerismo empieza en marzo de 2004, cuando Néstor pide perdón, en nombre del Estado, por los crímenes perpetrados por ese mismo Estado durante el autodenominado –con una profunda fidelidad a los conceptos– Proceso de Reorganización Nacional? Por supuesto, cabe preguntarse si es ese el mismo Estado. ¿No? ¿No era el mismo? ¿No tuvo razón Hebe de Bonafini cuando en los años ochenta afirmó que Videla y Alfonsín eran la misma mierda? Y cuando dijo ver en los piqueteros sureños el rostro de sus "queridos hijos guerrilleros": ¿no tuvo razón? ¿O no tuvo

sus razones para sostenerlo? ¿Fueron las mismas u otras las razones que la llevaron a plantear en 2006 que ya no harían más las Marcha de la Resistencia, desarrolladas ininterrumpidamente durante 25 años? ¿Se equivocó Hebe al decir que el enemigo ya no estaba más adentro de la Casa Rosada? Y de ser así: ¿la Marcha de la Resistencia estaba dirigida al gobierno nacional? ¿O era una suerte de espejo del propio campo popular para resistir a los poderes que estaban dentro y fuera del Estado? De suponer que el gobierno encabezado por Néstor Kirchner estuviese "de este lado" de la barricada: ¿eso implicaba disolver la división entre gobierno y poder, como en 1973 la Tendencia Revolucionaria del Peronismo hizo al plantear la consigna Cámpora al gobierno, Perón al poder? ¿Estaba Néstor llamado a ser un nuevo Perón, el líder popular de la postdictadura? ¿Quién sería nuestro Cámpora? ¿La Cámpora?

Las preguntas se multiplican, y es lógico: los interrogantes proliferaron entonces, cuando la política demandó audacia para actuar, y ahora, que la política demanda audacia para pensar (críticamente). ¿Qué implicó para los organismos de Derechos Humanos –o al menos una buena parte de ellos– decir que el enemigo ya no estaba más en Balcarce 50? ¿Asumir que la resistencia había sido contra los gobiernos (radical primero, justicialista después) y no contra un sistema que excedía la gestión del Estado (un Estado que, incluso, ya no contaba con el mismo poder que antaño)? ¿Qué rol jugaban los organismos en el marco del Nuevo Orden Mundial? Demasiadas preguntas, tal vez. ¿Pero no es acaso la pregunta el motor que mueve toda revolución? ¿Fue el kirchnerismo una revolución, como en su momento planteó para sí mismo el peronismo? Y si no lo fue: ¿entonces qué fue? De nuevo: ¿cuándo empieza el kirchnerismo? ¿Y cuándo termina? ¿Cuando muere Néstor? ¿O cuando Cristina asume con el 54% de los votos el tercer mandato consecutivo del matrimonio Fernández-Kirchner y

anuncia la "sintonía fina"? ¿O acaso el kirchnerismo comienza a morir cuando se produce la ruptura con Hugo Moyano? Porque decir Moyano en ese contexto es decir la CGT, es decir, el movimiento obrero organizado, la "columna vertebral" del movimiento de liberación nacional. ¿O ya no tienen sentido esas palabras, en el nuevo orden neoliberal que se apoderó del mundo? ¿El kirchnerismo implicó de algún modo la muerte del peronismo? ¿O su revitalización? De nuevo: ¿qué es el kirchnerismo? O mejor aún: ¿qué es el peronismo tras la muerte de Perón y el río de sangre que el terror hizo correr por el cuerpo social de la Nación? ¿Es el kirchnerismo otra fase del peronismo o es apenas otro modo de designar el mismo movimiento en otra etapa de la historia nacional? ¿Ha muerto esa fase como tal? ¿Es Unidad Ciudadana otro modo de llamar (se) el kirchnerismo, en medio de una ofensiva judicial-mediática tras la derrota electoral? ¿O es otra cosa? ¿Otra cosa del kirchnerismo, o también del peronismo?

Demasiadas preguntas, tal vez, en un contexto en el que lo que "garpan" son las respuestas. Así que hasta aquí llegamos con los interrogantes, sabiendo que el modo en que se respondan guiará un modo u otro de entender nuestro presente, la historia nacional, y también, las perspectivas de futuro.

***

"El 2001 es también este descubrimiento extraordinario, del que no es separable el acto, los gestos y el discurso de Kirchner en la ESMA en marzo de 2004", afirman desde la editorial del Nº 5 de la revista *El río sin orillas*, en octubre de 2011; texto en el que también se sostiene: "si el terror empieza a ceder en su influencia y a cerrar su ciclo, la política y el Estado mismo pueden ser otra vez objeto de deseo y de creencia". En el mismo escrito sus editores argumentan que el kirchnerismo "es menos

un producto directo de 2001" que la "invención de un trayecto gubernamental por parte de un grupo formado en otros presentes". Un grupo –rematan– más afín a la "lógica jacobina de las vanguardias setentistas y a la representación gubernamental que a las asambleas barriales".

¿Cuáles fueron esos presentes? Repasemos brevemente.

Cuando Néstor Kirchner llegó a la presidencia, en 2003, venía de hacer una intensa carrera política todo durante la postdictadura. Es cierto, antes –en los años 70– había sido parte del fervor peronista del 73, desde su participación como estudiante universitario en las filas de la Juventud Peronista. Pero luego vino la dictadura, y su vida se centró en ejercer su profesión (abogado) y ya en los tramos finales del horror participar de algún que otro acto y el rearmado del justicialismo patagónico. Y ahí sí, Néstor fue primero intendente de su ciudad natal en 1987 y luego, en 1991, gobernador de Santa Cruz (reelecto por dos nuevos mandatos en 1995 y 1999). Es decir, que en Néstor Kirchner, política y Estado, casi son la misma cosa. O dicho de otro modo: en Néstor militancia es sinónimo de gestión, o esfuerzos por llegar a la gestión (agenda liberal + mística militante es la fórmula que utiliza Martín Rodríguez en *Orden y progresismo. Los años kirchneristas*, para referirse al "período sureño" de Néstor).

"Con buen tino, durante los años del kirchnerismo en el gobierno nacional a nadie se le ocurrió hablar de revolución", escribe Javier Trímboli en su libro *Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución*, en el que también agrega: "una franja que adhirió al kirchnerismo provino de una parcialidad significativa de quienes se habían encontrado, más cerca o más lejos en el tiempo, bajo el signo de la revolución". Una franja, insiste Trímboli, menor en términos de votos, pero con fuerte incidencia en la "cultura", y sobre todo, con capacidad de aportar cuadros (o "personal", como él mismo arriesga a caracterizar)

para la gestión y producir un discurso de adhesión al gobierno, tanto para "bancar" en los medios masivos de comunicación como para contagiar entusiasmo.

¿Qué conexiones subterráneas tiene o no el kirchnerismo con el 2001 entonces? ¿Cuántas de esas conexiones posibles van a ser asumidas por el grupo gobernante? He aquí un nudo gordiano para interpretar el pasado reciente de la Argentina.

En su libro *Kirchnerismo: una controversia cultural*, Horacio González destaca la importancia de una pregunta central que se instala en ese momento en las áreas de las izquierdas y el peronismo. A saber: si el kirchnerismo irrumpe para clausurar el gesto creativo de las asambleas o si la necesaria cuota de institucionalidad que él restituye lleva en su esencia lo más activo de ese asambleísmo. La respuesta al interrogante abre una fractura al interior de un campo popular que, más allá de sus diferencias, había coincidido hasta entonces en enfrentar a los distintos gobiernos, que no eran más que diferentes rostros –siempre descarnados– de un mismo modelo neoliberal. Distintas organizaciones vieron en el kirchnerismo un momento auspicioso para desarrollar un nuevo ciclo de protagonismo popular. Otras tantas, una reconstitución de la autoridad estatal para garantizar la institucionalidad burguesa, fuertemente dañada tras la crisis de representatividad de 2001.

Para González, no puede dejar de tenerse en cuenta que desde sus inicio el kirchnerismo buscó trabajar con "*motivos profundos* que yacían en la conciencia colectiva". Me parece importante este señalamiento, sobre todo teniendo en cuenta la "hipótesis González" respecto del peronismo. A saber: su gran capacidad para funcionar como *conector* de distintos momentos de la memoria social. Hipótesis a la que le agregaría su gran capacidad para plantear ciertos olvidos, y erigirse como fuente de autoridad a partir de una divisoria de aguas que se establece a partir de la lectura que se haga de su irrupción.

En este sentido, desde el momento mismo de su asunción de gobierno, el kirchnerismo realizó una operación astuta que implicó trazar un puente entre 2003 y 1973, cuando el peronismo llegó al gobierno tras 18 años de proscripciones, con la cara de Héctor J. Cámpora como candidato a presidente. Pero si entonces esa asunción coronaba casi dos décadas de resistencia, la de 2003 se para en otro lugar, el de un nuevo comienzo sin historicidad reciente. Por supuesto, entre 2003 y 1973 está, en el medio, el terrorismo de Estado. Y sus secuelas durante la "democracia de la derrota". Y en el medio está, también, la crisis del peronismo como identidad popular.

Pero el kirchnerismo, de algún modo, logró darse un proceso para reactualizar esa memoria social. De hecho, hay un dato curioso que sería conveniente revisar: durante el ciclo neoliberal, el peronismo quedó fuertemente deslegitimado como vector de organización popular, y todas las luchas que surgieron lo hicieron a distancia, e incluso, contra el peronismo.

Se ha dicho, innumerables veces, que el peronismo ha muerto, es cierto. También que fue agotado y que, por lo tanto, había que superarlo con una nueva identidad histórica. El *montonerismo*, en su momento, fue una de esas apuestas de superación. *El menemismo*, en el otro extremo, la muestra clara de su fallecimiento. Y sin embargo, ninguna nueva identidad histórica ha sido capaz hasta el momento de superarlo, en tanto identidad mayoritaria de los sectores populares (queda por verse qué sucederá con el peronismo después de estos cuatro años de macrismo).

Pero en 2003 la cosa cambia. Surgen algunas organizaciones populares bajo la identidad peronista; otras, que al calor del menemato y la emergencia de los Nuevos Movimientos Sociales dieron por enterrado al peronismo, volvieron a sus fuentes. Y antiguos militantes, cuadros con formación teórica, capacidad organizativa y experiencia de lucha de larga data (au-

sentes durante las batallas contra el Estado de malestar), volvieron a sus huestes, ahora reconocidos como épicos capitanes de destacamentos derrotados antaño. Desde 2003 en adelante, el peronismo logró revitalizarse y adquirir nuevamente un protagonismo que durante los años anteriores había sido arrebatado de sus manos por nuevos intentos, no muy claramente definidos, de proyectos políticos populares con aspiraciones de cambios sociales profundos.

Ante este cambio de contexto, el desprestigiado espectro nacional y popular sacó a relucir su viejo arsenal político y simbólico, y tendió un puente con la primavera camporista, asumiendo las banderas de la resistencia antidictatorial centrada en los derechos humanos, dejando de lado la resistencia sindical y, sobre todo, la armada. Se eludían así los duros años de la resistencia anti-neoliberal, donde el justicialismo llevó adelante la transformación conservadora más importante de la historia nacional.

"La operación kirchnerista", entonces, implicó una sobreimpresión de sentidos puestos sobre los años 70, y un borramiento de las resistencias de postdictadura. Tal como reflexionó Raúl Cerdeiras en un ensayo titulado *¿Es el kirchnerismo un acontecimiento político?*, fueron tres, básicamente, los movimientos de esta operación. Por un lado, negar la experiencia política de 2001; colocarla en el lugar del "infierno", de la "crisis", de la "no política". Por otro lado, la recuperación –de la mano de ciertas mejoras para los sectores populares– de la idea de que política y Estado van de la mano.Finalmente, la subordinación de los nuevos ensayos políticos (desarrollados en el marco de la revuelta popular y la crisis institucional), a las lógicas más tradicionales del pensar-hacer la política. Subordinación que no implica –como en una variante sistémica abiertamente reaccionaria– el aniquilamiento corporal de las experiencias por vía de la represión, sino más bien una absorción, una integración y

una institucionalización de esas experiencias, ordenando desde arriba todo aquello que había sido conmocionado desde abajo, todo aquello que había logrado interrumpir la lógica de repetición de lo existente. Palabras más, palabras menos, este es el argumento que sostiene Cerdeiras, y que intento rescatar aquí para acompañar estas reflexiones, reflexiones a las que habría que sumar otras sobre cuáles fueron los elementos de dinamismo militante que aportó el kirchnerismo, especialmente entre las franjas más jóvenes, en el intenso período 2008-2011, como ya veremos más adelante.

Kirchnerismo, juventud y batalla cultural

El proceso que se abre con la 125 y llega hasta las elecciones de 2011 es, seguramente, el ciclo más dinámico de la década larga.

En marzo de 2008, a meses de haber asumido en el cargo, y en el inicio del segundo mandato kirchnerista, se desata el ya conocido "Conflicto por la 125", número de la resolución a partir de la cual el gobierno había decidido modificar las retenciones impositivas a las exportaciones de la soja, el trigo y el maíz. La patria sojera se puso de punta, y junto con la históricamente gorila Sociedad Rural, se posicionaron los medianos productores agropecuarios, e incluso los pequeños, formando un frente de lucha antigubernamental que incluía también a la Federación Agraria. Como se sabe, con 129 días de *look out* patronal, cortes de ruta, protestas furiosas y miles de litros de leche derramados sin que nadie los consumiera, el ejecutivo envió un proyecto al Congreso que culminó con el famoso "voto no positivo" con el que el vicepresidente radical (y presidente del senado), Julio Cobos, asestó un doble golpe mortal a la transversalidad y a la posibilidad de financiar más intensamente (vía retenciones) las arcas del Estado nacional.

A raíz del claro apoyo que los ruralistas recibieron de medios de comunicación pertenecientes al Grupo Clarín, las tensiones entre el gobierno nacional y multimedio presidido por Magnetto iniciaron un camino de disputas sin retorno que terminó conmoviendo profundamente el vínculo que el periodismo había mantenido hasta entonces con la sociedad.

El conflicto por la 125 fue mucho más que una disputa por la distribución de la renta, ya que con los cortes de ruta en los principales pueblos productores se desarrollaron una serie de concentraciones en Córdoba, Buenos Aires y las principales ciudades del país. La ideología de la "Argentina granero del mundo" se puso en marcha y juventudes de sectores acomodados trasladadas desde sus pueblos hacia las ciudades –con focos universitarios– hicieron sentir con todo su espesor su pertenencia de clase. También señoras y señores "bien" hicieron sentir toda su repulsa a lo que consideraron una afrenta a la moral y a las buenas costumbres promovida por el "populismo" (el mito de que con las retenciones se atacaba a "quienes trabajan duro en el campo de sol a sol"). Como si fuera poco, fracciones de las izquierdas visualizaron en los tractores ruralistas *la chispa que podía encender la pradera*, y ya sea por apego a los pequeños productores o por argumentaciones sostenidas en postulados filosóficos orientales (las famosas contradicciones secundarias y la contradicción principal elaborada por el Presidente Mao Tse Tung en sus *Tesis Filosóficas*), tanto el maoísta Partido Comunista Revolucionario (PCR) como el neotrotskista Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST), confluyeron con los sectores más reaccionarios de este país.

En cambio, el Partido Obrero y el Partido de los Trabajadores Socialistas mantuvieron una posición de distanciamiento, tanto del gobierno como de las patronales agropecuarias y su bloque de alianzas conservador (más tarde, junto a Izquierda Socialista –una fracción del MST alejada del partido tras el

conflicto de la 125– conformaron el Frente de Izquierda y de los Trabajadores, el FIT).

La Nueva Izquierda Autónoma, en sus distintas variantes, conformó entonces un espacio llamado Otro Camino para Superar la Crisis, en el cual se manifestaba un apoyo a la política de retenciones agropecuarias promovida por el gobierno, mientras se buscaba diferenciar a los pequeños productores de la Sociedad Rural y enfatizar en qué aspectos debería invertirse ese diferencial de dinero obtenido por el Estado.

***

Fue paradójico lo que sucedió en 2008. Por un lado, el gobierno no se decidió a enfrentar la envestida conservadora que ganó las calles con movilizaciones populares en las calles, aunque ante el intento de "copar" la Plaza de Mayo, sectores del kirchnerismo decidieron "aguantar los trapos" igual, frente a la Casa de Gobierno, escenario de disputas sociales y políticas como en tantas otras ocasiones. Por otro lado, el conflicto despertó nuevas adhesiones, fortaleció sentidos de pertenencia y comenzó a gestar una masa crítica y movilizada que no estaba antes. Claro que el kirchnerismo pagaba caro, en tal coyuntura, no haber promovido la movilización como forma de gestar un apoyo popular más permanente hacia las medidas reparatorias promovidas desde la gestión estatal. Pero a pesar de que el conflicto tuvo repercusiones negativas casi inmediatas (marcha atrás de la medida de retenciones en 2008; derrota electoral en las elecciones de medio término en 2009), ambas coyunturas funcionaron como punto de inflexión que llevó al kirchnerismo a tomar medidas de mayor enfrentamiento con distintos sectores de poder.

***

La reducción de la política al discurso, claro está, es un problema. La lógica de redes sociales, llevada al extremo, puede conducir a una espectacularización tan o peor que la que se produjo en los años noventa, cuando la dinámica de la *polis* fue suplantada por la teatralidad esgrimida en los estudios de televisión.

Por el contrario, no entender que una dimensión de la política (y una muy importante en el siglo XXI) es la disputa en el plano del discurso, es no dar cuenta de uno de los fenómenos en donde, al fin y al cabo, se disputan cuestiones esenciales de los sentidos que circulan en la sociedad. A propósito del tema, en su texto *Política y tragedia. Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo*, Eduardo Rinesi nos recuerda que "todo orden de la ciudad implica un cierto orden de la palabra", y por lo tanto, la política es siempre, también, una lucha por la palabra (es más, aclara Rinesi y subraya su idea con cursivas, antes que eso es una lucha "*por la definición misma de qué cosa debe ser entendido como una palabra*"). Por su puesto, una cosa es hacer política y otra, hablar de política.

Con los medios hegemónicos en contra, el kirchnerismo supo construir un andamiaje que contribuyó a gestar una épica y una mística, como así también una corriente propia de opinión para instalar ciertos debates (el modo en que el macrismo logró barrer con una gran cantidad de las iniciativas periodísticas forjadas en esos años dan cuenta, de todos modos, de un problema que aún requiere un balance: el de la relación entre medios público-estatales, empresas periodísticas y medios de comunicación populares y comunitarios). El kirchnerismo pasó de tener al diario *Página/12* entre sus adherentes, casi en soledad, a intervenir activamente en un amplio espectro de espacios, que fue desde los blogueros peronistas a la TV Pública

y el Canal Encuentro (incluso programas afines realizados por productoras privadas en canales privados, como *Duro de domar* en Canal 9), hasta los diarios y revistas como aquellos congregados en el Grupo 23 dirigido por Sergio Szpolski: el periódico *Tiempo argentino*, el semanario *Miradas al Sur*, el diario de distribución gratuita *El argentino* (con el que se buscó competir con *La razón*, también gratuito, que el Grupo Clarín distribuía en la ciudad de Buenos Aires). Incluso en redes sociales supo intervenir y gestar personajes como “El Aníbal”, que pasó de ser el Jefe de Gabinete Fernández al “Cibergladiador” kirchnerista, según supo bautizarlo Beatriz Sarlo en su libro *La audacia y el cálculo.* (Si hay algo que reconocer en el político quilmeño es su capacidad de “ponerse la camiseta”, y defender los trapos a capa y espada. Así como el acérrimo duhaldista supo ponerse la camiseta del PJ bonaerense y salir a bancar la versión oficial de la Policía cuando se produjeron los “trágicos sucesos” de la Masacre de Avellaneda en 2002 –que culminaron con 33 manifestantes heridos de bala de plomo y los asesinatos de Kosteki y Santillán–, en 2008 se puso la camiseta kirchnerista y salió a bancar la parada progresista frente a la desestabilización de los sectores más conservadores de la sociedad. El twittero “peronista, ricotero y cervecero” se hizo lucir, hay que decirlo, y se transformó en una figura central de la batalla comunicacional.)

Junto al discurso plebeyo, horizontalista y liberatario de los blogs, los facebooks y los twitters, el kirchnerismo intervino –como ya se ha dicho– en un amplio espectro privado y público-estatal. *Fútbol para todos* y el programa *678* fueron, seguramente, el principal caballito de batalla en ese sentido, junto con *Paka Paka*. Al menos así lo remarca Trímboli cuando afirma que, de haber habido más tiempo se habría concebido la gestación de un propio Netflix. “*Encuentro* y *Paka Paka* fueron el principal vector de masas, mucho más importante que cualquier libro, incluso que los que, a tono con los tiempos, se llamaron de divulgación”, sostiene en su ya citado *Sublunar*.

***

A esta intervención en los medios de comunicación –y también dentro de ellos puesto que sus textos se publicaron siempre en *Página/12*– el kirchnerismo logró aglutinar, por primera vez en muchos años, un amplio espectro de intelectuales progresistas, peronistas y de izquierda.

En su primer pronunciamiento público (15 de mayo de 2008), Carta Abierta denuncia un clima destituyente, mientras diagnostica la necesidad de realizar una "decisiva intervención" en el plano comunicacional, estético e informativo en el plano de los imaginarios sociales; y declara, entre otras cosas, que:

> Esta problemática es decisiva no sólo en nuestro país, sino en el actual Brasil de Lula, en la Bolivia de Evo Morales, en el Ecuador de Correa, en la Venezuela de Chávez, en el Chile de Bachelet, donde abundan documentos, estudios y evidencias sobre el papel determinante que asume la contienda cultural y comunicativa y las denuncias contra los medios en manos de los grupos de mercado más concentrados. Es también en esta confrontación, que se extiende al campo de la lucha sobre las narraciones acerca de las historias latinoamericanas, donde hoy se está jugando la suerte futura de varios gobiernos que son jaqueados y deslegitimados por sus no alineamientos económicos con las recetas hegemónicas y por sus «desobediencias» políticas con respecto a lo que propone Estados Unidos. Reconociendo los inesperados giros de las confrontaciones que vienen sucediéndose en esta excepcional edad democrática y popular de América Latina desde comienzos de siglo XXI, vemos entonces la significación que adquiere la reflexión crítica en relación a las vicisitudes entre Estado, sociedad y mercado globalizado.

Carta Abierta no pretendió ser una “intelectualidad orgánica” vinculada a sindicatos y movimientos sociales, sino más bien una voz intelectual dentro del debate político nacional. Sus Cartas (muy bien redactadas y con un vuelo poético como hace tiempo no se veía en panfletos políticos y textos de intervención) circularon en general por pequeños núcleos de sectores medios de perfil intelectual, y algunas de sus intervenciones televisivas no lograban marcar una diferencia con las de cualquier otra intervención que no fuera intelectual (a excepción de Horacio González, que desarrolló una impecable y audaz gestión de la Biblioteca Nacional, con una línea de publicaciones de materiales importantísimos para la cultura crítica nacional –inconseguibles hasta su reedición– y actividades diversas, que incluyeron varios homenajes a figuras que, en verdad, no habían recibido hasta ese momento el lugar que se merecían en el panteón de rostros de la cultura argentina).

“Carta Abierta combina motivos sentimentales setentistas y una suerte de pragmática oficialista”, afirma María Pía López en *Yo ya no. Horacio González: el don de la amistad*, ese bello libro en donde rinde homenaje a la trayectoria del “funcionario libertario”[3], a quien acompañó en la gestión, también realizando una más que interesante intervención desde el Museo del Libro y de la Lengua. López narra así su alejamiento del espacio y, en su reflexión, conecta con el sentimiento que ese colectivo generaba en sectores no kirchneristas:

> Cuando dejé de ir tenía varias razones. Una, el tedio: cada vez que se hablaba críticamente, algún compañero contestaba con el listado de razones por las cuales había que seguir apoyando al gobierno. Los que discutíamos

[3] La posición crítica de González se hizo sentir en muchas oportunidades. Su disposición a participar en un debate público junto a referentes del trotskismo en la Facultad de Sociales de la UBA, su “incómoda” asistencia al programa *678* y su nota en *Página/12* tras el asesinato de Mariano Ferreyra son, a estas alturas, piezas de antología.

> no poníamos en duda ese apoyo, sino la necesidad de pensar más allá del oficialismo de época, aunque su centro fuera el gobierno que apoyábamos.

En ese mismo texto plantea algo similar respecto del proceso que se vivió en la Agencia de Noticias del Estado Télam. O al menos en su caso, cuando en marzo de 2013 escribió un texto crítico respecto de la asunción de Bergoglio como Papa Francisco y le rechazaron la nota. Reflexiona María Pía López: "la anécdota es sintomática de lo que vendría".[4]

En Carta Abierta, evidentemente, convivieron lógicas diferentes, que de algún modo dan cuenta de los distintos modos de entender la cultura (para unos), o más bien la crítica política de la cultura (para otros). La demora de la contrahegemonía y la velocidad de la intervención política en las coyunturas; cierto humanismo de raigambre más artística y literaria y la subordinación a estándares científico-tecnológicos; la voz crítica al interior de un proceso y la cerrazón en torno a ser la voz que justifica dichos procesos. Todo esto se puso en juego entre quienes, provenientes sobre todo de la Universidad de Buenos Aires (y en particular de las facultades de Ciencias Sociales y Filosofía y Letras) confluyeron en dicho espacio y se transformaron, de un modo u otro, en referentes intelectuales de la época. Hubo excepciones, aunque pocas, de intervención crítico-intelectual por fuera del oficialismo que no terminaran más cerca de la derecha que del progresismo (como en el caso de Beatriz Sarlo, e incluso, de una intelectualidad más sensible a las luchas sociales

[4] En mi caso podría mencionar cómo se esfumó con velocidad el entusiasmo por trabajar en la versión Córdoba del diario *El Argentino*, cuando las censuras promovidas por Sergio Szpolski pasaron a ser tan burdas como las conocidas en *La voz del interior*, diario provincial conservador que perteneció por años a La Nación y luego al Grupo Clarín, amén de la violación de cuestiones elementales de derechos laborales regidos por el Estatuto del Periodista de Córdoba.

contra el modelo neodesarrollista). Entre esas excepciones se encuentran ciertos "bronces" de la "vieja guardia" sesentista: León Rozitchner, David Viñas (que antes de morir dijo que "no se puede ser intelectual crítico y oficialista") y Eduardo Grüner, que junto con el más joven Martín Kohan terminaron luego acercándose a la efímera Asamblea de Intelectuales del FIT (David falleció en marzo y León en septiembre de 2011; ambos fueron velados en la Biblioteca Nacional).

***

En mayo de 2010 se realizaron los Festejos por el Bicentenario de la patria. Un millón y medio de personas se congregan en el centro de la ciudad durante varios días para participar de los eventos organizados por el gobierno, que a través de diversas actividades e intervenciones políticas, artísticas y culturales, busca revitalizar un imaginario histórico. Más allá de la influencia revisionista, el conjunto de eventos e intervenciones deja ver también nuevos problemas y perspectivas para pensar la historia.

A los programas de la TV Pública y los canales privados, dedicados a temas históricos, así como a los de Canal Encuentro y el bautismo de Salones en la Casa Rosada (Mujeres,), el kirchnerismo sumó así un acto de masas a la construcción de su imaginario nacional-Latinoamericano.

Para entonces el kirchnerismo, en su segunda fase, había sumado a la derogación de la Ley de Nulidad de las Leyes de Impunidad en 2003; la derogación de la "Ley Banelco" (de flexibilización laboral) en 2004; la Ley de Financiamiento Educativo en 2005 y la Ley de Educación sexual integral en 2006, otras leyes y medidas que marcarán el dinamismo del período: estatización de las AFJP y Aerolíneas Argentinas en 2008; la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisuales,

la Ley de Banco de Datos Genéticos y el decreto para crear la Asignación Universal por hijo (AUH) en 2009 la Ley de Matrimonio Igualitario en ese mismo 2010 (a la que se le sumará tiempo después la Ley de Identidad de Género).

***

El kirchnerismo realizó un movimiento que implicó un ejercicio de fuerte recuperación de ciertos aspectos de la cultura nacional. Movimiento que va de los Patriotas de la Independencia (entre quienes se destaca, por primera vez con notable impulso, una mujer como Juana Azurduy) hasta el vendaval de figuras setentistas (Walsh, Urondo, Cámpora), y que se corona con las grandes protagonistas de los setenta tardíos: las Madres y Abuelas de Plaza Mayo (anarquistas, guerrilleros, sectores insurgentes de la clase obrera y las piqueteras son las grandes ausentes de esta narrativa).

Es que, tal como insiste Trímboli, el kirchnerismo articuló una "nueva disposición" de los que habían estado "bajo el signo de la revolución". Es decir, que más allá de la incomodidad y el disgusto, se produce un pasaje del imaginario de la revolución al de la reparación, previa asunción de la derrota. Esta breve reflexión pincelada en *Sublunar*, condensa uno de los problemas teórico-políticos más importantes para las militancias de la época, ya que a quienes habían estado "bajo el signo de la revolución", se le sumaron luego los contingentes juveniles que crecieron ya en la Argentina post 2001. El kirchnerismo logró anudar así, en su positividad y en su negatividad, un movimiento a partir del cual se dejan a un lado las utopías y se asume un realismo o pragmatismo audaz para intervenir en la escena contemporánea. ¿Por qué hablar de un doble movimiento? Detengámonos un poco.

Al asumir la derrota revolucionaria como un dato irreversible, el kirchnerismo ya no se propone remover las bases estructurales de las injusticias argentinas (que por otra parte son la singularidad de un modo de explotación y dominación global), no hay estrategia de transición hacia otra cosa (ya no digamos socialismo pero si al menos un modo poscapitalista de organizar la sociedad), pero en su pragmatismo audaz logra plantear una inflexión en las lógicas que hasta entonces rigieron en la gestión estatal. Como si algo del espíritu setentista resurgiera de las cenizas de aquellas brazas que ya se asumen extintas para sorprender con acciones inesperadas. Así, ante la doble derrota –social y electoral– de 2008-2009, el kirchnerismo no cae en una posición derrotista, sino que redobla la apuesta y va por más.

Esa audacia es la que logra cosechar mayores adhesiones, en las que se entroncan las perspectivas de quienes no confiaron en las apuestas de resistencia y recomposición de fuerzas populares que surgieron durante el ciclo de luchas autónomas, pero que sí vieron con buenos ojos las posibilidades de ponerle un freno a los sectores más reaccionarios desde una posición firme en el Estado, con sectores juveniles para quienes el ruido de las cacerolas resultaba inaudible o, peor aún, se hacía oír desde reaccionarios planteos anti-populistas. Para esas juventudes, el Eternauta más aprehensible no es el héroe anónimo y colectivo de las multitudes insurgentes de 2001 sino el rostro de Néstor Kirchner, quien simboliza en su persona una heroicidad epocal (la actividad *full time* a pesar de su enfermedad; el acompañamiento a su compañera que pasa a ocupar su lugar, en ese movimiento que León Rozitchner definió como el de "un nuevo modelo de pareja política"; su rebeldía ante lo más acartonado del protocolo[5]).

[5] La diferencia entre 2008 y 2010 fue notable al respecto, al menos en ciudad de Buenos Aires. Recuerdo cuando en mayo de 2008 un militante

En octubre de 2011, el ciclo 2008-2010 condensa formalmente en una nueva confianza popular hacia el proyecto nacional: la presidenta Cristina Fernández de Kirchner es reelecta con el 54% de los votos.

***

Porque la negrada se entusiasma y deja de respetar (es decir: pasa de la sumisión a la insubordinación). Porque la negrada se entusiasma y va por más. Porque la negrada está presente incluso en esos nombres mestizos, esos a los que se apela si es necesario pero que es mejor si no están. Porque la negrada es la que te toma del codo cuando le das la mano (agarran conciliación de clases y la transforman en lucha de clases). Porque la negrada apenas si sirve para laburar, es mejor si se pudiera retroceder 70 años atrás. Esto piensan los sectores más reaccionarios de nuestra sociedad. Y eso explica, en parte, por qué aun siendo "apenas reparadora, tibiamente redistributiva" (al decir de Trímboli –nuevamente– en *Sublunar*), las políticas kirchneristas despertaron tantos enojos y reacciones. Lo que sucedió con el kirchnerismo, en ese plano, enlaza con el histórico gorilismo antiperonista.

La clase dominante (en realidad, sólo su fracción más lúcida en sus facetas más racionales y menos sentimentales) puede tolerar el peronismo, siempre y cuando lo que esté enfrente sea la posibilidad siquiera de la revolución (1972 y la confluencia

setentista me dijo por teléfono que "los chetos" querían "copar la Plaza", y que no los iban a dejar y salí corriendo para Casa Rosada, y al llegar me topé con decididos pero muy poco numerosos contingentes de manifestantes, y empezamos a saludarnos a los abrazos tras años de no hablarnos, y octubre de 2010, cuando tras la muerte de Kirchner llegué a la misma Plaza de Mayo y apenas podía caminar, rodeado de multitudes de todas las edades y sectores sociales que, entre lágrimas y rostros compungidos, despedían a su líder.

marxista/peronista) o la impredecible rebelión (2001). Pero una vez pasado el instante de peligro, lo que importa para estos sectores es poner a esa anomalía, a esa rareza, en caja. En eso, las clases dominante argentinas son culturalistas: no importan si siguen ganando dinero. Basta que un proceso apele a ciertos símbolos, que ponga ciertas voces populares a circular en el escenario político nacional, para que todo salte por los aires en algún momento. Y son, además de racistas, profundamente machistas. Si quien levanta la voz es una mujer, la situación de malestar ya se torna intolerable.

Pueden conformar un partido para presentarse a elecciones (como lo hicieron con el PRO); puede apelar a la violencia abierta (como lo hicieron a lo largo de la historia, en esa "constante con variaciones" –para decirlo con el David Viñas de *Literatura argentina y realidad política*– de la "violencia oligárquica" contra los indios, los negros, los gauchos, los cabecita negra –para decirlo con las palabras con las que Piglia lee a Viñas en *La Argentina en pedazos*–).

El antiperonismo (según Ezequiel Adamovsky expresa en *El cambio y la impostura. La derrota del kirchnerismo, Macri y la ilusión PRO*), "es con seguridad una de las identidades políticas más poderosas es influyentes de los últimos setenta años". De allí que, más allá de sus mutaciones y de su incierto devenir en lo que queda de la década, el peronismo no pueda sino ser tenido en cuenta como uno de los elementos fundamentales de cualquier proyecto de liberación nacional y emancipación social en la Argentina.

***

Bien, ¿qué hizo entonces el kirchnerismo con el peronismo?

Tal vez aquí radique una de sus grandes fortalezas, y una de las grandes paradojas de esta experiencia política y de gobier-

no que se engloba bajo ese nombre, ya que tuvo la capacidad de contener en su seno a gran parte de los sectores tradicionales del peronismo, junto con otros que apostaron al proyecto desde posiciones más progresistas –y hasta de izquierda– pero muchas veces profundamente gorilas (Martín Rodríguez, en el libro ya mencionado, llama la atención sobre esta paradoja. A saber: que en el momento mismo en que Néstor comienza a diseñar su retirada del PJ, los sectores progresistas que lo acompañan se peronizan, en un proceso –podríamos agregar– por demás acrítico de peronización).

El kirchnerismo, entonces, es y no es peronismo.

Si bien el kirchnerismo logró albergar en su interior corrientes progresistas no-peronistas, no tuvo una política de "refundación", como sí tuvieron los casos (muy disímiles entre sí) de la Revolución Bolivariana en Venezuela y la Revolución Democrático Cultural en Bolivia, que supieron expresar sus transformaciones en significativas reformas constitucionales. En el primer proceso mencionado, se buscó avanzar en el uso de un lenguaje y se planteó un horizonte vinculado al ideario socialista; en el segundo, se gestó un Estado Plurinacional, poniendo fin al histórico problema de marginación de las mayorías indígenas en dicho país. Estado comunal y Estado integral, se plantearon como registros de renovación teórico-política para cada uno de ellos países, y en simultáneo, para abonar a los debates estratégicos de los pueblos Latinoamericanos.

En la Argentina, con el modelo peronista basado en la distribución igualitaria de la renta nacional (el famoso "fifti-fifti" peronista de los años 50), otro legado y otros lenguajes supieron parir en su momento la fórmula de "socialismo nacional", obviamente en un contexto mundial muy diferente al que habitamos en el nuevo siglo.

En una entrevista publicada en *El río sin orillas* (Nº 5, octubre, 2011), Horacio González supo dar cuenta de este proble-

ma al sostener: "al peronismo le falta la inquietud interna de la palabra *socialismo* y se puede decir que fueron un fracaso los sucesivos intentos de acercarlos". Eduardo Rinesi, en una entrevista también publicada en *El río sin orillas*, pero en el Nº 2, dijo por su parte que ese es hoy (octubre de 2008), tanto como en los 80, el tema de la democracia argentina: "la tensión entre representación y participación, entre legitimación por los votos y legitimación por una acción pública más permanente y la necesidad de crear espacios deliberativos más activos, más dinámicos, más abiertos".

Desde una perspectiva más liberal (en el sentido teórico del término), el periodista Mario Wainfeld planteó durante años –desde sus notas en el diario *Página/12*– la necesidad de llevar adelante una profunda reforma política. Pero más allá de algunos avances en materia de derechos civiles y de políticas sociales reparatorias que alentaron un mayor consumo para los sectores populares, lo cierto es que la larga década kirchnerista no deja en su haber ningún aporte significativo en términos de poner en tensión las formas institucionales con las que se rige la gestión del Estado argentino.

Izquierda, peronismo, kirchnerismo y movimientos sociales

"En el kirchnerismo las consignas pasaban a ser una superestructura con potencialidad agitativa, sin que necesariamente hubiera consonancia con las estructuras que se imaginaba poder reponer", escribe González en el ya mencionado libro *Una controversia cultural.* Un siglo antes, Lenin había destacado que las consignas que habían servido para un momento podían tornarse inútiles para otro.

Algo de esto aparece en esta tragedia de doble rostro que acontece en el país durante los años 2003, 2004, 2005. ¿En qué

sentido tragedia? Tal vez en el hecho de que puede verificarse el rostro más crudo del realismo capitalista. Es decir: cuando empieza asumirse, de un lado, que el capitalismo con rostro humano es a lo más que se puede aspirar desde la perspectiva de gestión del Estado; y por el otro, que el denuncialismo es a lo más a que se puede aspirar desde una izquierda radical que muchas veces no pasa de ser el costado izquierdo del mismo sistema que pretende voltear.

Así, la izquierda debe enfrentarse a una situación en donde tanto ella como sus adversarios imaginan situaciones inviables para el contexto en que se vive. En el caso del kirchnerismo, al pretender reinstalar un Estado peronista; en el caso de las izquierdas, el de sostener un estado de rebelión permanente en el que el peronismo popular ya no tiene un lugar. Pero en este problema de doble incomprensión, el kirchnerismo sale ganando, y no sólo porque gestiona el Estado, sino porque entiende que ciertas consignas que funcionaron en un momento ya no funcionarán en otro, pero sabe que es posible resucitar otras consignas más antiguas aún que aquellas que se acaban de descartar. Es por eso que, como hemos visto, González se refiere al kirchnerismo como un espacio político que logra empalmar con "corrientes subterráneas de reparación nacional y social". Y en eso –al menos en eso– le damos la razón.

***

En su discurso de asunción, Néstor Kirchner dice, por un lado, que forma parte de la generación diezmada y castigada de los años 70, y que él se sumó a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a las que no pensaba dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada. "No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo. Eso constituye en verdad un ejercicio de hipocresía y cinismo.

Soñé toda mi vida que éste, nuestro país, se podía cambiar para bien", dice, en un gesto setentista que implica posicionarse como continuidad de otras luchas del pasado ("vengo a proponer que recordemos los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros. De nuestra generación, que puso todo y dejó todo, pensando en un país de iguales"). Sin embargo, por otro lado, en el mismo discurso, habla de salud, de educación, de seguridad, de equilibrio fiscal, gobernabilidad, y de renegociar en otros términos la deuda externa ("No se trata de no cumplir, de no pagar. No somos el proyecto del default").

¿Cómo entender esta oscilación, esta contradicción? Referirse al simplista y despreciativo argumento de que es el típico centrismo peronista poco ayuda. Entre otras cosas, porque desde ese centrismo el peronismo nunca fue igual a sí mismo y supo gestar a su interior momentos muy diferentes, difícil de caracterizar del mismo modo bajo la etiqueta peronista. ¿Entonces? Es posible que se entienda ese discurso sólo desde la derrota histórica de los proyectos de transformación.

Sin ser antiimperialista consecuente, por ejemplo, el kirchnerismo planteó sin embargo romper el vínculo unilateral con Estados Unidos y priorizar una tendencia de integración regional. Algunas fotografías que pueden ayudarnos a pensar mejor ese cambio de perspectiva son las que se expresaron en Mar del Plata, en 2005, cuando Hugo Chávez encabezó un acto en un estadio junto a Diego Maradona para respaldar la decisión del señor K de posicionar un bloque de presidentes sudamericanos que le dijeran "No al Alca". Gesto que implicó una elección más cercana al modelo del Mercosur que el de la Tricontinental. Eso por un lado. Por otro lado, un conjunto de movimientos y agrupaciones se movilizaron hacia donde esos presidentes estaban reunidos, para repudiar la presencia de Bush en el país (la movilización, como casi todas las expresiones de lucha antig-

lobalización, terminó con manifestantes tirando piedras contra una policía que los reprimía, pero ésta vez bajo el mando político de la misma gestión que adentro estaba tirando por la borda los planes más abiertamente guerreristas y saqueadores del imperio).

En el plano interno sucedió algo similar. "No se puede recurrir al ajuste ni incrementar el endeudamiento. No se puede volver a pagar deuda a costa del hambre y la exclusión de los argentinos generando más pobreza y aumentando la conflictividad social", dice el presidente recientemente asumido, y contrapone al "modelo de ajuste permanente" otro que no pone en duda la existencia de la propiedad privada sino que busca poner al consumo interno en el centro de escena. *Dar vuelta una página de la historia*, entonces, será para el kirchnerismo, *reconciliar a las instituciones y al gobierno con la sociedad*, luego de una crisis de gobernabilidad como la del 2001. "En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente", sostiene Kirchner, pero en el contexto posterior a la caída del Muro de Berlín, eso no quiere decir transición hacia otra cosa (el realismo capitalista, según Mark Fisher, es que el capitalismo ocupe todo el horizonte de lo pensable), sino un proyecto que solo se propone el "crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y una mejor y más justa distribución del ingreso".

Si bien carente de programa, puede leerse a través de ese primer discurso de Néstor Kirchner una orientación general de lo que serán los primeros años de esta experiencia patagónica en la gestión del Estado nacional. El Estado como *gran reparador* implica recuperar calidad institucional tras el estallido, volver a los presupuestos de la Constitución Nacional, como el susodicho "el pueblo no gobierna ni delibera sino a través de sus representantes" (¿qué es eso de asambleas populares, de

democracia directa, de horizontalidad?), para suplantar la presentación de la multitud por la buena representación popular ("A la Constitución hay que leerla completa", insiste Kirchner en su discurso de asunción).

Algo de esto deja entrever, años más tarde, Horacio Verbitsky, cuando en el libro de diálogos con Diego Sztulwark (*Vida de Perro. Balance político de un país intenso, del 55 a Macri*), cuente lo siguiente: "Recuerdo que en una conversación con Kirchner, hacia fines de 2003, él me dijo: 'Después del verano, en marzo, no tiene que haber más personas en la calle, tiene que normalizarse la situación'. Me chocó ese razonamiento, porque yo veía eso como una cosa de mucha vitalidad. Era un conflicto constructivo, digamos. Le pregunté por qué quería eso y me contestó: 'Porque si no lo logramos, no vamos a durar, esto se va a la miera'".

El discurso fundacional, entonces, el gesto fundacional de jugar con el bastón presidencial mientras se recibe el cargo de parte de un mentor que supo ser uno de los grandes responsables de la tragedia argentina (desde el sustento bonaerense del menemismo hasta el asesinato de Kosteki y Santillán) no es incoherencia sino expresión del suelo contradictorio en el que se deslizará esta experiencia de gobierno ("el duhaldismo como el GOU del kirchnerismo", según la fórmula que emplea Martín Rodríguez en su libro *Orden y progresismo*).

A distancia tanto del neoliberalismo puro y duro expresado durante el ciclo menemista-delarruista (ciclo que fue acompañado, no sin tensiones, por la gestión provincial de Néstor Kirchner en Santa Cruz) como del imaginario socialista más ligado a un legado de cierto peronismo revolucionario, el kirchnerismo pretendió reinstalar un modelo peronista que si no parecía ser viable en 1974 mucho menos parece ser posible en 2004. Pero el intento estuvo, y merece ser pensado.

De allí la tensión del kirchnerismo: mientras es capaz, en lo simbólico, de leer los cambios que se han operado en el país de la postdictadura, insiste en un plano material con volver atrás la rueda de la historia. Esta tensión se puede leer en el mismo discurso de asunción, y en gran parte de las políticas del primer kirchnerismo (o del kirchnerismo a secas, es decir, en el kirchnerismo de Néstor).

Mientras que en septiembre de 2003, en Nueva York, Néstor se asume –y posiciona a su gobierno– como hijos de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo (dando cuenta de la importancia del movimiento de derechos humanos tras la última dictadura), en su primer discurso, en cambio, Kirchner enfatiza una mirada incapaz de –o que al menos demuestra serias dificultades para– comprender el cambio en la composición material operada en la clase trabajadora y el pueblo argentino. Dice el nuevo presidente: "reinstalar la movilidad social ascendente que caracterizó a la República Argentina requiere comprender que los *problemas de la pobreza no se solucionan desde las políticas sociales* sino desde las políticas económicas. Sabemos que hay que corregir errores y mejorar métodos en la forma de asignación de la ayuda social. Pero es imprescindible advertir que la tragedia cívica del clientelismo político no es producto de la asistencia social como gestión del Estado, sino de la desocupación como consecuencia de un modelo económico. En nuestro país la aparición de la figura del cliente político es coetánea con la del desocupado. Mientras en la República Argentina hubo trabajo, nadie fue rehén de un dirigente partidario".

Este apartado, que puede dejar con la conciencia tranquila a cualquier progresista bien-pensante, no deja de dar cuenta de la dificultad del kirchnerismo de leer lo profundo de la crisis. De allí que, con Alicia a la cabeza, el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación trabajara con tanto prejuicio respecto de los planes sociales, y que durante mucho tiempo tantos kirch-

neristas creyeran que la asistencia social sería provisoria, mientras se generaban los puestos de trabajo capaces de volver a una situación de pleno empleo.

***

Desde el momento cero el kirchnerismo supo marcar la cancha, de manera continua, como ningún otro gobierno supo o quiso hacerlo desde 1983. Queriendo, el Primer Gobierno Radical de la postdictadura tuvo con qué, ya que Raúl Alfonsín supo capitalizar los aires renovadores de la transición democrática, pero también sabía bien que los límites los encontraba en un peronismo en búsqueda de recomposición (tras la doble derrota: la estratégica de los años 70, y la táctica-electoral de los 80). El Segundo Gobierno Radical no tuvo ni oportunidad: la Alianza UCR-Frepaso inauguró su gobierno reprimiendo una protesta social en el puente que une las provincias de Corrientes y Chaco, dando además continuidad al modelo económico menemista. Los otros gobiernos, el de Menem y el de Duhalde, cada uno a su modo, llegaron para hacer desde el peronismo aquello que los enemigos del pueblo sólo podían hacer bajo esa identidad, así que tampoco estaban como para andar marcándole ninguna cancha al movimiento popular, porque desde el vamos sus objetivos fueron otros (lo mismo sucederá con el Tercer Gobierno Radical, tal como veremos más adelante).

Pero el kirchnerismo no. El gobierno encabezado por Néstor primero, y por Cristina después, supo hacer del respaldo que le otorgó un sector importante del movimiento popular, una fortaleza para sostenerse en el gobierno. Sea para conjurar procesos que pudieran darse desde abajo y a la izquierda como para enfrentar otros por arriba y a la derecha.

Así, el Frente Anti-neoliberal que supo enfrentar –con distinta vocación e intensidad– "al modelo" durante los años noventa, se fragmentó en los dosmil ni bien un nuevo presidente llegó a la Casa Rosada anunciando "otro modelo posible de país".

De allí que el concepto de *cooptación* resulte poco productivo para comprender lo que pasó entre los años 2003 y 2015, y seguramente poco ayudará a entender los realineamientos del campo popular durante el ballotage entre Mauricio Macri y Daniel Scioli, y estos años en que hemos transitado la Revolución de la Alegría promovida por la gestión Cambiemos. La cooptación implica un no-movimiento, una actitud pasiva de uno de los términos del vínculo, y reduce la política a una lógica de prebendas. Es cierto que hubo dirigentes y grupos que corrieron "detrás de la billetera"; que desde cierta lógica degradada del movimiento social vieron con entusiasmo la posibilidad de recibir subsidios del Estado sin evaluar qué limitaciones políticas imponían determinados acuerdos, pero también es cierto que el planteo del kirchnerismo enlazó con una parte de las tradiciones y perspectivas del movimiento popular en Argentina. Fueron muchos (los grupos y personas) que desde hacía años esperaban la llegada de un dirigente peronista que recuperara ciertas banderas (históricas, populares) del peronismo. Y ese momento llegó e interpeló: a quienes venían protagonizando luchas sociales a la espera de un momento político más favorable para desarrollar un proyecto que pudiera hacer otra cosa desde el Estado; a quienes desencantados despotricaban desde sus casas sentados frente a la pantalla de la televisión; a quienes sin haberse integrado a organizaciones ni haberse resignado al estado de cosas existentes se limitaban a ir a una movilización de tanto en tanto, a "dar una mano" a alguna agrupación o a sostener una ética personal lo más afín a ciertas ideas sostenidas antaño. Incluso el llamado interpeló a agrupamientos de

izquierda, alejados del legado peronista o nacional-popular e incluso hasta hubo anarquistas que de repente reconfiguraron sus ideas y sus prácticas y terminaron engrosando las filas de la nueva expresión política, sosteniendo que el kirchnerismo no era peronismo "puro y duro" y que la Argentina –y el continente, como veremos más adelante–, ingresaba en un momento político diferente, donde la política institucional jugaba un rol central.

Por todo lo anterior, hablar de cooptación sólo puede favorecer la pereza intelectual, la comodidad moral de denunciar sin ver las propias limitaciones y también, cierto desdén elitista que menosprecia la intervención político-militante concreta en situaciones concretas.

Capítulo 6
Segunda conversación con Diego Sztulwark
Los años kirchneristas

DS: *Cuenta Horacio Verbitsky que cuando asume Néstor Kirchner le dijo: "llegamos de pedo, no nos sacan más".*

MP: De algún modo el kirchnerismo nos sorprendió a todos, me parece, en esta cuestión que logra desde el peronismo y desde la clase política más tradicional, hacerse del Estado con unas elecciones donde sacan muy pocos votos, pero rápidamente logran reconstituir la institucionalidad tan cuestionada en 2001.

DS: *Llegan con muy poco y se aferran...*

MP: Sí, porque rápidamente logran reconstituir nuevamente la lógica de Estado, partidos y sindicatos, ¿no? Me parece que ahí hay algo que logra el kirchnerismo con mucha lucidez.

DS: *Que significa hacer una invitación a todos los actores tradicionales que habían quedado en situación bastante complicada de reconstituirse.*

MP: Sí, producto del "Que se vayan todos", o como respuesta más bien al "Que se vayan todos".

DS: *Claro, es la lectura que hacen: "Que se vayan todos" era que se fueron los representantes malos, pero que quedaran representantes más conscientes de la situación.*

MP: Y además esa forma que tuvieron de hacer nexo con los años 70 fue muy inteligente, rescatando las luchas en defensa de los derechos humanos, eso hay que decirlo, pero obviando la resistencia obrera, guerrillera y todas las experiencias de movimientos sociales de post dictadura hasta ese momento. Ahí hay algo que se produce que me parece por demás interesante, que es esa capacidad del kirchnerismo para producir una serie de hechos políticos, que uno podría pensar que son casi uno por año: la cuestión de la ESMA en 2004; el rechazo al ALCA en 2005; la ruptura con Duhalde previo a las elecciones de 2007; después se produce lo del campo en 2008 y salen con una actitud de ofensiva ante un retroceso, antes lo de la corte suprema, uno puede ir rastreando distintos hechos que va generando.

DS: *Y después con Cristina eso aumenta.*

MP: Sí, las nacionalizaciones, aunque sean parciales, como Aerolíneas e YPF y el discurso de quita de la deuda como una gran victoria en términos de conquista de soberanía nacional...

DS: *Muy importante la estatización de las AFJP, al comienzo de Cristina, es Boudou el que lo hace...*

MP: Y ahí empieza el kirchnerismo de algún modo, ¿no? Uno podría decir, justamente, que a partir de la Ley de medios el kirchnerismo entiende que tiene que contar con una estrategia de intervención comunicacional, librar una batalla cultural, para resumirlo con un término conocido.

DS: *En 2010 es importante el bicentenario, la muerte de Néstor Kirchner...*

MP: Y la incorporación muy masiva del piberío al kirchnerismo, que había sido un kirchnerismo de viejos, porque incluso en 2009 venía siendo poco juvenil, y a partir de la muerte de Néstor es la explosión de La Cámpora y grupos similares. ¿Qué sucede en 2011? El kirchnerismo logra, por primera vez en la historia argentina, revalidar un mandato consecutivo por tercera vez, y lo hace con el 54% de los votos y lo primero que dice Cristina es "sintonía fina", es decir, tenés La Cámpora, tres elecciones ganadas, la espalda del bicentenario, de toda la kirchnerización producto de la muerte de Néstor y lo primero que hacés en vez de decir "vamos para adelante", que hubiese implicado darle un giro a lo que vino siendo el gobierno hasta ese momento, no, se repliega sobre sí mismo, empieza a hablar de los logros obtenidos hasta entonces.

DS: *Bueno, hubo un intento en 2011/2012, de discutir una reforma de la constitución para que Cristina se pueda reelegir, sabiendo que sin Néstor Kirchner no había recambio, y el riesgo de que incluso ganando esa elección constituyente no se consiguiese una mayoría necesaria, más el fantasma del chavismo que agitaba la derecha etc., hizo que pusieran el freno. Pero me acuerdo que fue una discusión interna muy fuerte dentro del kirchnerismo, entre los que deseaban una reforma de la Constitución y los que calcularon que no se podía, es decir, que tal vez lo que hubo es una especie de difícil interpretación de qué era ese 54%, y de qué hacer con él, porque probablemente ese 54% no era adhesión a lo que Cristina tenía en la cabeza como radicalización, era más bien de aprobación a los niveles de consumo a que se había llegado, por ejemplo. ¿Cómo lo ves vos?*

MP: A mí me parece que un factor decisivo es la ruptura con el movimiento obrero organizado, porque digamos que en la mejor de sus expresiones, el kirchnerismo hasta ese momento, ni siquiera había sido un peronismo clásico, estaba por debajo de lo que había sido el peronismo clásico y, me parece que la ruptura con Moyano y el empoderamiento de La Cámpora de algún modo hace que se retraduzca todo eso en una cuestión de agradecimiento por lo que ya pasó, como si se hubiese llegado hasta ahí, como si hubiesen dicho: "bueno, hasta acá dimos", cuando en realidad, si vos te respaldas en el movimiento obrero, aún en lo más burocratizado, pero para plantear una salida de tipo más clasista, aún en los términos de conciliación de clase, me parece que se generaba otro escenario pero no se produjo. Porque la ruptura con Moyano no es la ruptura para fortalecer a un sector del sindicalismo menos burocrático, más democrático y participativo, es para favorecer un corrimiento del sujeto, como si el movimiento obrero organizado ya no tuviera el lugar de columna vertebral del movimiento nacional sino que desde ahí, los sectores juveniles, sobre todo de la clase media de las grandes ciudades del país, pasara a ser el sujeto político y ya no social del espacio.

DS: *No sé, la ruptura con Moyano me suena más a disputa sobre quién es el representante de la clase trabajadora, si Moyano o Cristina.*

MP: Claro y cuando Cristina lo hace se recuesta en el imaginario de los sectores medios

DS: *Y, por otro lado, parece que maneja bastante mal toda la discusión sobre impuestos a las ganancias...*

MP: Exactamente.

DS: *De todas maneras, eso no se nota en 2011, porque ella gana. En 2011 Moyano parece que fuera el desubicado en la escena.*

MP: Por eso, ella ganando no es que hace la movida clásica que de algún modo hacía Perón, que es lo desplazo a este para poner este otro. La operación es, desplazo a los camioneros para poner a la clase media que se entusiasma viendo *678*.

DS: *Me acuerdo que Ernesto Laclau, unos años antes, en una entrevista que le hacen en* Página/12, *dice que lo que ocurrió en la Argentina fue una "sustitución": la mediación política ya no está en manos de las organizaciones sociales, sino en manos de La Cámpora, lo que para él es un avance. La pregunta es qué cosa es un avance, un avance para qué... Ahí habría que tener en cuenta también el libro de Damián Selci. Recuerdo que cuando leía esa entrevista a Laclau pensaba que podía haber un retroceso en el hecho que un grupo de militantes de la clase media, varios salidos del Colegio Nacional de Buenos Aires, sustituyeran en la tarea de mediación a los sectores plebeyos que emergieron a la política desde la lucha social-territorial o gremial.*

MP: Además, de algún modo La Cámpora viene a ser aquello que suplanta lo que había sido la "fuerza propia" hasta ese momento: Barrios de pie y el Movimiento Evita (no olvidemos la imagen de Néstor hablando con una bandera del Evita atrás). "Unidos y organizados" de hecho surge con la idea de juntar todo eso que andaba dando vueltas por fuera del PJ y el FpV, pero termina reducido a lo más cercano, me parece, La Cámpora y sus amigos. Creo que ahí hay una operación en donde de algún modo pasa eso, se pasa a construir el relato de una especie de neo-alfonsinismo, neo-frepasismo más que de neo-montonerismo (no olvidemos que Cristina a los Montoneros no los quiere nada, y Néstor tampoco los quería).

DS: *Y ahí: ¿no pensás vos que el kirchnerismo se hubiera vuelto más interesante si a lo mejor armaba una mesa de conducción a primer nivel, es decir, sentando a referentes de luchas sociales?*

MP: Sí, por supuesto, pero hubiera sido lo contrario al modelo kirchnerista, que es la "mesa chica" que traían del sur.

DS: *Hay que pensar por qué... eso hace que en 2013 el kirchnerismo, lo lleva a perder una elección tras otra: en 2015 (pierde las PASO y las generales), y después de nuevo en 2017, o sea, nunca más gana una elección.*

MP: Sí, la cerrazón sobre el propio espacio.

Me parece que ahí, claramente, aparece la diferencia entre lo que sucedió en términos regionales (que siempre se planteó hacer la lectura Argentina en los marcos latinoamericanos), entre lo que se puede denominar como "gobiernos populares" y los otros, los de tipo "progresistas". La gran diferencia entre lo que son experiencias como el chavismo en Venezuela, o el gobierno de Evo Morales en Bolivia, de lo que fueron el kirchnerismo, el Frente Amplio en Uruguay, el PT en Brasil, en donde de algún modo no hay una búsqueda real por generar organización popular. De hecho el concepto de "Poder popular" no aparece nunca en el discurso kirchnerista, aparece tardíamente esto del *empoderamiento*, que nunca se sabe muy bien qué es, como se construye, y que incluso, por lo menos a mí, me suena con ribetes a "yo otorgo" poder a determinados sectores, y no de una autoconstrucción del poder. Y después hay cuestiones fundamentales que tienen que ver con la institucionalidad vigente, liberal, cosa que tanto en Venezuela y como en Bolivia se problematiza, se producen reformas constitucionales, y se pone en primer plano la discusión acerca de cuál es la fuerza social organizada necesaria para avanzar en los cambios (movimientos

sociales en Bolivia, proceso comunal en Venezuela). Cosa que, incluso, hasta el peronismo tuvo, eso de recostarse en la clase obrera organizada en sindicatos como columna vertebral de un movimiento más amplio, policlasista, pero con los laburantes como eje del movimiento nacional, cosa que el kirchnerismo no tuvo me parece. ¿Cuánto influyen teorías como la de Laclau en eso?, no lo sé…

DS: *Ahora, digamos que el kirchnerismo logró tener una eficacia muy grande cuando percibe que, podrá no haber una clase obrera homogénea incluida bajo la forma de asalariados pero puede haber múltiples formas de ingresos económicos, que favorezcan el consumo interno, y que esa experiencia de favorecer al consumo implicó, por un lado, un éxito político en 2011, y por otro, una sociedad de rasgos nuevos.*

MP: Es que uno podría pensar que hay una respuesta progresista en el nivel macro-político (la inclusión para el consumo) que simultáneamente es una micro política neoliberal, porque cada uno está incluido como ciudadano con capacidad de consumir en términos individuales, todas las políticas de inclusión son políticas individuales, no fortalecen una posición colectiva.

DS: *Ahora te pregunto: este ciclo que estamos describiendo para la Argentina, ¿crees que es válido a nivel regional o estamos describiendo un fenómeno muy argentino?*

MP: Y lo que pasa es que en los otros países es distinto, porque con el chavismo se dio más de arriba para abajo esto de ir generando organizaciones, en un primer momento, pero luego desde el Estado Chávez promueve las Comunas; en el caso boliviano es más complicado porque en realidad ellos tenían una

experiencia mucho más firme de movimientos sociales a partir de los cuales se decide, equivocadamente o no, hacer ese salto de conformar el "Instrumento Político" (MAS), presentarse a elecciones y tras las grandes revueltas, promover la candidatura de Evo, un indio, en un país donde la clase dominante y los sectores de la pequeña burguesía urbano son profundamente racistas.

DS: *Parece que hay secuencias similares: una vez en el Estado, los gobiernos progresistas pasan de un primer momento en el que se trata de mantener una relación con el ciclo de luchas anteriores (de sus actores, de esa dinámica), a una segunda en la que esa relación se resuelve en un proyecto de inclusión de esos sectores en el mercado. El resultado parece ser cierto cambio de la sociedad, una acentuación de lo neoliberal a nivel de subjetividades y vínculos.*

MP: Ahí se puede sumar a Brasil también. Hay algo de particularidad del ciclo Latinoamericano que es común a todos estos países que nombramos; como que hay un ciclo que de algún modo se cierra, con todas estas complejidades. Como si no se hubiese podido (y en muchos casos, la mayoría, no se hubiese querido), con excepción de Venezuela, conmover el orden que está por detrás del neoliberalismo, pero también, de los neodesarrollismos, que no es más que el capitalismo. En el caso de Bolivia se suma la particularidad de que a un presidente indio lo sigue, como vice, un gran intelectual, como lo es Álvaro García Linera, que tiene una mirada muy creativa para algunas cuestiones y muy ortodoxas para otras. Entonces, en vez de arrojo teórico-político como uno esperaría que surja desde las usinas mismas de ese proceso tan interesante, surgen conceptualizaciones del tipo "capitalismo andino-amazónico". Pero a su modo una respuesta dieron, y eso es por demás interesante. Gestaron la "Guerra del agua", la "Guerra del gas", todo

ese proceso que Raquel Gutiérrez Aguilar narra y piensa en *Los ritmos del Pachakuti* y dijeron: "hasta acá llegamos tirando abajo gobiernos; tenemos que meter uno nuestro por la ventana".

En Argentina, en cambio, teníamos una línea estratégica para la resistencia, entendiendo la resistencia no como mera oposición, sino como creatividad, generación de lazos, etc., pero no había una respuesta a la pregunta ¿qué hacer en el plano macro-político? Ahí me parece que hay algo importante para pensar, sobre todo de cara a lo que se puede abrir de 2019 en adelante, que es cómo las organizaciones tienen la capacidad de intervenir en las grandes discusiones que se plantean en un determinado momento en un país, cómo intervenir con una posición propia digo, porque ya vimos que la respuesta de ingresar a un gobierno que pueda tener rasgos populares, sin una línea propia de acumulación, tampoco es ninguna garantía. Pero el riesgo es caer, desde los movimientos sociales emergentes, desde las organizaciones políticas que se plantean más radicales, en una posición de tipo "sindicalismo social corporativo".

DS: *Pienso en esto: Pino Solanas, sus candidaturas contra el kirchnerismo hablando de cuestiones centrales como el neo-extractivismo o Alberto Acosta en Ecuador, con planteos sobre el modo de desarrollo; también el PSOL en Brasil; en Venezuela gente como Ronald Denis. Digo: todos esos intentos fueron muy débiles en su intuición del mundo popular...*

MP: Sí, no tenían encarnadura social, ahí hay que tener en cuenta eso...

DS: *Pero Néstor Kirchner y Cristina Fernández tampoco la tenían, quiero decir, tampoco hubo una articulación, un entroncamiento... porque vos podés partir de la idea de que el movimiento social está siempre constituido por abajo y tiene que producir su*

alternativa política, pero ni en el caso del kirchnerismo, ni en el caso de Venezuela se da necesariamente así, ¿no?

MP: No. Pero también tiene que ver con esto que hablábamos al principio respecto de que se subestimó el componente de peronismo presente en la cultura popular argentina, porque si no caes en una subestimación del pueblo del tipo pensar que el kirchnerismo maniobró a las masas, como se decía del peronismo, ¿no?

DS: *Vuelvo hacia atrás, así te lo pregunto de otra manera: ¿es el peronismo o, como dice Javier Trímboli, es que el consumismo es la marca de época para cualquier cosa?*

MP: Yo creo que ahí se cruzan las dos cosas. Una: el consumo, que tiene que ver con una lógica más de la época, incluso las generaciones más jóvenes; y otra cosa es este sentido de reparación, esta idea de que el Estado tiene que volver otra vez a ocupar un rol que no había ocupado, más presente en el imaginario de la gente mayor, o con fuerte tradición peronista que se va trasmitiendo, en menor medida.

DS: *Una mezcla de las dos cosas...*

MP: Claro, eso es peronismo puro y duro, me parece, no es dinámica de las nuevas economías del siglo XXI.

DS: *No, porque un Estado reparador que no se percatase de que tenía que captar algunas herramientas financieras y disponerlas para hacer circular guita, que es la base del consumo, probablemente hubiera sido anacrónico.*

MP: Y sí, en ese sentido tenés razón. Pero a lo que voy es que esta idea de consumo popular es vieja. Digo: en el peronismo de los dos primeros gobiernos está, sobre todo en el primero. Por otro lado, agregaría, el tema discursivo durante el kirchnerismo no puede subestimarse. ¿Por qué logra tener tanta llegada esa retórica sobre las AFJP, Aerolíneas, YPF, los derechos humanos? Ahí hay algo que toca una fibra que tiene que ver con una historia política de nuestro pueblo, ¿no?

DS: *En la militancia, seguro. Si abrimos más me da la impresión que ese fenómeno de consumo fue arrollador y fue más allá de los discursos.*

MP: ¿Pero siempre ha sido despolitizador el consumo? Porque ahí también hay una discusión...

DS: *Ahí yo no sé si diría despolitizador, yo no llegaría tan rápido a esa conclusión.*

MP: Esta bien, de acuerdo, de acuerdo. Pasa que hay sectores que dicen que el problema es que el consumo despolitiza y el gobierno progresista lo que hace es dar herramientas para que la gente consuma y la gente se despolitiza. Hipótesis-Damián Selci, de algún modo, en su libro *Teoría de la militancia*, que también salió por esta misma colección.

DS: *Si, yo creo que eso es lo que piensa el propio kirchnerismo.*

MP: Pero digo, el peronismo también era reparador y consumista.

DS: *No desapruebo eso, más bien trato de entender su importancia. Creo que la discusión pasa por cómo no resignar que el ac-*

ceso al consumo venga acompañado de algunas cosas muy importantes, para que ese acceso al consumo –como dice Rita Segato– sea realmente acceso a la ciudadanía, a derechos más complejos. Que el acceso al consumo sea un ensanchamiento de dimensión comunitaria, una experiencia de consumo más compleja, más crítica, discutiendo quién produce y quién se beneficia con ese consumo, dónde y cómo se diseñan las experiencias de felicidad y de goce de esos consumos, en fin, una disputa. A mí lo que me perturba de la llamada "batalla cultural" en esos años, es no haberse dado cuenta que ésa era una batalla por entender qué es el consumo en términos de subjetivación, no sólo si consumo más o menos. La izquierda ilustrada, que asocia al consumo con el fetichismo y la alienación, me resulta de un moralismo insoportable, que cae en una especie de frigidez. Pero, también es necesario subrayar la idea de que "más consumo" te obliga a pensar qué experiencia de consumo queremos o podemos hacer, y el hecho de que consumir es subjetivante; después, no te podés quejar cuando de esa experiencia de consumo que no se problematizó surge un Macri, que se presenta como un gerente más confiable, o con un discurso que es más adecuado a la experiencia de consumo que estás haciendo.

MP: Ahí uno podría pensar que en realidad la batalla cultural, tal como la entendió el kirchnerismo, estuvo centrada en el imaginario progresista de los sectores medios urbanos.

DS: *Hubo más ganas de hacer una historia, que de imaginar un futuro.*

MP: Porque si uno piensa, no hubo estrategias kirchneristas, de batalla cultural, para con los sectores obreros y populares.

DS: *Creo que no. Fue más bien nacional, digamos, cómo contar la historia del país.*

MP: Sí, claramente, pero eso tampoco llegó demasiado a los sectores trabajadores, mucho menos a las franjas más jóvenes de los sectores populares.

***

DS: *¿Cómo ves hoy el modo en que los movimientos sociales autónomos se pararon frente a la coyuntura de asunción del gobierno de Néstor Kirchner?*

MP: Considero que la decisión de no entrar al kirchnerismo que se tuvo entonces fue acertada. Hoy, retrospectivamente, creo que fue insuficiente, pero correcta. O sea: nos quedamos sin línea para sostener ese no ingreso al gobierno, ese fue el problema. Recuerdo que fines del 99, cuando Miguel Mazzeo leyó el material que habíamos elaborado (Estrella Federal) para hacer una lectura de situación y una proyección estratégica de nuestro grupo, nos dijo: "con esto tienen línea para cuatro o cinco años". ¡Y tal cual! Sacá la cuenta: más o menos desde mediados de 2004 en adelante nos quedamos sin línea estratégica, todo ese espacio. O sea, la cuestión de la micropolítica, la perspectiva de que el aporte del movimiento social no es solo social, sino político y social, todo eso, en momentos de avance estuvo muy bien, permitió crecer, politizar, pero en momentos en donde la política se recanaliza por lo institucional y hay un reflujo de la lucha de masas, ahí ya no funcionó.

DS: *Pero fijate una cosa que es interesante: decís que ese es el momento de avance. Y si ves cómo el kirchnerismo lee aquel momento, lo hace como un momento de retroceso. Y al revés: el kirchnerismo se percibe como un momento de avance y vos lo estás pensando momento de retroceso. Es evidente que se trata de dinámicas y modos de lecturas muy diferentes. Esto me toca de fondo,*

porque en el 2009 nosotros, como Colectivo Situaciones, escribimos un libro que se tituló Conversaciones en el impasse y nuestro diagnóstico era que los elementos de antagonismo que iba forjando el movimiento social habían dejado de tener una dinámica productiva o de avance. Veíamos en el 2009 un impasse, en el mismo momento en el que un montón de pibes y de pibas estaban haciendo su experiencia política con el kirchnerismo (en el contexto del conflicto por la 125), estaban despertando a la política.

MP: Ahí es donde yo veo el problema de lo micro y lo macro. De nuevo: en 2004, ¿que tendríamos que haber hecho? ¿Tendríamos que habernos metido en el kirchnerismo, como D'Elía? Mirá lo que paso con la FTV, no le quedó nada, así que no era que entrar implicaba que te fuera a ir bien...

DS: *Claro, puede ser que a un movimiento no le haya quedado demasiado y a otros mucho, no es lineal. Vos podés entrar al Estado y que te vaya bien o entrar y que te vaya mal y lo mismo, podés quedarte afuera y que te vaya bien o quedarte afuera y que te vaya mal.*

MP: Me parece que el Evita es más consecuencia de un armado que se empieza a tejer a partir de esos años con algún grupo preexistente, pero la gran orga nacional y popular de los 90 y el 2001- 2002 es la FTV, no el Evita, y eso queda hecho mierda porque entra al Estado sin una estrategia propia.

DS: *¿Y la Tupac?*

MP: Y la Tupac es posterior, y me parece que muy armada desde arriba por el kirchnerismo. En los años previos, en Jujuy, la movida pasaba por la CCC, con el Perro...

DS: *¿Vos decís que ningún grupo importante del ciclo 94/2001 logra desarrollarse dentro del kirchnerismo?*

MP: Claro. Y al revés diría: los que tienen algo y entran al kirchnerismo rifan ahí adentro su construcción. Lo que a mí me parece que estuvo bien fue no entrar, pero me parece que fue insuficiente esa posición, entre otras cosas porque no contaba con una estrategia que, además de intervenir en lo micropolítico, interviniera en lo macro, en las grandes coyunturas que se abren, en los grandes debates. Porque hay que reconocer que, de entrada, el kirchnerismo tiene una gran capacidad de intervención retórica.

El otro día conversaba con una muchachada bastante más joven que yo, y me preguntaban un poco por esto. Yo les contaba de esa famosa reunión que hubo entre los movimientos sociales más autónomos y Néstor Kirchner en Casa Rosada. Yo no fui, pero por nosotros fue Pablo y él más o menos nos repuso la discusión que se dio. Néstor nos interpela y nos pregunta qué queríamos. Supongo el tipo se refería a qué tipo de país queríamos. Y nosotros le respondimos con dos imposibles. Por un lado, queríamos que abrieran los archivos de la SIDE por el caso de Darío y Maxi (que estaba muy bien insistir con eso, pero era obvio que no se iba a producir). Y por otro lado, queríamos... ¡más planes! Los pibes se cagaban de risa, y yo también, pero en el fondo eso muestra nuestras limitaciones en ese momento. Estábamos muy atados a lo que había sido un acierto: priorizar por un tiempo, sobre todo para poner en pie las organizaciones de base, la dinámica de lo que se llamaba en la jerga la "tríada piquetera", es decir, la dinámica de cortes de ruta, asambleas barriales y autogestión de los Planes Trabajar. Pero hasta ahí llegábamos.

DS: *Durante esos años todos vimos la dificultad de hacer intervenciones políticas. ¿Vos dirías que el problema fue que no vimos la necesidad, o dirías que viendo la necesidad no se supo cómo intervenir?*

MP: Se intuyó la necesidad, me parece. Creo que la experiencia de conformación del Frente Popular Darío Santillán fue un intento de salida, una búsqueda por tratar de dar una respuesta ahí, en ese plano. Pero como te decía, para mí faltó estrategia. Yo saco esa conclusión. Había militancias, sí, pero también creo que hay que decir que se despreció un poco la formación de cuadros en ese periodo. Una formación más clásica incluso te diría, que creo es lo que te permite contar con militancias que tengan modos políticos de entender la situación y de intervenir en ella, y no meras intuiciones.

Yo creo que uno podría entender que puede construir una organización política que no sea el partido al estilo PTS, que no sea la orga al estilo Montoneros, que sea una organización de nuevo tipo sí, pero en donde formás cuadros. Pero en la formación de los cuadros ya problematizás lo que se entendió por cuadro en décadas anteriores, qué vinculo diferente pensás que se puede establecer al interior de una organización entre cuadros y militancias y en un movimiento de base entre militancias y bases, por ejemplo.

DS: *Por un lado, vos dirías: no estoy pensando realmente en ninguna de las organizaciones que sobrevivieron porque todas ellas tienen algún punto que no me interesa, y las que me interesaban no lo hicieron, sea porque no pudieron, sea porque no lo vieron, sea porque estaban demasiado decepcionados del balance del leninismo y de la organización política previa, por alguna razón, ni los intelectuales amigos, ni las militancias amigas, ni las organizaciones amigas lograron hacer esto, con lo cual te queda más una idea hacia futuro, ¿o no?*

MP: Exactamente, porque además hay que poder correrse un poco del lugar de la falta, pensar más en los desafíos que en lo que no se hizo en su momento y lamentarse por eso. Pero sí nuestra historia reciente requiere un balance y para ello –insisto– hacen falta cuadros. A mí por lo menos me tiene un poco cansado eso que pasa en la nueva izquierda viste. Eso que pasan diez años y las militancias se siguen asumiendo como nuevas, nunca saben bien qué responder ante preguntas elementales. Una cosa es construir sin certezas absolutas, poder tramitar el hecho de transitar la incertidumbre, pero en una década y media un par de hipótesis armate, después las revisás, pero nunca saber nada y que encima no te dé calor, me parece un despropósito. Además hubo un problema de trasmisión ahí. Porque de pibes, muchos de nosotros crecimos con gente más grande que nos iba recomendando libros, películas, nos acompañaban un poco nuestra formación, y se hablaba de críticas a los modelos que se conocían, pero con el tiempo quedó la crítica sin un estudio o conocimiento de eso que se critica. Entonces te pasa que te cruzas con militancias que no saben por qué no son peronistas, que su crítica al leninismo es muy intuitiva y de segunda mano...

Hay todo un tema ahí, respecto de la formación de cuadros, que también afectó a los espacios de tipo "nueva izquierda" durante la década kirchnerista; esos espacios, que fueron fundados por militancias que sí tuvieron esa formación más dura, más clásica y que por eso sacaban sus conclusiones autocríticas de todas esas experiencias anteriores, pero que recibieron esa trasmisión de una cultura de izquierda, de un modo de leer la política, y que después hicieron la revisión y se abrieron a las dinámicas más novedosas que provenían de esas experiencias que nuestro pueblo venía haciendo, más bien espontáneamente, desde las puebladas de Cutral Có en adelante.

DS: *¿Qué es ese "modo de leer" la política a la que te referís?*

MP: Cuestiones básicas del archivo teórico-político de las izquierdas: análisis de las relaciones de fuerza, lucha de clase, lectura de coyuntura, de la estructuración de lo que fue el mundo hasta que uno llega a la política, una historicidad propia de las luchas nacionales e internacionales...

DS: *Formulado como hipótesis: más allá del ejercicio de lectura política que te da la militancia y la gente que viene de los 70, lo que vos estás describiendo es una capacidad muy grande que tienen algunas personas de hacer traducciones, de entender que si hay un piquete en Cutral Có vos en tu barrio también podés hacer uno porque es un tipo de estrategia que funciona para ese momento, una función de traducción, o sea, ves una lucha y sabés leer en esa lucha un potencial político.*

MP: Sí, de acuerdo.

DS: *Digamos que esa función es bastante interesante porque primero, es una sensibilidad para ver algo que no estaba previsto (que es un tipo de lucha nueva), vos la podés ver como un valor, la podés leer como un recurso, podés entender que estás en un tiempo donde ese recurso te puede permitir una productividad política. Yo creo que ahí sí hay una parte de formación política, pero sobre todo hay un tema de sensibilidad, que es lo que te permite quitarte de encima en el momento alguna idea muy clara de quién es el sujeto, cómo es la militancia y ser muy perspicaz para ver que, desde el punto de vista de la resistencia populares, está surgiendo un tipo de táctica política muy productiva... O sea que hay una función del militante sensible, de traductor, que no es exactamente la memoria histórica, la de venir y contarles a los demás que antes hubo otras luchas, sino más bien la de detectar que, en un*

momento particular de la lucha, lo que funciona es esto, que se hace así.

MP: Claro, el tema es que yo diría que, para poder tener esa sensibilidad, es importante contar con un archivo histórico y teórico capaz de poder hacer esas relaciones.

DS: *Yo creo que sí, pero también podría ser que son esos períodos los que te hacen producir el archivo, es decir, los que te hacen ir a llamar a los compañeros que te pueden contar como fue, los que te hacen recordar que los anarquistas del 20 eran muy interesantes porque armaban en todos lados panaderías (o lo que fuera). Empezás a cobrar unos antecedentes que son válidos porque estás en esa lucha, porque apenas cambia el periodo, el antecedente que vas a buscar es otro.*

MP: Puede que tengas razón en eso que decías. De todos modos, yo lo que noto en los últimos años es directamente la ausencia de archivo.

DS: *Entonces vamos ahí. ¿Qué pasa después del 2002? Se cierra un ciclo de luchas.*

MP: Sí claro, y se abre otro período nuevo, en donde la política pasa más por lo discursivo, por el Estado, los partidos y los sindicatos, por la recuperación de una historia de gobiernos y grandes figuras.

DS: *Hay que ver si el ciclo de luchas es eso...*

MP: No, el ciclo de luchas no, lo que se entiende hegemónicamente por política, porque el ciclo de luchas pasa en realidad por los movimientos medioambientales principalmente, y por

otras experiencias más ligadas a las minorías y de tipo "batalla cultural". Pero de nuevo, esas experiencias no logran, porque incluso ahí había menos militancia que en el movimiento piquetero (militancia en término más tradicional digo), no pueden, o no quieren enlazar eso que pasa en una lucha puntual que protagonizan con un cuestionamiento más general al orden y una propuesta más amplia a nivel popular. Entonces ahí hay una gran pregunta que nos podríamos hacer: ¿qué pasa con todo eso que no logra ser un movimiento social y político?

DS: *Yo diría, si en el 2002 se cierra un ciclo de luchas, para mí lo principal es eso: que se cierra un ciclo de luchas. O sea, que hay una manera de encarar el territorio, de traducir conflictos, de generar organización, que deja de funcionar para todos los grupos que hacen eso.*

MP: Sí, claramente, es un nuevo momento político en la Argentina.

DS: *Y todos nosotros, de un día para el otro, pasamos a ser anacrónicos, nos tendría que haber llegado la jubilación. Vos podés decir: ¡no lo acepto! Pero sigo: todos lo intentamos, en 2003, 2004, 2005, 2006, 2007 y en 2008 y 2009, ya sabés que no, que todos los pibes que vos crees que tendrían que estar haciendo esto, están diciendo Viva Néstor y Cristina. Segundo, para todos nosotros eso es un retroceso, porque del punto de vista del ciclo de luchas todo eso es ir para atrás y creo que todos hemos compartido el dolor de ver lo bien que funcionaban los discursos que decían: "la época anterior no fue política, no fue militante, no fue de resistencia. Ahora viene la política". Y vos decías: "pero la puta que te parió, mi concepción de la política está forjada en ese ciclo de luchas". Entonces pensemos un poco en el sistema de mediaciones que se establecieron, y por qué para compañeras y compañeros, de*

todos lados, ese sistema de mediaciones empezó a ofrecer unas posibilidades que antes no ofrecía.

MP: A mí me parece que hay una primera cuestión ahí que es, justamente, qué pasa con el post 2001, que la crisis de algún modo se sutura, porque hay un sector de la clase política (ahí viene cómo caracterizamos al kirchnerismo) que, con cierta lucidez, sobre las bases del 2001, construye el kirchnerismo. Ahí hay una primera cuestión.

DS: *Néstor y Cristina lo entregan a Duhalde...*

MP: Claro, hay una primera cuestión, que uno puede referir a la incapacidad nuestra para haber generado otra cosa, yo tengo ahí una ambivalencia, porque en realidad haciendo una lectura materialista uno dice: no sé si había muchas condiciones, pero te queda la sensación de lo insuficiente de nuestro planteo.

DS: *Ese es el tema, yo tengo compañeros que dicen: "fuimos nosotros los que no fuimos capaces de hacer otra cosa". Entonces vos podés decir: "bueno, está bien, sí claro, no hicimos otra cosa, no hicimos nada que sea extraordinario, de acuerdo, podemos decirlo, pero al mismo tiempo, qué sentido tiene creer que uno siempre está en la situación histórica de poder hacer algo contundente, que siempre vos podés reinventar una lectura totalmente perfecta de cómo van cambiando las dinámicas, de que vos siempre estás en un lugar de potencia...*

MP: Yo digo dos cosas, a ver qué te parece. Por un lado, es cierto que no había condiciones, en el 2003, para hacer mucho más de lo que se hizo. No había condiciones materiales ni simbólicas: grupos con pocos recursos, peleando por cuestiones

elementales de la subsistencia (como poder comer), con gente muy joven al frente de las organizaciones, con una experiencia muy acotada a esos últimos años (que fueron intensos, pero no por eso deja de ser una experiencia limitada en el tiempo, e incluso a zonas muy específicas del país), etcétera. Pero por otro lado creo que sí se podría haber hecho mucho más desde el 2004/2005 en adelante. De nuevo, no había garantías, y no está bueno hacer análisis contra-fácticos, como dicen los historiadores. Pero de haber tenido una lectura un poco más lúcida de la situación, podría haberse advertido más a tiempo que esto estaba cambiando de un modo muy acelerado, que la política se estaba reconfigurando en un sentido muy diferente, que el ciclo se estaba cerrando sobre nosotros mismos. Ejemplo sencillo: la realidad nos mostraba algo –que desde los Movimientos de Trabajadores Desocupados teníamos dificultades para ver–, como que los compañeros se iban a trabajar porque se estaba reactivando el empleo; algo precarizado, lo que quieras, pero trabajo asalariado al fin.

DS: *Pero es un dato muy fuerte. Vuelvo a decir: ¿qué mediaciones se establecieron, que empezaron a ser para las compañeras y los compañeros oferta de un repertorio de posibilidades que antes no había?*

MP: Por eso digo: para mí en el autonomismo subestimamos mucho lo que el peronismo es a la cultura política popular de la Argentina; pensamos que como ya los nombres de Perón y Evita no aparecían, como el PJ y la CGT eran socios de la gobernabilidad neoliberal etc., el peronismo no estaba presente más en las vidas populares, en sus imaginarios. No nos dimos cuenta, creo, que mucho de lo que nosotros llamábamos bajo el rótulo de "nuevas formas de hacer política" estaban muy teñidas, en algunos casos, de lo mejor que el peronismo supo dar en la historia de este país.

Por otro lado, también creo que en nuestras experiencias se pecó de cierto ultra-izquierdismo discursivo, que no tenía una correlación con una práctica ultraizquierdista, porque fue el momento en donde más se habló de poder popular y donde menos se construyó poder popular. Entonces, digo, ahí hubo un problema. Y me parece que ahí es donde pagas caro el hecho de no haber formado cuadros, cuando tus militancias se muestran incapaces de ver cuál es la etapa política que se abre, y encontrar respuestas más creativas, más audaces y acordes a ese cambio por el que atraviesa la Argentina.

DS: *Te discuto un poco lo primero, a ver, con el afán de producir más ideas. Digo, con relación al peronismo, ¿lo subestimamos o pasó que, por primera vez desde que existe el peronismo, se logró discutir de frente una cantidad de cosas que antes no se podían?*

MP: Y son las dos cosas, de nuevo, no es por centrismo, sino porque creo que a veces las lógicas oposición binarias no ayudan mucho a la comprensión. Creo que se logró hacer eso pero también creo que nos entusiasmamos de más sin dar cuenta que había mucho peronismo que no se decía peronista, ¿no? No iban con la pancarta de Perón, claro, pero muchas prácticas tenían que ver con ese imaginario, con la dignidad de los derechos conquistados y luego conculcados, con las prácticas barriales de la JP, con la dinámica de conflicto sindical, con la organización en base a delegados de base y dirigentes combativos, en fin, una serie de cuestiones que emergen de la mano con las asambleas, la búsqueda de cierta horizontalidad, el foco puesto en la acción directa, etcétera, pero que después eso no se traduce necesariamente en un antagonismo tal como lo imaginamos. Digo: sino no se explica cómo, rápidamente, esa misma gente se ve interpelada por ciertas expectativas que produce un discurso que, desde el Estado, apela a lo nacional-popular,

que apela al imaginario del Estado de bienestar tras décadas de Estado de Malestar.

DS: *Sí, pero cuando lo hacen Néstor y Cristina mucho más que cuando lo hacen Duhalde y Rodríguez Saa, ¿o no?*

MP: Sí.

DS: *¿Por qué? Yo ahí diría dos cosas. La primera es que Néstor y Cristina ya tienen una lectura de la intervención del movimiento autónomo en la sociedad, que los otros no la tenían; tienen una sensibilidad para pensar los derechos humanos, para pensar la militancia, bastante diferente, tienen una astucia. La segunda, es que ellos articulan esto con un ciclo de crecimiento en términos capitalistas, empieza a haber guita, ahí creo que tendríamos que pensar muy fuertemente que el capitalismo tiene estos momentos, como dicen Deleuze y Guattari, de axiomatización, donde el capital se vuelve permeable, mínimamente, a un conjunto de demandas y le empieza a ofrecer estructura, guita, reconocimiento, muy parcial –porque justamente consolida y no cambia las jerarquías duras–, pero que son momentos donde hay permeabilidad, porosidad, escucha... Ahora, los movimientos más radicales, cuando hablaban de dignidad, tuvieron la oportunidad histórica, (esta sí tal vez un poco desperdiciada) de discutir qué era el trabajo, qué era el trabajo precario, qué era ser desocupado, no era pedir trabajo precario sino para discutir exactamente a qué se le iba a llamar trabajo. Yo pienso que ahí sí pudo haber una derrota, pero en otros términos, una derrota en el sentido de que cuando empieza a haber guita, cuando empieza a haber capacidad de intervención desde el Estado, cuando esas mediaciones empiezan a funcionar bien, por un tiempo pareciera ser que los movimientos sociales expresan, solamente, una parte chica de la población social desocupada, pero que ya es residual, y*

cuando viene la crisis de 2007/2008, cuando se empieza a notar que no hay ninguna manera de que vía industrialización acá se genere pleno empleo, lo que surge de eso es la CTEP, y la CTEP no es el movimiento piquetero, porque el movimiento piquetero tenía mucha más capacidad de discutir trabajo que la CTEP, me parece, te lo pregunto a vos que estás ahí, y porque ahí sí a mí eso me duele más.

MP: No sé, me parece que, en términos de la jerga militante anterior, yo diría que se produce un salto cualitativo con el armado de la CTEP, no veo que sea un retroceso. Después hay disputas por el sentido de qué es la economía popular, pero ya el concepto mismo de trabajadores de la economía popular está claro para todos los grupos, y se ha logrado instalar socialmente, cosa que el movimiento piquetero no había logrado. Eso es un salto hacia adelante en términos de que se asume que no es circunstancial esa situación material en la queda una parte importante de la población trabajadora del país (y del mundo), cosa que en los 90 con los desocupados no estaba tan clara, o era una situación más ambivalente, más discutida... Estaba la idea de "población sobrante", que excedía lo que Marx conceptualizaba como "ejército industrial de reserva" (que entra y sale del mercado laboral), pero en muchos sectores esa idea no cerraba, se estaba aún muy aferrado al obrerismo marxista y todo lo que se corriera un poco de la ortodoxia se consideraba posmoderno.

Por el contrario, creo que ahora lo de la economía popular está más claro, es algo que hay que seguir desarrollando teóricamente, pero creo que está claro para todos los sectores que, incluso en un próximo gobierno de corte progresista, neodesarrollista, que promueva el mercado interno, en el mejor de los gobiernos que podamos tener en el marco de este sistema y este contexto internacional, no va lograr resolver la cuestión

de una porción muy importante de la población que ya tiene su dinámica de trabajo en los marcos de la economía popular. ¿Si veo problemas ahí?, por supuesto. Porque lo mismo que le hace dar un salto hacia adelante, que es la estructuración de un espacio más sólido, yo veo un paso adelante en que la CTEP es una confederación, no es el sello de un grupo, como sí es Barrios de pie, o la CCC, o el Frente Darío Santillán o el FOL, y no lo es la CTEP, que es un conjunto de organizaciones muy diversas que incluso promueven la conformación de una herramienta que incluya a todos, que era lo del sindicato, eso mismo que es un paso adelante, a mi entender, es a su vez un paso para atrás. ¿En qué sentido? En que eso mismo que está buenísimo, que es construir una herramienta amplia con todos los sectores adentro, se la piensa de un modo sindical, perdiendo de vista la propia historicidad que ya tiene los movimientos sociales, no sólo en Argentina sino en todo el continente.

DS: *¿En qué sentido niegan?*

MP: Porque creo que muchos piensan, por ejemplo, que conformar un sindicato sería un salto cualitativo hacia adelante, y lo piensan en el sentido más clásico, más ortodoxo, sin tener en cuenta que incluso el sindicalismo mismo es un concepto en disputa.

DS: *¿El problema es que sea sindicato, que sea clásico o las dos cosas?*

MP: Creo que las dos cosas, porque el formato sindicato ya responde a otro tipo de dinámica del desarrollo del capital y de la organización obrera, que no tenía la realidad que sí empieza a tener el siglo XXI, desde el 94 en adelante, que es una determinada cantidad de población que ya no es ejército de reserva,

que ya no es clase obrera asalariada, sino que es otra cosa y que esa otra cosa generó una forma político-organizativa que son los movimientos sociales, que tienen otra dinámica a la que tuvieron los sindicatos, sobre todo desde 1893 en adelante. Los movimientos sociales tienen mayor radicalidad, su fuerza está en su legitimidad y no en su legalidad.

DS: *Creo que estás diciendo algo parecido a lo que yo quería decir, que la radicalidad que el movimiento piquetero le imprimía a la dinámica social tenía un potencial político de cuestionamiento al trabajo que, probablemente, no fue desplegado en su momento, que ahora vos decís que estamos en mejores condiciones, porque ya se reconoció públicamente que hay una parte de la clase trabajadora que no va a ser empleada formalmente, pero al mismo tiempo decís que, en el pasaje de lo político a lo sindical, estas organizaciones, podrían haber sido organizaciones políticas en lo social y ahora pasamos a un sindicalismo que implicaría despolitizar todo esto.*

MP: Claro, porque es también la mirada clásica que se tiene del sindicalismo en los sectores que son hegemónicos dentro de lo que denominamos como el "bloque social".

DS: *Pero ahí, para mí, mucho más lejos que vos de la CTEP, el problema pasa mucho más por lo clásico del sindicalismo que por un problema con lo político, porque a mí lo que me sorprendió una vez escuchándolo a Juan Grabois (que me parece que es el que más claro formula este planteo del sindicalismo, hasta donde lo escuché yo y tampoco escuché tanta gente, pero cuando escucho a los del Evita no me parece que tengan un discurso conceptualmente tan claro como el de Grabois), él decía que ese sindicalismo es respetuoso del tipo de despolitización de sus bases, es decir, que los militantes no podemos pretender que las personas que vienen a*

buscar un plan o un salario complementario tengan una posición política, que los militantes que están construyendo la herramienta sí la tienen, pero que la base no, y entonces cuando piensan el sindicalismo lo piensan en término de lo más clásicos, y yo creo, que en lugar de encontrar en la historia de la lucha social las imágenes del sindicalismo combativo, de sindicalismo clasista...

MP: Sí, claro, a eso me refería antes. Cuando nosotros pensamos en sindicalismo se nos vienen a la cabeza los programas de La Falda, de Huerta Grande, de la CGT de los argentinos, de las Coordinadoras de Gremios en Lucha de 1975...

DS: *En vez de ir por ahí, se va a ir a charlar con la CGT, una admiración por el sindicalismo realmente existente y se pierde la oportunidad de construir un sindicalismo social contemporáneo, que se pueda imaginar y pensar hoy y que pueda recrear un tipo de politicidad como los piqueteros lo hacían en su momento...*

MP: Yo creo eso, que el desafío es construir, en todo caso si toma una forma de tipo sindicato, lo mismo que con la organización política, tiene que ser "de nuevo tipo", como en su momento fue la CGT de los argentinos, no era el modelo clásico, era más una especie de mix de movimiento social con sindicato, yo creo que tenemos que ir hacia eso, lo que pasa que ahí viene la cuestión de cómo entiende cada uno el sujeto de la organización. Es coherente lo de Juan Grabois porque, de algún modo, él tiene una idea muy pobrerista del sujeto político...

DS: *Si vos ves "El Jesuita", que es una entrevista que le hicieron a Bergoglio apenas es nombrado Papa (creo que se la hace Sergio Rubí, de* Clarín*, con otra periodista de* La Nación*), él explica ahí muy bien que el capitalismo contemporáneo tiene un problema global con el empleo, que ya es muchísima la población que no va*

a encontrar empleo, y él le pide a las élites políticas que tengan la lucidez de hacer una reforma que permita que haya algún tipo de trabajo artificial con dinero para esos sectores porque, además del problema de la reproducción económica, que no lo plantea como el principal problema porque podría haber planes sociales (igual este planteo es contra el plan), lo que plantea Bergoglio como problema es la cuestión de la vagancia, de la disolución de la familia, de las forma de consumo que destruyen subjetivamente a la juventud. Entonces él les pide a las élites algún tipo de reforma política capaz de ofrecerles a las familias ingresos económicos y un cotidiano más o menos estructurado; es un señalamiento de crítica al capitalismo. También hay un reformismo social-cristiano muy preocupado por sostener cierta forma de lo que se considera "vida digna", que están pensando al pobre como pobre y no están preguntándose si ese trabajo excluido del mercado formal no es ontológicamente productivo y no reconocido por el capital. Se podría tratar de recuperar un poco ese discurso, la idea de que la producción en una sociedad, no es la producción individual sumada, sino que es una articulación en donde cada operación se suma con las demás y lo que surge es un tipo de valor que no se puede descomponer en lo que cada uno hizo. Yo me acuerdo en la época de los MTD y lo que hacía cualquier compañero que estaba a un nivel de articulación compleja, ¿era menos productivo que lo que hacía un gerente de una multinacional?, quiero decir, las tareas eran las mismas, tener que interpretar lo que pasa en un territorio, tener que articularse con compañeros, tener que entender esas realidades, tener que organizar una acción colectiva, todas esas son operaciones que producen valor, todo eso te produce una sociedad, en Argentina tiene un valor inmenso, hay un valor en el país por ese conjunto de inteligencias operativas que, cuando están fuera del mercado que el capital reconoce, parece que fueran mierda, que no valdrían nada. Entonces si se pudiese pensar que la economía popular no es un verso para agarrar plata, sino que es

una lectura del valor ontológico que hay en la lucha, en la cooperación, en las prácticas de unos compañeros que tiene que enfrentar una situación de tanta desvalorización por parte del mercado, se demostraría que esto no es meramente pobre...

MP: Sí, acuerdo. Y sería importante que un hipotético gobierno que tuviera una sensibilidad distinta para con este fenómeno, pudiera entender que financiarlo no es solo una inversión para frenar el conflicto social, sino que es también una inversión para contribuir a sostener una politicidad de los sectores populares que se da bajo esta forma en este momento histórico determinado. Lo que implicaría entender que, para una política emancipatoria que siga anclada a una perspectiva de clase, hay que asumir que hoy la clase trabajadora está dividida en dos, el mundo de los asalariados y el mundo del precariado, que el precariado tiene esta característica de funcionar de algún modo en una doble esfera, por un lado las organizaciones sociales de tipo comunitario que organizan trabajos colectivos y los que, en términos individuales, se la rebuscan como pueden pero que también son parte del bloque social.

Tercera parte
Derecha, hegemonía y nuevas desobediencias

Capítulo 7
La fuerza brutal de la antipatria y la fuerza popular organizada

> El capitalismo foráneo y sus sirvientes oligárquicos y entreguistas han podido comprobar que no hay fuerza capaz de doblegar a un pueblo que tiene conciencia de sus derechos.
>
> **Eva Perón**

Las fuerzas diabólicas que golpean a la puerta

Cierta pereza intelectual produjo que mucha gente se sorprendiera del país que habitamos, de diciembre de 2015 en adelante. Resultó más sencillo poner a circular slogans del tipo "Macri/ Basura/ Vos sos la dictadura", o apelar a un imaginario dosmilunero que depositara las expectativas en construir la imagen de un Macri huyendo en helicóptero desde la Casa Rosada al par de meses de asumir, que realizar críticamente un análisis riguroso de la situación que estábamos atravesando y esbozar las estrategias necesarias para enfrentarlo.

Si bien el macrismo unificó posiciones en torno a un amplio abanico de sectores que asumen que se oponen a sus políticas, todas las diferencias presentes durante el kirchnerismo se expresaron también durante el macrismo en términos de posiciones respecto a cómo pararse frente a la nueva situación. Sí, nueva, por más que el macrismo reactualizara una imaginación histórica (¡incluso hasta apellidos!) de lo más rancio de la clase

dominante argentina, desde la Campaña del Desierto hasta la última dictadura cívico-militar.

Fueron pocos, aunque pujantes, los aportes teórico-políticos que advirtieron tempranamente que los problemas a enfrentar sobrepasaban –y lejos– el binarismo de neoliberalismo de los noventa/ /progresismo que vino después, o progresismos del pasado reciente/neoliberalismo que se reinstala.

A pesar de haber sido publicado en 2014 (por la editorial Tinta Limón), *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, de Verónica Gago, es un libro que contribuye a comprender rasgos generales de la época, más allá de los cambios de gobierno y los perfiles (por su parte claramente diferenciados), entre variantes neodesarrollistas y otras abiertamente derechistas.

En este texto Gago insiste en pensar las articulaciones entre micro y macro-política, y entre "el arriba" y "el abajo". Así, el neoliberalismo es una nueva fase del capitalismo, claro, que da cuenta de una modificación del régimen de acumulación global, pero también es la proliferación de modos de vida que reorganizan las nociones de *libertad*, *cálculo* y *obediencia*, "proyectando una nueva racionalidad y afectividad colectiva". Desde este punto de vista, el neoliberalismo no es algo que fue barrido por las revueltas populares que se produjeron en la región en el entresiglo, y sepultado por los gobiernos populares o progresistas (según los casos y caracterizaciones) que les siguieron, sino las bases de nuestras vidas contemporáneas, sobre las que años después se van a asentar gobiernos como el de Macri en Argentina, o Bolsonaro en Brasil. "El neoliberalismo sobrevive sin embargo por arriba y por abajo", relata Gago: "como renovación de la forma extractiva-desposesiva en un nuevo momento de soberanía financierizada y como racionalidad por abajo que negocia beneficios en ese contexto de desposesión, en una dinámica contractual que mixtura formas de servidumbre y de conflictividad".

Como puede apreciarse, las cosas no resultan tan sencillas.

De algún modo, desde conceptualizaciones como éstas puede entenderse mejor por qué una herramienta como la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) cobra impulso durante la gestión Cambiemos, pero nace durante la de CFK; o cómo una serie de microfascismos se venían amasando silenciosa y sigilosamente durante la "década ganada", haciendo sus apariciones espasmódicas en linchamientos, femicidios, y aplausos al desgobierno policial y la secta del gatillo fácil, como tan bien estudió Esteban Rodríguez Alzueta en libros como *Temor y control: la gestión de la inseguridad como forma de gobierno* (Ediciones Futuro Anterior, 2014), donde se sostiene que existe un "espíritu revanchista, alimentado por la demagogia punitiva y el oportunismo electoral", que impregna a toda una sociedad que estigmatiza a los pibes que "hacen bardo", como tituló a otro de los libros en los que escribe y a su vez compila (*Hacer bardo: provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*, editorial Malisia, 2014). Es que el neoliberalismo debe ser pensado no sólo en términos de razón de Estado, o de mercado mundial, sino también en términos moleculares.

De allí el aporte que han realizado otros autores de la editorial Tinta Limón, como los integrantes del Colectivo Juguetes perdidos, quienes publicaron su libro *La gorra coronada. Diario del macrismo* en 2017, pero para retomar cuestiones que ya estaban planteadas en 2014, en su anterior libro, *¿Quién lleva la gorra? Violencia. Nuevos barrios. Pibes silvestres*.

¿Qué nos propone esta lectura? Entre otras cuestiones, ver aquello que se amasaba en las subjetividades populares ya durante los años kirchneristas, y que ni bien asuma Macri la presidencia, se va a coronar como uno de los modos de la "vida de derecha", para decirlo con las palabras que usa Silvia Schwarzböck en *Los espantos. Estética y postdictadura*.

Por ejemplo, la lógica expresada en la fórmula "consumo + seguridad" es entendida por el *Colectivo Juguetes perdidos* como punto de llegada: el de la gran derrota social de la década ganada, porque en los "nuevos barrios", de la mano de los derechos sociales adquiridos (u otorgados) hay que poder ver a esos otros actores que están presentes en esos territorios a donde los derechos humanos no llegan: los transas, policías, pibes pillos, vecinos gorras, pibes silvestres.

Los pibes silvestres son definidos como aquellos que se hicieron a sí mismos (como una suerte de personaje de un Roberto Arlt trasladado al siglo XXI, podríamos pensar); los que quedaron afuera del radar político; los que se vieron expuestos permanentemente a esa suerte de "servicio militar a cielo abierto" que implicó la presencia de Gendarmería Nacional (que pasó de cuidar las fronteras del país a vigilar las fronteras de ciertas barriadas populares) y actuó con la lógica de un "ejército de ocupación" que se propuso realizar un disciplinamiento moral de la población nativa (sobre todo de la más joven, la que "ni estudia ni trabaja").

Si la violencia y la precariedad de la vida nos llevaron al punto en donde hay vidas que no importan, como la del "pibe chorro", el "mal pobre" que quiere ser parte de la "fiesta del consumo" que la "yegua" anunciaba con frecuencia por Cadena Nacional y no ser un "gil trabajador" que tiene que ir a laburar diez o doce horas, viajar cuatro como el orto, y cobrar la mitad o menos de lo que puede sacar choreando, si esa es la vida precaria rodeada de situaciones de malestar provocada por situaciones de violencia horizontal y no sólo vertical, entonces, "la vida mula" es más entendible como horizonte epocal. Y no es un problema de "pobrerío" contra clases medias, porque el que se "engorra" en un barrio popular es muchas veces el laburante que putea (él también) contra los planeros, o la doña que cría un montón de pibes y la pelea desde el comedor (ella cobra

el plan pero también putea contra el pibe re zarpado que se roba la olla del merendero, o simplemente, vaga por las calles del barrio sin una tarea "fija"). Trabajar, entonces, no es en esta última década y media –para una parte importante de la clase trabajadora argentina– parte de la vida digna, como en los años felices del relato mítico del peronismo clásico, sino "mulear". Escriben desde Juguetes perdidos:

"Trabajar es *mulear*. Esa actividad humana que consistía en empobrecer espíritus de laburantes y enriquecer bolsillos explotadores, perdió toda su maquinaria cultural, política e histórica, y también su aura: desamparados del Trabajo, quedan simples mulos. Porque mulear no es solamente soportar por la puta guita un trabajo, es cargar con todos los elementos de la época (su continuum)".

Hay, entonces, imágenes de felicidad, de consumo, que son matriz de época más allá de variables en los "modelos" de gestión (neodesarrollismo/neoliberalismo). Pero también hay dificultades interpretativas, porque existe un desfasaje entre las nuevas realidades y las viejas categorías de análisis. De allí que el Colectivo Situaciones, a la hora de rescatar la experiencia de Tinta Limón (entrevista en el N ° 7 de *El río sin orillas*), diga que se trata de una editorial que busca ampliar "la imaginación política en relación a las tradiciones dominantes en el país", para realizar un aporte "en la constitución de un lenguaje que nos permita hablar políticamente de los desafíos del nuevo conflicto social", al que diferencian del "nuevo protagonismo social" de los años noventa y del 2001, donde el enfrentamiento con el Estado era más monolítico.

En los años kirchneristas (sobre todo en la gestión Pro de la ciudad de Buenos Aires, pero que contó en muchos casos con el aval de los legisladores kirchneristas) la mercantilización de los espacios comunes se fue profundizando (tendencia ascendente de 2015 en adelante), así como la subsunción del territorio a las lógicas de valorización del capital.

Si durante el kirchnerismo las distintas expresiones de los sectores de poder "tercerizaron" la violencia en bandas[6], durante el macrismo esa violencia tercerizada se combinará con una política de Estado abiertamente represiva, encarnada en la figura de Patricia Bullrich Luro de Pueyrredón y su "Doctrina Chocobar", que busca legalizar el gatillo fácil en Argentina.

Como bien sugiere el planteo de Juguetes perdidos, en la descripción de los "nuevos barrios" que emergieron durante el kirchnerismo hay que poder leer un anticipo de ese clima ("sombrío y oscuro") que luego tomará al país entero, cuando la vida mula deviene voto mulo y el mundo privado deviene país. Ahí, cuando el terror anímico lleva al pedido de tranquilidad, cuando se produce un revanchismo social entre los propios pobres ("todos contra los mantenidos del plan"), cuando el realismo vecinal se enlaza con una gobernabilidad de derecha, ahí –precisamente ahí– la gorra aparece coronada, y el macrismo no será más que "la expresión política de la patria muleada y engorrada".

Una sociedad en movimiento

Demasiado cambiante, y muy acelerada la realidad de este país. Aun cuando parece que "no pasa nada", suele suceder que en los lugares más imprevistos se está gestando por abajo la próxima revuelta, o al menos, un nuevo proceso en donde

[6] Casos paradigmáticos fueron el asesinato del militante del Partido Obrero Mariano Ferreyra, en octubre de 2010, a manos de una patota de la Unión Ferroviaria que se oponía al reclamo de sus bases dinamizado por el trotskismo que buscaba terminar con la precarización laboral en el ramal Roca y el asesinato del integrante del Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE), Cristian Ferreyra, a manos de bandas armadas de los acaparadores de tierras campesinas en noviembre de 2011, así como el caso de "Jere", "Mono" y Patón", militantes del Frente Popular Darío Santillán asesinados por un narco en la madrugada del 1º de enero de 2012, en el barrio rosarino de Moreno.

amplios sectores del pueblo argentino emergerán para mostrar que no están dispuestos a que los de arriba se lleven puesto el país como si nada.

Y lo inverso también es cierto. Cuando parece que la insubordinación se puso en marcha, los ánimos se aplacan, y la normalidad retoma sus cauces.

De allí la complejidad del momento que atravesamos, y lo nocivo del accionar de la militancia nostálgica, que se deprime y dispara comentarios venenosos todo el tiempo por las redes sociales virtuales, o el periodismo biempensante, que sólo juega un rol de impotencia política pero con la conciencia tranquila (la catarata de noticias de lo malo que es el macrismo, que aparecen a diario en medios como *Página/12*, parecen paralizar más que incitar a la revuelta), porque en ambos casos sólo se ven los problemas, las dificultades, y nos los esfuerzos enormes que numerosas militancias vienen realizando a lo largo y ancho del país para resistir esta nueva embestida conservadora.

El primer desajuste entre lo empoderada que se suponía estaba la sociedad argentina y la realidad vivenciada desde 2016, fue la facilidad con la que el macrismo avanzó con sus políticas antipopulares.

El 10 de diciembre Mauricio Macri asume la presidencia de la Nación, tras haber obtenido el triunfo contra Daniel Scioli en el ballotage del 22 de noviembre de 2015, con 51, 34% de los votos (luego de haber salido segundo en las elecciones generales del 25 de octubre, con el 34%). Y ya el 22 de diciembre, a días de comenzar su mandato, la "Revolución de la Alegría" reprime una protesta de trabajadores de Cresta Roja que defendían la continuidad de sus puestos laborales. El 15 de enero de 2016, como si fuera poco, Cambiemos inicia el año con un dato lejano a la capital política del país, pero de vital importancia en términos de lo que se vendrá para el movimiento popular: detienen en Jujuy a la dirigente social kirchnerista Milagro Sala.

De haber tenido que apostar, meses antes, si un gobierno como el de Macri se animaría a detener a la líder de la Tupac, hubiese apostado el todo por el todo a que no, salvo que estuviera dispuesto a que se prendiera fuego Jujuy, y luego, la Argentina entera. Pero nada de eso sucedió. E incluso el acampe realizado en Plaza de Mayo en su apoyo fue muy poco masivo.

El 2016 también comenzó con una ola de despidos en el sector estatal (que luego se extendió al sector privado), que se justificó bajo el pretexto de que las funciones públicas estaban llenas de "ñoquis" tras la larga década kirchnerista. Sin embargo, abril termina con lo que será la primera gran movilización contra el macrismo, en la que confluyen las cinco centrales sindicales (las dos CTA y las tres fracciones de la CGT), sectores del peronismo, el kirchnerismo y la izquierda, y los movimientos sociales.

De allí en más se producirá la paradoja de que el kirchnerismo desplazado del gobierno, siendo la mayor fuerza política del país, no encabezará los procesos de lucha que comenzarán a emerger de una punta a la otra del país, pero por sobre todo, en la ciudad y la provincia de Buenos Aires. En un primer momento el kirchnerismo se centra en acompañar con presencia en las calles las distintas presentaciones judiciales a las que se ve expuesta Cristina Fernández de Kirchner, en medio de una ofensiva judicial-mediática que busca colocarla en el lugar de la jefa de una asociación ilícita que tuvo al país tomado por doce años. También algunos de sus referentes recorren el país haciendo mateadas en plazas, donde se congrega un público de características muy delimitadas: familias de clase media discursivamente muy politizadas y con claras simpatías hacia el espacio político. La excepción son sus cuadros medios sindicales, que insertos sobre todo en la CTA (estatales y docentes), enfrentan las ofensivas contra el empleo y el salario desde sus respectivos gremios.

El desánimo cunde en amplias franjas del activismo, kirchneristas por supuesto, pero también de los movimientos sociales. El fantasma de 2001 recorre algunas subjetividades militantes de las izquierdas pero rápidamente la realidad golpea con toda su crudeza: la revuelta ha quedado allá lejos en el tiempo, y parece ser más historia que legado susceptible de ser reactualizado. El peronismo no kirchnerista, por otra parte (los gobernadores, la cúpula de la CGT, las distintas fracciones de lo que alguna vez supo ser el Partido Justicialista), ejerció un rol fundamental en cuanto a ser co-gobierno de las políticas abiertamente regresivas desarrolladas por Cambiemos.

Sin embargo, la Argentina no es una sociedad que se mantenga quieta durante mucho tiempo, sobre todo teniendo en cuenta la situación social, económica y cultural en la que viven las mayorías.

En junio de 2016, al conmemorarse un año de la primera movilización del #NiUnaMenos, bajo la consigna #VivasNosQueremos, una enorme cantidad de mujeres toma las calles del país y las muestras de adhesión por redes sociales virtuales multiplica el reclamo, al que también adhieren funcionarios de Cambiemos y figuras del mundo del espectáculo, algunas de las cuales serán rápidamente cuestionadas por considerarse hipócrita su posición. Como sea, la respuesta en las calles y en las redes fue aún mucho más contundente que el año anterior. En el medio, se había producido la ya mencionada detención de Milagro Sala y antes, la represión al Encuentro Nacional de Mujeres realizado en Mar del Plata.[7]

En agosto, retomando la consigna de la CGT durante el último tramo de la dictadura ("Paz, Pan y Trabajo", y relacionándola con la actual tríada planteada por el Papa Francisco,

[7] En octubre de 2015 se produce el asesinato de Diana Sacayán, quien de allí en más será tomada como bandera, sumando al reclamo de condena a los femicidios la figura del travesticidio.

"Tierra, Techo y Trabajo"), unas 100.000 personas sorprenden marchando desde San Cayetano hacia Plaza de Mayo, en lo que será el inicio de un plan de lucha de las trabajadoras y trabajadores de la economía popular que culminará en diciembre, con un acto frente al Congreso de la Nación en donde las organizaciones sociales de matriz territorial encuentran el apoyo de la CGT en un reclamo que termina con la primera gran victoria popular frente al macrismo: la sanción de la Ley de Emergencia Social, que crea entre otras cuestiones, la figura del Salario Social Complementario, un ingreso mensual equivalente a la mitad de un salario Mínimo, Vital y Móvil que el Estado deberá abonar a cada persona que acredite como trabajador de la economía popular y se anote en un registro nacional.

***

El 2017 tiene la peculiaridad de ser el año en donde la sociedad argentina se muestra más movilizada, especialmente en los segmentos con mayor capacidad de confrontación, pero también, el año en que Cambiemos revalida su gestión de gobierno ganando en las elecciones de medio término realizadas en octubre. Algunos analistas políticos (como José Natanson, director de la edición Cono Sur de *Le Monde Diplomatique*) comienzan a hablar a mediados de año de una "nueva hegemonía de la derecha democrática", pero menos de dos meses después del triunfo electoral (en donde incluso la mismísima Cristina Fernández de Kirchner aparece derrotada en la provincia de Buenos Aires y los gobernadores peronistas "amigos" del presidente también, como Juan Schiaretti en Córdoba y Juan Manuel Urtubey en Salta) una escalada de movilizaciones culmina con una gran marcha a la Plaza de los dos Congresos para repudiar el anuncio oficial de avanzar con la aprobación de una Ley de Reforma Previsional y otra Laboral. La marcha

termina con represión y, cuatro días más tarde, el fantasma de 2001 vuelve a rondar nuevamente en el país, a horas de conmemorarse un nuevo aniversario de la insurrección del 19 y 20 de diciembre, con una Buenos Aires en donde las barricadas, el fuego, las piedras de los manifestantes y la represión policial se hacen sentir, incluso con el ingrediente de "cacerolazos" contra el gobierno nacional, en zonas en donde Cambiemos había obtenido más porcentaje de votos en las últimas elecciones. Pero el año termina en paz, con la pequeña victoria del movimiento popular que logra hacer retroceder la intentona judicial de otorgar un beneficio de reducción de pena (el famoso "2x1") a condenados por cometer delitos de lesa humanidad durante la última dictadura (como fue el caso de Luis Muiña), pero con el sabor amargo de la impunidad por los asesinatos cometidos contra Santiago Maldonado y Rafael Nahuel, que dinamizaron el tercer elemento de luchas del período: la defensa de los derechos humanos, tanto en relación con el pasado (ante un contexto permanente de intento oficial por reinstalar la Teoría de los dos demonios) como en situaciones de asesinato políticos y posibles desapariciones forzadas de personas.

El año siguiente transcurre sin demasiados sobresaltos para el poder político nacional y cierra con un diciembre por demás tranquilo, con una fuerte apuesta del macrismo por sostener la paz social, que se expresa en una clara inversión de recursos a través del ministerio de Desarrollo Social.

El gran dato político del año es el de las fuerzas movilizadas tras el reclamo por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito, que incluso llegó a suscitar adhesiones tan amplias que involucraron a funcionarios de Cambiemos y a la senadora Cristina Fernández de Kirchner, pasando por figuras como Fernando Pino Solana y los diputados de la izquierda.

Un reclamo, por otra parte, que logró trascender las fronteras de la provincia de Buenos Aires para hacerse nacional e

incluso internacional, cuando mujeres de otros países levanten la misma consigna, como ya lo habían hecho con el Primer Paro Internacional de Mujeres, realizado en varios lugares del mundo, pero impulsado por mujeres argentinas en el contexto de la conmemoración del Día de la Mujer Trabajadora, el 8 de marzo de 2017.

Feminismos, precariado y derechos humanos

Sin lugar a dudas los dos grandes emergentes de los últimos tiempos han sido el movimiento feminista y el del precariado, ambos con una historia que excede a los años infames del macrismo, en donde el histórico movimiento de derechos humanos también cobró un nuevo vitalismo a partir de las oscuras coyunturas por las que nos vimos atravesados quienes habitamos la Argentina.

Desde históricas feministas como Rita Segato o Mabel Bellucci a nuevas intelectuales críticas y activistas como Verónica Gago, pasando por periodistas como Mariana Carabajal, la experiencia de la lucha histórica y actual de las mujeres en Argentina viene siendo contada y pensada por estas luchadoras que son quienes tienen mejores argumentos y vivencias para dar cuenta de un proceso que ya ha dejado sus marcas en el país. De todos modos, no podemos sino hacer una mención a una experiencia que, como destacan algunas de las pensadoras mencionadas, van más allá de la especificidad de la histórica lucha de las mujeres y con sus planteos logran conmocionar un orden (el patriarcado) que atraviesa a toda la humanidad.

Si bien la consigna y posterior conformación de diversos colectivos feministas en distintas partes del país bajo ese mismo nombre surge en 2015, en la movilización convocada para el 3 de junio en protesta por el femicidio de la adolescente Chiara

Páez (perpetrado el 10 de mayo en la provincia de Santa Fe), la experiencia del #NiUnaMenos cobra una envergadura mayor durante los dos primeros años de la gestión Cambiemos, donde el feminismo entrará en un proceso de ascenso que lo llevará, como movimiento, a encontrar niveles de masividad en las calles y legitimidad en los debates públicos como nunca antes había tenido en la historia argentina, incluso realizando acciones que tendrán repercusión internacional, como ya se ha mencionado.

Francisquismo de por medio, en un país en donde no solo la estructura de la Iglesia Católica supo tener un peso político de importancia, sino –sobre todo– en donde el cristianismo abrevó con fuerza en las creencias de los sectores populares, la corriente mayoritaria de estos "nuevos descamisados" que comenzaron a ser identificados como trabajadores y trabajadoras de la economía popular buscan romper la fragmentación estructural y organizacional de la clase formalmente ocupada y el precariado que labura como puede, en vistas de constituir una dinámica de la clase que vive del trabajo, mientras que otros sectores (feminismos a la cabeza) no dejan de señalar el peso que la Iglesia tiene en estos movimientos, y sobre todo, el papel reactivo del catolicismo en ciertos modos de entender el mundo y habitarlo, el papel moralizador que los postulados de la Iglesia han tenido y siguen teniendo, aún con Jorge Bergoglio-devenido-Francisco en su cima. La tensión no es menor, sobre todo, si se tienen en cuenta determinadas conquistas ciudadanas obtenidas durante la "década ganada" (leyes de matrimonio igualitario y educación sexual) e incluso sus iniciativas bloqueadas (como el aborto libre, seguro y gratuito). Esto, sumado al papel claramente vergonzoso que ha jugado la CGT durante estos años macristas.

Así y todo, y con sus tensiones, los vasos comunicantes entre ambas experiencias (feminismos; economías populares) son

un dato de la realidad. Muchas prácticas machistas comenzaron a ser revisadas en los movimientos territoriales, donde la discusión sobre el aborto comenzó a remover muchos prejuicios y lentamente un "feminismo popular" comenzó a emerger desde los sectores más golpeados por las políticas económicas oficiales. Por otra parte, al interior del diverso movimiento feminista, varias discusiones sobre la composición de clase de sus activismos hegemónicos y sus reclamos principales (sectores medios de las grandes ciudades; denuncias de la violencia machista) comenzaron a convivir con otros vinculados a la feminización de la pobreza y la denuncia de las condiciones de explotación que las mujeres padecen mucho más que los hombres trabajadores, por el sólo hecho de ser mujeres. Dos ejemplos en donde estas agendas comenzaron a entrelazarse fueron la conformación de un "Bloque Sindical Feminista", compuesto por mujeres de distintos gremios y movimientos populares que marcharon juntas el 8 de marzo de 2018, y la movilización protagonizada por mujeres al Banco Central, bajo la consigna #DesendeudadasNosQueremos, en junio del mismo año. Un tercer ejemplo en el que se podría pensar fue el de la coyuntura de movilizaciones y acciones de marzo-agosto de 2018 en apoyo a la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo que se discutió en el Congreso de la Nación, y que encontró a numerosos contingentes de trabajadoras de la economía popular también movilizadas, y a sus referentes exigiendo a los dirigentes varones de sus respectivas organizaciones que no salieran a pronunciarse sobre el debate, mucho menos si lo iban a hacer en contra.

El mejor homenaje a la insurrección de diciembre

Por primera vez, en 2017, las jornadas insurreccionales del 19 y 20 de diciembre de 2001 se rememoraron en las calles.

Atrás quedaron los escenarios en plazas, los extensos documentos a quienes nadie les presta atención, la larga fila de oradores poco escuchados. La acción directa dio un paso al frente. Ese año, la bronca popular acumulada se expresó en la lucha de calles.

Diciembre del 17 marcó un revés, un contragolpe a la tendencia cambiemita de instalar una nueva hegemonía en el país. De algún modo diciembre es la mejor fotografía del año, porque allí se expresó con claridad una protesta con masividad, niveles de organización y combatividad como hacía tiempo no se expresaba. Diciembre del 17, entonces, como punto de llegada pero también como punto de partida. Porque ese año no se expresó en Congreso un proceso creciente de resistencia popular, nacido en la periferia y extendido lentamente al centro del país, como en 2001. La dinámica de luchas actuales encuentra en Buenos Aires su centralidad y a veces su exclusividad, y por lo tanto, reclama desplegarse en todo el suelo nacional como tarea de primer orden para el movimiento popular.

En Congreso convivieron lógicas bien diferentes: movilizar y replegarse ante la represión; aguantar la parada sin enfrentar; hacer retroceder a cascotazos a las fuerzas de seguridad. Como casi nunca ocurre, las diferentes lógicas pudieron convivir sin muchas complicaciones. Por otra parte, también fue inédita la franja etaria expresada en la jornada: jóvenes haciendo sus primeras experiencias en la militancia; jóvenes que se sumaron a la política en los años kirchneristas; ya no tan jóvenes que protagonizamos el 2001 y las batallas previas de los años noventa; veteranos de los setenta que no estuvieron en los noventa y el 2001 pero sí durante la "década ganada"; veteranos que nunca dejaron de estar presentes en las luchas. A nivel social e identitario sucedió algo similar: la plaza del lunes 18 encontró hermanados, en una misma jornada, al Movimiento Evita y a todos los partidos trotskistas (los tres que integran el Frente

de Izquierda y los Trabajadores: el PTS, Izquierda socialista y el Partido Obrero; el MST y el MAS y hasta el PSTU al que pertenece el compañero "Mortero", prófugo de la Justicia desde entonces); a sindicatos integrantes de las dos CTAs, como SUTEBA y ATE con agrupamientos de la CGT como la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y otros de la Corriente Federal de los Trabajadores; a movimientos sociales que integran el "Tridente Cayetano" (Barrios de Pie, la Corriente Clasista y Combativa y los diferentes grupos de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular) y los que no se encuadran en dicha coordinación (el Frente Popular Darío Santillán; el Frente de Organizaciones en Lucha; el FPDS- Corriente Nacional); sectores del kirchnerismo (Patria Grande, Nuevo Encuentro y La Cámpora) y la izquierda no trotskista (como las organizaciones que confluyen en Poder Popular). Docentes, estatales, estudiantes, jubilados, universitarios, trabajadores del subterráneo y la gran masa del precariado: kirchneristas no peronistas y peronistas no kirchneristas (también peronistas-kirchneristas); troskos, maoístas, guevaristas y otros izquierdistas sin ismos. También anarcos, por supuesto. Y algún que otro "servis", que en medio de tamaña hazaña, no encontraron su lugar bajo el sol.

Diciembre del 17 expresó en las calles un crisol que ya no se expresó en las interpretaciones del propio diciembre realizadas días después. El frente único anti-neoliberal se expresó con claridad en jornadas memorables, pero el balance es dispar. Queda, desde entonces, el desafío de la audacia: combinar el aspecto de golpear unificadamente al macrismo y pensar/proyectar políticamente por separado. La discusión sobre qué hacer en términos electorales en 2019 quedó planteada, incluso más allá de las diferencias estratégicas (¿es posible pensar en una confluencia electoral que no incluya el hecho de un camino estratégico conjunto pero si una táctica para impedir la reelección de la coalición gobernante?).

Preguntas que quedan abiertas, a la espera de una definición, pero que no niegan la importancia de aquel diciembre. El "reformismo permanente" fue la consecuencia inmediata de un proyecto dominante que tiene que medirse con tamaños imprevistos. Ya vimos cuán "reformistas" y "democráticos" son estos sectores para llevarlo adelante. Y también: cómo sorprende un pueblo que se dispone a desafiarse más allá de lo que se supone que puede.

Capítulo 8
Tercera conversación con Diego Sztulwark
Los desafíos por venir

DS: *Pensemos algo en términos de una suerte de balance lo que fuimos conversando...*

MP: Creo que para poder pensar algunos desafíos del presente hay que revisar algunas cuestiones. Una de ellas, creo yo, es la decisión que se tomó en su momento de disolver completamente las organizaciones políticas, los núcleos de cuadros, los agrupamientos militantes (o como lo quieras llamar), en el movimiento social puro y duro (es decir, en una comisión vecinal, un movimiento de desocupados, lo que sea). Porque ahí nos perdimos de darle continuidad a la posibilidad de articular un saber militante que, me parece, hoy hace falta. Deleuze en sus charlas con Foucault dice eso de que la teoría es como una caja de herramientas, y por la misma época, en Argentina Raimundo Villaflor decía algo muy parecido de la organización política, desde su experiencia en el Peronismo de Base. Yo pienso que hay al menos tres funciones específicas que una organización política, agrupaciones militantes o núcleos de cuadros podrían cumplir, y que desde el movimiento social no se pudieron garantizar. Por un lado: formación de cuadros, entendiendo al cuadro no como aquel que se separa del hombre y de la mujer común, sino que comparte esa ambivalencia de, por un lado, ser uno más de nuestro pueblo. y por el otro, tener un archivo, un saber específico, que tiene que ver con una mirada

política de la historia nacional, con una mirada política de los procesos de lucha internacional que se dieron en la historia y que tiene que ver con una serie de conceptualizaciones teóricas, que le permiten pensar la política desde otro lugar que la del hombre y la mujer común. Creo que es eso lo que te permite, de algún modo, articular una serie de experiencias que muchas veces libradas como a la espontaneidad del movimiento social, se dan por separado. Después está la cuestión de para qué formas cuadros, o cómo los cuadros que formás no ejercen meramente una función intelectual en los términos más burdos, sino eso que Antonio Gramsci atribuía a toda persona militante (funciones de organización y dirección). En nuestro caso, y con el recorrido de estas décadas que viene realizando el movimiento popular en Argentina, me parece que está claro que los cuadros que se necesitan formar tienen que poder articular el trabajo de base y política de masas, es decir, promover una organización que pueda formar cuadros para incentivar luchas de masas, con mucha cantidad de gente en las calles movilizadas, con capacidad de reclamarle al Estado cuestiones concretas de resolución de políticas que mejoren su calidad de vida, pero también –y simultáneamente– que se trabaje con grupos más chicos, en otra temporalidad diferente a la de los ritmos que impone la lucha de masas. Me refiero, en concreto, a desarrollar una capacidad para construir un trabajo de base más anclado en la perspectiva comunitaria de lazos solidarios, lo que implica otras formas de subjetividad y que pueda ir asumiendo la resolución de las cuestiones de la vida desde otras lógicas que las que propone el capital (salud, educación y cultura, producción, distribución y consumo, etcétera, etcétera).

Son tres dimensiones contradictorias pero que tendríamos que poder resolver en simultáneo: formación de cuadros, trabajo de base de tipo performativo y luchas reivindicativas de masas. Y sumo, una vez sentadas las bases de esto que sería lo

central, una cuarta dimensión, la más abandonada en las organizaciones de tipo "movimiento social": la propaganda.

Me parece que los movimientos sociales abandonaron algo de la tradición política de las izquierdas y de los movimientos nacional-populares respecto de la propaganda política (el kirchnerismo lo denominó como "batalla cultural"). Eso no surge espontáneamente del movimiento social, o en el mejor de los casos queda acotado a las reivindicaciones propias o a los lugares propios donde se interviene. Me parece, insisto, que ahí perdimos un archivo histórico que tiene que ver con asumir los modos más clásicos de la propaganda política: salir a pintar paredes y pegar afiches (bueno hoy los afiches circulan como flyers por internet). Obviamente, hoy hay que combinar lo físico con lo virtual, está claro. Pero lo que digo es que si bien el movimiento social puede no sólo luchar por sus reivindicaciones sino también tomar otras dimensiones de la política popular, hay veces en que por su propia dinámica hay cuestiones estratégicas que las puede tomar, o que si se las toma es porque las militancias fuerzan las cosas a un punto que al final terminan haciendo lo que siempre le criticaron a las militancias de las izquierdas más tradicionales. ¿Entonces? Bueno, entonces ahí es donde el tema de contar con una organización política se torna fundamental. Un espacio que pueda plantar una voz en ciertos debates en donde el movimiento social no ha madurado aún una posición, no ha conquistado los consensos necesarios para unificar una mirada, no ha procesado lo suficiente las discusiones para arribar a una posición común, entonces ahí se pronuncia la organización política de cuadros. Porque también es cierto que si uno quiere ser democrático, asambleario, tampoco puede forzar todo el tiempo a que un movimiento social tome las posturas que un pequeño núcleo de militancias viene teniendo. Por ejemplo: una organización política puede ejercer esa función de traducción de la que hablábamos antes, y poner

una voz pública sobre temas que se están discutiendo en el país o en el mundo, que la militancia evalúa como estratégicos, pero que en las bases de los movimientos sociales capaz no se está pudiendo discutir, por otras urgencias por el propio desarrollo de la experiencia, por lo que sea.

DS: *Pienso que la dimensión organizativa sufre mutaciones según el ritmo en que se descompone y se recompone la dinámica social. No es útil una estructura impermeable a estos movimientos de recomposición y descomposición. Las discusiones internas y hasta las escisiones indican la necesidad de mutación, de evitar dinámicas cerradas. Ninguna táctica es eficaz demasiado tiempo, hay que evitar las cristalizaciones. Si en el origen del modelo revolucionario era posible que un grupo de intelectuales con inserción social jugase el papel de la voluntad de conducción y transformación de los movimientos en su conjunto, podemos verificar hoy que las cosas, a ese nivel, han cambiado. Resulta imposible afrontar la complejidad de la realidad social sin apelar a una inteligencia colectiva más amplia, mejor distribuida, necesariamente más rica. Por todos lados hay pibes, pibas (el Colectivo Juguetes Perdidos habla de "fuerzas silvestres"), gente con cabeza haciendo aprendizajes políticos de modo muy práctico; sea el movimiento de derechos humanos, sea el movimiento piquetero, sea el movimiento de mujeres, sean las movidas contra la represión en los barrios, hay una cantidad de micropolitizaciones que hay que aprender a tomar muy en cuenta. Argentina no es un país muy quieto. En todo caso, la cuestión sería cómo se garantizan ciertas funciones organizativas que son necesarias para cualquier proceso de politización que aspire a una ruptura con el estado de cosas. Ahí venía la discusión. Esas funciones intelectuales (publicaciones, definiciones tácticas, relaciones con otras organizaciones, etc.) que estaban concentradas bajo la forma partido (en el partido de corte leninista) ¿No tiende a ocurrir que esas funciones tienden a*

ser ejercidas de un modo más centrífugo? Quizás no se dieron las condiciones para volver a reunirlas a todas en un mismo centro, tal vez ya no puedan estarlo, y haya que imaginar coordinaciones más amplias, en virtud de como se ha transformado el mundo del trabajo, el mundo popular, la pluralidad de expresiones de la inteligencia de ese mundo popular. ¿No te parece que a nivel del funcionamiento efectivo ocurre que según las circunstancias las funciones políticas son ocupadas por diversos grupos y personas que son reconocidas a partir de determinadas iniciativas específicas? Por momentos una publicación, una página, un grupo expresa un determinado punto de vista al introducir o sintetizar ciertas discusiones, asumiendo en los hechos una función importante, ¿no sucede de modo semejante la politización sindical o estudiantil? Lo que me parece interesante en este tipo de espontaneidad saber es, en todo caso, es investigar hasta qué punto hay o no posibilidades de articulación táctica entre estas experiencias, incluidas las más de vanguardia en internet o en las redes sociales, junto a las más callejeras. Es una pregunta inevitable: ¿cómo construir buenos instrumentos de análisis y difusión política en las redes? Es una pregunta que no nos hubiéramos hecho nunca hace diez años, y es una pregunta muy importante hoy. Me pregunto si la función "Partido" no es una suerte de emergente –cada vez más plural, que sólo tiende a unificarse excepcionalmente– de los momentos de lucha social, que son los momentos en donde queda más claro el valor y el poder los saberes que se tienen, la inteligencia que se tiene.

MP: Lo que no me cierra en lo que decís es algo que veíamos recién: que en momentos de reflujo de la lucha y el movimiento social, cuando la militancia queda un poco desorientada y no sabe para dónde disparar, tener una organización política te sirve para recalcular la estrategia en ese momento, y prepararte mejor para otro, más propicio para un ciclo de luchas abiertas,

que en eso acuerdo, son los momentos de mayor productividad teórico-política y político-militante, de mayor creatividad e invención... Pero en los momentos de reflujo, si no tenés organización política pasa lo que pasó después de 2004: la dispersión, gente que se vuelve a la casa. Incluso te diría que la pregunta más acuciante es: ¿por qué un montón de gente con una sensibilidad y cierta perspectiva (para decirlo rápido) autonomista, después termina militando en organizaciones de partidos tradicionales? Una respuesta posible es: porque no hay una orga autonomista, aunque pueda parecer un oxímoron...

DS: *Quizás se podría asumir que cuando un ciclo de lucha se cierra y la eficacia de aquellos instrumentos se agota, junto con la inercia de seguir militando igual, se va dispersando la comunidad de activistas. Y al mismo tiempo ocurre lo que decían Deleuze y Guattari, que cuando una máquina de guerra se captura no se termina todo, sino que muchos de sus elementos se desmultiplican y proliferan, mucho de aquella sensibilidad se reintroduce en la nueva situación como variables activas en las nuevas recomposiciones. Yo no sé cómo se puede hacer esta genealogía, pero creo que hay una serie de comunicaciones capilares (del movimiento de derechos humanos al movimiento de mujeres, o del movimiento piquetero a la CTEP) que hace que, sorprendentemente, en el momento donde el autonomismo aparece debilitado, lo encuentres por todos lados, una suerte de alfombra genérica de saberes, actitudes y sensibilidades que aparece desempeñando un papel importante en las luchas. Esa regeneración de la militancia, esa regeneración de la sensibilidad permite romper con la nostalgia y las inercias del último ciclo de luchas si bien no se da en una organización que contenga y se sostenga en los momentos de reflujo. Quizás sería interesante discutir ahí si el autonomismo no se recrea como una sensibilidad que permea al peronismo, al trotskismo, y sólo emerge como forma específica en momentos de radi-*

calización de masas. Quiero decir, puede que el autonomismo no funcione a nivel de las identidades fijas o durables, y a diferencia de lo que pasa a nivel de la vida política argentina transversaliza, al ritmo de la recomposición de los ciclos de lucha, aquellas nominaciones.

MP: Está bien, pero, ¿no sería mejor, para esas mismas ideas que estás sosteniendo, que exista una o varias organizaciones políticas, que sostengan esas ideas y que puedan también formar nuevas generaciones en esa orientación? ¿No sería mejor que una o varias organizaciones acumulen ese saber histórico, generado en distintos momentos de luchas y de despliegue de potencialidades, y que puedan decirles a nuevas generaciones que empiezan a politizarse que la izquierda clásica y el peronismo no son las únicas formas de hacer política en este país, que hay otros modos, que hay formas de ser militante? Porque si no queda librado a un espontaneísmo donde hay un montón de gente interesante en el país, haciendo cosas muy interesantes, pero cada uno por su lado. No hay una "línea autonomista" que les pueda decir: así como está el peronismo y está el trotskismo, también estamos *nosotros*, digamos, los "autonomistas", pero podría ser otro nombre (lo aclaro porque yo, con la gente con la que puedo hacer cosas, si les digo autonomismo entienden otra cosa, quizás porque como no construimos organización política que pueda explicar medianamente que entendemos por autonomía, cada uno ha dado su versión de la autonomía, y entonces el que no está muy en tema o no comparte una historia común medio que no entiende nada).

DS: *Te pregunto una cosa: en algún lugar de América Latina ¿eso existe?*

MP: Yo creo que, en términos muchos más clásicos, es el MST de Brasil, y en términos más heterodoxos, el zapatismo. El zapatismo es una orga, además de las comunidades, y las Juntas de Buen Gobierno tal como están organizadas hoy y demás, todo está porque hay toda una historia campesino-indígena, por un lado, pero por otro lado porque también hubo una orga con una línea determinada. El discurso que tiene el zapatismo no surge, solamente, por el hecho espontáneo de que había gente copada haciendo cosas en México; no, hay –hubo ahí– una orga que tiene una línea que es la zapatista, que es el producto de esa elaboración más clásica del grupo marxista original, y la historia propia de las comunidades indígenas. No hay nada más hippie que un zapatista sin orga.

DS: *¿Dirías entonces que el zapatismo es una mezcla entre una experiencia comunitaria y política que cuaja y se convierte en ejemplar, en el sentido de que es capaz de generalizarse como referente para otras luchas?*

MP: Sí, el surgimiento del zapatismo para mí es eso: una orga que fue con una línea a trabajar a las comunidades (una línea que pudo haber sido también de apertura, de escucha). Porque ahí viene el problema, cuando uno dice "línea", "orga", lo primero que surge es la idea de grupo cerrado que piensa que tiene algo ya definido y que no lo va a cambiar. Y una orga, una línea autonomista es precisamente esa idea de apertura, de escucha, de incertidumbre, de hipótesis, etcétera.

DS: *Digamos, del encuentro entre una organización militante y las comunidades surge algo, cuaja una experiencia inédita, que a larga revela capaz de inspirar a mucha gente que en América Latina empieza a crear colectivos y discursos en relación con todo esto. El efecto del zapatismo es un poco la repercusión de lo que*

pasa en la selva y un poco una disponibilidad gigantesca en redes de todo tipo en otros territorios, incluidos los urbanos.

MP: Sí, pero yo creo que la lectura que se ha hecho fuera de México del zapatismo es más hippie que de orga y ahí hay un problema, porque se ve del zapatismo sólo un aspecto. "Se ve la poesía y no se ven las balas", como decía un viejo compañero peronista, un poco en chiste un poco en serio.

DS: *Pero el zapatismo no se deja descomponer en dos términos (organización militante/comunidades). Lo que quizás se ha intentado aprender fue cómo funcionaba el elemento "acontecimental" que los ligaba. Pero es evidente que ese elemento acontecimiental no da lugar a una receta.*

MP: Está bien, coincido: que vos tengas una organización con formación de cuadros no es garantía de éxito; pero si no la tenés, es más probable que fracases. Tener organización en los momentos de reflujo, de repliegue, de desorientación, sirve para reorientar estratégicamente, en eso insisto.

DS: *Yo concluiría en lo siguiente, a ver qué te parece: experiencias de organizaciones militantes, y experiencias colectivas y sociales comunitarias, agrupamientos políticos más peronistas, o más marxistas, vertientes más o menos, cada una de ellas actúa según su situación (el medio en que actúan, el modo en que se perciben, la tarea que se proponen) y sin embargo, la clave de su eficacia no se agota en este modo de situarse sino en el modo en cómo se sincronizan con un corte histórico, con los momentos más amplios de lucha social, a los flujos y reflujos, a los ciclos de lucha. Más que grupos que aciertan y grupos que no (que algo de eso siempre hay), lo cierto es que un movimiento de rebeldía suele estar poblado de decenas de organizaciones en su interior. Más allá de lo*

que cada grupo pretende, lo interesante es el hecho que en ciertas circunstancias nacen movimientos insurgentes que son capaces de adoptar a esas organizaciones como órganos del movimiento, como funciones de su desarrollo. Son los momentos más interesantes de las organizaciones, me parece. Cuando son tomadas y funcionalizados por algo que ellos no pueden manejar del todo. Quizás la militancia política que se interesa por la dimensión de acontecimiento de los movimientos tenga que ver con esto, con desarrollar el sentido de un contrapoder, que implica una comunicación entre esas experiencias – en un cierto momento donde van a haber unos grupos más preocupados por la formación, unos grupos más pensando en un nuevo sindicalismo, otros discutiendo otras cosas- para coordinar la creación de tácticas generales. Una suerte de trazo donde algo de todo eso encuentra una cierta coherencia, una cierta comunicación, una cierta posibilidad. ¿No tiende a darse así la cuestión de la "función"?

MP: Que excede a voluntades y conciencias decís...

DS: *Claro, hasta cierto punto sí. Te volvés función de algo sin ser de tu entera elección. Hablo por mi experiencia. Por ejemplo, del Colectivo Situaciones. Allí nos planteábamos claramente una función: la investigación militante, en el contexto del 2001. Hubo un par de años en los que escribíamos, con un lenguaje muy hermético, podía circular entre mucha gente... hasta que el movimiento dejó de demandar esa función y volvimos a ser un grupito al que le pasan a los grupitos. Algo parecido recuerdo de las Cátedras del Che, allá por los años 97, 98. Para nosotros era un poco ir a buscar los 70, pero terminó siendo un espacio donde un montón de pibes se prepararon para el 2001. Es interesante entonces no reducir la cosa a la intención. Sin voluntad no hay nada, pero la voluntad no alcanza. Falta el momento, la exigencia que impone la situación. El modo en que el grupo cuaja con*

un desplazamiento más profundo. Dentro de ese movimiento, sí, creo, se constituyen segmentos organizados, algunos duros, otros fluidos, todos conectados. Cuando ves esos momentos como un trazo, te das cuenta que la potencia de un movimiento tiene que ver con esa capacidad que excede a cada organización.

MP: Estoy de acuerdo con lo que decís, sobre todo en pensar que hay veces en que nos falta generosidad, pero me parece que excede en pensar que lo mejor que produce una época es lo que uno hace. Y volvemos al principio: a la organización, los cuadros, la estrategia. Porque vos en un momento determinado podés analizar la situación y llegar a la conclusión que lo que venís haciendo no es lo más potente, que hay otra gente haciendo cosas más interesantes, que la cosa va por otro lado... Entonces ahí haces autocrítica, rediseñás tu estrategia, reconfigurás tu organización.

DS: *¿Vos crees entonces que puede haber una teoría política autonomista? Es decir: ¿se puede pasar de lo que conocemos o experimentamos a algo más? ¿Hay algo más en términos políticos?*

MP: No sólo creo que sea posible, sino una tarea político-estratégica de primer orden.

DS: *Contá: ¿Qué es?*

MP: Me parece que, en un primer lugar, es hacer una pragmática, una sistematización de todas esas experiencias que fueron surgiendo, que se fueron desarrollando en esos años del ciclo de luchas autónomas: poder pensarlas en sus virtudes, pero también en sus limitaciones. Para ser más clásico en el lenguaje: me parece que lo que hay es una "dicotomía incruenta" (como decía Oliverio Girondo) entre intelectualidad crítica y

militancias de los movimientos sociales, ahí hay que buscar una convergencia, los modos no los sé, pero creo que los estamos ensayando.

DS: *Ahí hay un elemento. Podría ser parte de un desarrollo autonomista esa construcción particular entre intelectual y militante, que todavía nos está faltando...*

MP: Se vienen ensayando distintos modos de abordarlo, pero siempre con muchas dificultades. Porque hay un doble problema ahí: por un lado, el anti intelectualismo de las militancias de los movimientos sociales, y por el otro, el academicismo de la intelectualidad crítica. En eso sí tengo hoy una mirada más clásica respecto de la que tenía en 2001: estoy convencido que sin teoría revolucionaria no hay proceso revolucionario. Y no estoy dispuesto a enterrar el deseo revolucionario en una caja en el fondo del ropero progresista, aunque haya veces en que tengamos que meter la mano y buscar algún viejo ropaje, o uno nuevo que no nos gusta, pero cambió el clima y necesitamos una campera para no salir en remera a la intemperie.

DS: *El viejo problema de Lenin, en nuevos términos: hay que preguntarse cómo se hace. Eso hay que desarrollarlo, pensar cuáles fueron las formas en que se hizo del 2001 para acá y ver por dónde suponemos que podría haber algo nuevo.*

MP: Incluso para pensar cómo otros sectores políticos dieron una respuesta a eso y el modo en que la dieron.

DS: *¿Kirchnerismo tipo Carta Abierta, eso decís?*

MP: Eso en términos de lo que no habría que hacer. Yo le presto mucha atención a la experiencia del PTS, por ejemplo:

un partido que destina recursos y cuadros a la especificidad de la batalla cultural (aunque en el trotskismo no le dicen así). En su caso abarcan un abanico amplio muy interesante: La Izquierda Diario como periódico web; la editorial del Instituto del Pensamiento Socialista Karl Marx (el IPS), con traducciones propias incluso, colecciones temáticas, etcétera; la revista Ideas de Izquierda; los videos como la miniserie web "Marx ha vuelto" o las trasmisiones de PTS TV (yo no le pondría ese nombre, ¿no?). Es decir, me parece que por ahí hay una línea a experimentar. Algo de eso también es lo que vienen haciendo ustedes con la editorial Tinta limón y el portal Lobo suelto, que primero fue blog... Digo: lo que hicieron después del Colectivo Situaciones, que en su momento también fue un aporte interesante, más allá de las diferencias que nosotros teníamos con ustedes entonces hoy no puedo sino decir que fue un gran aporte: producciones de tipo cuadernillos, investigación militante que combina reflexión que surge de los diálogos con protagonistas de las luchas y teoría política. Del espacio en el que participé durante muchos años también se hicieron intentos: escuelas de formación política con cartillas propias; toda la línea de publicaciones (muchas veces muy intermitentes y sin una línea editorial muy clara, pero contribuciones al fin) de la editorial El colectivo...

DS: *Recién ahora comienza a constituirse un archivo de todo eso, este libro incluso expresa esa voluntad, no? Lobo Suelto acaba de publicar el archivo entero del Colectivo Situaciones, que abarca una amplia red de talleres e iniciativas con la Escuela Creciendo Juntos, con el MTD Solano, con el MOCASE, con los escraches de H.I.J.O.S, con el Grupo Arte Callejero (GAC), con todas las experiencias de esos años que fueron recontra intensos. A mí me sigue interesando muchísimo rescatar esa experiencia, porque creo que ahí se llevó a fondo una intuición, y toca ver qué pasó*

con eso. Volver sobre el lenguaje de aquella experiencia, someterlo a un balance. Pero es una tarea que excede esta charla. Después está el problema de qué se podría esperar del desarrollo de fuerzas políticas con rasgos autónomos cuando se plantea el problema de las instituciones políticas. No sólo la cuestión de si presentarse a elecciones o no, sino respecto de todas las funciones de gobierno: locales, policiales, administrativas, jurisdiccionales, ¿cómo hace un movimiento que se desarrolla con una vocación de autonomía y ruptura para afrontar el asunto del gobierno? Si observamos bien desde la historia del zapatismo hasta el movimiento boliviano (pero también lo que pasó acá en 2001) te das cuenta que no es sólo el tema de presentarse a elecciones, sino qué vínculo se tiene con el Estado, todo eso sigue siendo muy complejo porque abarca muchos niveles simultáneos.

MP: Sí, es todo un paquete. Por eso me parece que todo eso no se puede resolver sin la función teórico-intelectual del movimiento, que es de lo que hoy carecen las experiencias autónomas, donde prima mucho ese pragmatismo de probar esto o lo otro e ir viendo, siempre ir viendo, que está muy bien, experimentar, crear... Pero también hay que poder proyectar, planificar, repensar creo. Y ahí es donde veo los límites del 2001, cuando decíamos no fue insuficiente, pero sí tuvo limitaciones, ahí se expresa creo, en esto que venimos hablando. Podes tener determinadas cuestiones sin resolver (incluso bienvenido sea no pretender tener todo resuelto y todas las respuestas), el problema es cuando no sólo no hay respuestas sino que no hay preguntas; creo que hubo mucho de eso en estos años: nos quedamos sin respuestas y, también, se nos diluyeron las preguntas. Una de ellas es por la cuestión del autogobierno, por ejemplo. Digo: no sólo el trabajo territorial que se pueda ir gestando tras años de militancias en lugares específicos, sino como generás lo que en otra jerga, en años anteriores, se denominaba como

"zonas políticamente controladas", y qué relación pensamos entre ese autogobierno y el gobierno instituido, incluso de un gobierno popular. El problema es que, si no estamos teniendo líneas de construcción de autogobierno: ¿desde dónde vamos a discutir una vinculación con el Estado? Retomando: creo –y lo digo autocríticamente– que en 2001 pensamos muy autocentradamente nuestras experiencias, sin pensar cual iba a ser la relación que íbamos a entablar con los otros vectores del movimiento popular que, imprescindiblemente, van a estar en un proceso de cambio social. No se puede pensar un proceso de transformación donde no esté, por ejemplo, una parte del peronismo y el kirchnerismo; o donde no esté la izquierda clasista, hoy agrupada en los partidos trotskistas. Son sectores que tienen un peso en la historia reciente de nuestro país, en algunos casos, y algunos otros en la historia larga.

DS: *A propósito de esto que decís, ¿qué relación te parece que se puede tener con esos otros grupos o partidos que tienen concepciones bien distintas de las de uno?*

MP: A mí me parece, en primer lugar, la del diálogo (la polémica si querés, para que no suene tan posmoderno). Yo creo que es un gran problema que tenemos hoy desde las construcciones autónomas: la endogamia, la práctica ensimismada. Vamos de nuevo para atrás: al no tener una posición muy clara (al menos de algunas cuestiones), en general, la tendencia ha sido la de no querer dialogar con sectores con propuestas más definidas. A mí me parece que hoy deberíamos, por lo menos, tender a la construcción de una fuerza política que nos permita sentarnos con el FIT, con sectores del peronismo y del kirchnerismo y discutir algunas cuestiones. Hace poco hablaba con Myriam Bregman, y le preguntaba por qué el FIT no toma como parte programática la cuestión de la economía popular.

Claro, ella me decía que si lo toman, que acompañan a los senegaleses cuando los detienen, y es cierto, pero bueno, lo que yo quería discutir era el modo en que lo toman, si ese –en el mejor de los casos–, es insuficiente. Podrían, aunque no desarrollen organizaciones territoriales por obrerismo (en el caso del PTS) tener una postura un poco más abierta para con las expresiones del movimiento real que surgen, además, porque ha mutado la composición misma del capital. Entonces, digo: el FIT podría asumir programáticamente la cuestión de la economía popular. Pero claro, como está el Papa, y el peronismo y no sé qué detrás de la CTEP, no lo hacen. Un infantilismo. Lo mismo el kirchnerismo: hasta que Grabois no se posicionó junto a Cristina, la CTEP era el enemigo. Al punto que La Cámpora se posicionó –en principio– contra la Ley de Emergencia Social, una conquista importantísima para cientos de miles de familias trabajadoras de la Argentina.

DS: *O sea, un punto de vista autónomo requiere comprender la necesaria relación que hay entre micro y macro política, la imposibilidad de negar alguno de los dos aspectos.*

MP: ¡Claro! Para mí, en ese sentido, fueron muy importantes los aportes teóricos que ha realizado nuestro amigo común, y personal, Félix Guattari. El loco siempre es ninguneado: primero por francés, después porque se lo conoce más a Deleuze (con quien hay un fuerte prejuicio), pero cuando se pone a leerlo ve que todo el tiempo se topa con que en sus textos hay discusiones que son las que estamos teniendo nosotros hoy. Por lo tanto, esta cuestión de lo micro y lo macro es fundamental, porque se ha pasado de una política centrada en lo micropolítico negando lo macro-político a una macro-política que sostiene un discurso de lo micro en el mejor de los casos, pero no intervine activamente desde ahí. Deleuze y Guattari son cla-

ros: no hay política que no sea a la vez micro y macro política. Y Guattari refuerza: se necesitan intervenciones en el campo del deseo así como máquinas de guerra revolucionarias para intervenir en los procesos de liberación. Por eso creo que ahí hay todo un nudo por destrabar; y no lo van a destrabar las militancias que están involucradas en el día a día de una pelea puntual, en un territorio específico. En términos materiales es muy compleja la cuestión. Obviamente, desde Marx, peleamos por hacer saltar por los aires esa asimetría que se genera producto de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual, pero no podemos dejar de ver –si en el fondo asumimos que seguimos siendo marxistas– que hoy hay que pelear desde unas condiciones materiales y simbólicas de existencia muy complejas, donde las militancias a veces apenas si pueden resolver cuestiones de sobrevivencia. Entonces, sin caer en pensar que hay que gestar una función de hiper-especialización (que sería que haya intelectuales que piensen cuestiones que las militancias llevan luego a la práctica), sin caer en las figuras clásicas de tipo "intelectual de partido", sí creo que hay que volver a pensar en funciones de tipo partido (de nuevo tipo y todo eso, claro), y a su vez, pensar en zonas de frontera, en zonas de confluencia donde haya una especificidad (producción del trabajo intelectual), que tenga por función promocionar determinados dispositivos y dar los primeros puntapiés para empezar una discusión que, de otro modo, es muy difícil que se produzca. Porque, por otra parte, sino es cargarle una mochila demasiado pesada la militancia social: esa que está llenando planillas (¡el Estado te vuelve loco siempre con las planillas!), que está luchando contra el narco, que está repartiendo bolsones de comida u organizando un merendero, esa –al fin y al cabo– que está haciendo las cosas de la diaria de un movimiento social (que después podríamos pensar cuánto hay de auto-reflexión respecto de eso, pero ese ya es otro tema).

DS: *Te abro otra perspectiva, volviendo a la dimensión regional: el tema de cómo cambió la percepción sobre lo que era Latinoamericana antes y después del periodo 2003/2006, es decir, de la comunicación que va entre el zapatismo y el movimiento piquetero al momento donde irrumpe el PT, el kirchnerismo, Evo y –yo creo que es muy importante– Chávez. La idea del poder popular, del poder popular como constitucional, pensado en el marco de un Estado, ¿cómo pensás que se da esa diferencia entre lo regional, pensado como luchas autónomas, y lo regional ya pensado en términos de experiencia políticas en los Estados? Cambia un poco la imagen que después decae porque se cae alguno de esos gobiernos, hay una decepción con un banco de crédito Latinoamericano, como que las expectativas más de integración a nivel estatal empiezan a caer, pero no es que la agenda vuelve a ser retomada en el punto en que estaban los movimientos, sino que un poco se disuelve el imaginario Latinoamericano y vuelve una perspectiva muy nacional-estatal de la política. ¿O no?*

MP: O una perspectiva Latinoamericana medio nostálgica de lo reciente, diría, o con una idea peor (que yo veo en muchos espacios), que es como que en breve se va a volver a repetir eso que pasó hasta hace poco; esta idea medio mecánica de la política, donde ahora es un impasse pero cuando vuelva a ser va a ser como fue, algo que me parece que nosotros debemos estar muy atentos para no pensar el 2001 en esos términos, no pensar que ahora la tarea es restablecer una dinámica previa al kirchnerismo, porque creo que eso es reaccionario, que no va a ser y que además nunca sucede así en la historia. Igual le reconozco, en esto de empezar a pensar también cómo nos posicionamos después de 2002, para pensar la perspectiva, que me parece que en su momento la discusión era entrar o no entrar y si no entrabas era cuestionar todo lo que tenían esos sectores que entraron y esa perspectiva estatalista. Yo les reconozco

algo que nosotros no tuvimos en agenda que es la cuestión del Latinoamericanismo (si bien estábamos atentos a que pasaba en el MST Brasil y en el zapatismo), no teníamos en el horizonte la construcción de la Patria Grande Latinoamericana, e incluso había muchas discusiones respecto de la cuestión de la patria, de la nacionalidad (cosa que no tenía el zapatismo con la bandera mejicana). Me parece que eso es interesante porque todo lo que hicieron estos gobiernos, desde una perspectiva estatalista, yo no descartaría que tengan que hacer los movimientos sociales desde una perspectiva de base.

DS: *¿Dirías que las diferencias entre diferentes movimientos fueron menos programáticas y más del tipo de pragmática? ¿En el sentido que el movimiento hubiese hecho cosas parecidas?*

MP: En un punto sí y en un punto no. Justamente son diferencias programáticas en el sentido de que para unos el Estado en el programa juega un rol central y para otros no, pero sí me parece que está lo común de la necesidad de la articulación continental. Y ahí el ALBA de los movimientos sociales puede ser una expresión de eso, de la necesidad de la articulación continental y dar una respuesta de bloque de países para enfrentar al imperialismo o a los nuevos modos de acumulación de capital, que no dejan de ser internacionales y que quizá entre la escala de la micropolítica local y la macropolítica mundial, hay escalas regionales que juegan un papel fundamental.

DS: *Sí, y capaz que esta pregunta por lo programático, que a mí me ocurrió alguna vez viendo como la CTA veía muy bien lo que hacía el PT y muy mal lo que hacía el kirchnerismo, y uno decía: no hay tanta diferencia e incluso en muchas cosas el PT era más neoliberal que el kirchnerismo, entonces ¿por qué se puede apoyar tanto al PT y rechazar tanto al kirchnerismo? Yo lo que*

pensaba es que por ahí no hay tanta diferencia de programa, en el sentido de que, coyuntura por coyuntura, hay cosas que hicieron estos gobiernos que no fueron tan distintas. Tal vez la diferencia hay que rastrearla en el pensamiento sobre las instituciones, porque si uno respeta mucho el Estado tal como viene y no intenta abrirlo a una coordinación donde participan más sectores de lucha en la toma de decisiones, las medidas cambian de naturaleza, porque están siempre intentando conservar la gobernabilidad tal como se la tiene y no intentando abrir escenarios más radicales. Por ejemplo: la medida que tomó el gobierno de Cristina de restringir la venta de dólares en el 2013 o el tema de cobrarle al campo retenciones, son todas medidas positivas, pero la sensación que uno tiene es que eso no iba de la mano de incluir en la toma de decisiones a esos sectores que estaban protestando por el mismo modelo de acumulación al cual se lo estaba retocando un poquito, me refiero a las luchas contra el neoextractivismo. La discusión es si el Estado se va convirtiendo en otra cosa o no. Igual con la Ley de medios, es decir, que el Estado al mismo tiempo que gestiona con realismo una situación dada por el capitalismo, va abriendo ensayos donde la participación popular va prefigurando otros modos. Eso tal vez sería una diferencia fuerte con lo que pasó, al menos en Argentina.

MP: Por eso, para mí, la cuestión de la función teórica es tan importante en el sentido que, me da la sensación, hay como una especie de miedo o recelo a que si tomás una decisión coyuntural en un determinado sentido, toda tu estrategia y tu construcción se va en ese sentido, sin medias tintas, en una cosa muy sectaria o muy purista, que a veces corre el riesgo de ser idealista, y eso es un problema. Porque todos los ejemplos que vos relatás, son ejemplos de cómo más allá de tus principios de construcción, de tu estrategia general, después tenés que medirte con cada coyuntura, sino de qué estamos hablando...

DS: *Es lo que León Rozitchner llamaba la radicalización en abstracto.*

MP: Claro, a mí me parece que pasó eso en algunas coyunturas. Y también, padecimos de una dificultad para poder salirnos del denuncialismo permanente o de centrar tu construcción en el denuncialismo. Yo creo que la estrategia de izquierda tiene que tener denuncia, a diferencia de otros sectores que quizá piensan que no, que sólo hay que construir lo propio, yo creo que hay que construir lo propio y denunciar y dar esas batallas por las ideas de sociedad que se tiene, pero el denuncialismo no puede estar todo el tiempo en el centro de la escena. También sucedieron algunas paradojas, del tipo de que cuando el Estado abrió los grifos de algunos recursos, en sentidos que podían servir para la acumulación popular, había más denuncia de que no se habían abierto los grifos suficientemente que construcciones que podían ser financiadas verdaderamente. Me parece que hay que poder pensar un escenario para lo que se viene que sea el poder intervenir en determinadas coyunturas con tácticas específicas, que a veces pueden llegar a implicar apoyar sectores que no tienen mucho que ver con tu construcción o medidas de gobierno específicas, y que si a vos te sirve tenés que tácticamente apoyarlas, sin poner en discusión toda tu estrategia porque estás apoyando una medida concreta. Hay que poder discutir con claridad cómo, por ejemplo, esa medida concreta te puede ayudar o no en una estrategia que vos venís desarrollando y que no vas a cambiar en función de realizar un apoyo táctico a una medida. Eso implica entrar en el orden de las discusiones tácticas y estrategias, en el corto, el mediano y el largo plazo, y en desmoralizar un poco la política revolucionaria. No renunciar a los principios, obvio, porque ahí te pasas del otro lado, pero tampoco andar con la tabla de los valores morales para juzgar a cada organización en cada coyuntura.

DS: *Diferenciar el pensamiento en el tiempo y la diferencia entre objetivos inmediatos y objetivos más importantes en el tiempo, pero eso implica una capacidad de discriminar muy grande.*

MP: Claro, y un ejercicio permanente de análisis de situación, porque la cuestión del pensamiento crítico no puede ser una cuestión de intelectuales solamente, de especialistas, tiene que ser un ejercicio permanente de una praxis donde hay intelectuales críticos y militantes sociales y ahí es donde se construye la política.

DS: *Por ahí tiene mucho que ver con el modo en que se puede volver a leer a los grandes pensadores de la política, de Maquiavelo a Lenin, que generalmente son los más diabolizados y los más criticados desde el punto de vista de la moral. Habría que hacer un intento por reconstruir, por ejemplo, qué es lo que hace que Lenin vaya cambiando de posiciones sin cambiar de lineamiento estratégico, y cómo el bolchevismo es una máquina pedagógica de ir explicando en cada momento por qué una medida, por qué una alianza, por qué una ruptura, toda esa explicación del movimiento. Pero ahora te hago otra pregunta. A mí me parece que una función muy importante de los movimientos autónomos es la cartográfica, en el sentido de tratar de ver cuáles son los sujetos en el territorio. Ya hablamos de cuáles eran los sujetos en el territorio en el 2001, pero después vos dijiste un par de cosas más que me parece que están interesantes para pensar, para ver también cuál es la salud del movimiento autónomo y su capacidad cartográfica. Por un lado dijiste que un movimiento social hoy si no combate el narcotráfico no existe y me parece que no era la realidad del 2001. Y la otra cosa que tiene mucho que ver es que dijiste que no podemos desandar el kirchnerismo porque eso sería reaccionario. Y agrego: porque durante el kirchnerismo se produjeron transformaciones de la sociedad. Cuando digo transformaciones no quie-*

ro decir que sean positivas o negativas, me refiero solamente a que no son los mismos sujetos los que están hoy, no es el mismo territorio. Entonces una pregunta interesante para hacerse sería: ¿cómo pensar la transformación de los territorios durante el kirchnerismo y el primer macrismo? Y: ¿que sería una organización social autónoma con estos sujetos y con esta composición del territorio?

MP: Y a eso agregaría además la cuestión de las nuevas tecnologías. ¿Qué rol juega en la subjetividad hoy, de los sectores más juveniles, sobre todo, esta mediación de las tecnologías? Porque tampoco estaban en 2001 (¡yo a Darío Santillán lo llamaba desde un teléfono público con monedas a la casa de su vecino!). Ahí también hay algo del orden de la impugnación de determinadas lógicas del orden que pasan por eso, no para decir que no hay que usar redes sociales sino para ver cómo las usamos. A mí me parece que lo que está pasando (y que por eso me parece que hay que dedicarle tanto esfuerzo y tiempo a estas cuestiones), es que hay un gran déficit de pensamiento crítico en el accionar cotidiano (y con el pensamiento crítico no me refiero a que hay que organizar coloquios o sacar libros, que quizá hay que hacerlo también, pero me refiero a algo mucho más mundano, como pensar críticamente la realidad diaria que habitamos), donde se acciona muchas veces sin reflexión, desde un pragmatismo inmediatista. Creo que hay una relación estrecha entre esos modos poco críticos de hacer política y las lógicas de instantaneidad de las redes sociales virtuales, que a mí me resulta muy problemática. Me parece que habría que pensar en no asumir tan automáticamente el uso de todos los medios hoy disponibles, al menos así como se nos presentan.

SD: *¿A vos te parece que el 2001 tuvo algo interesante, en el sentido de aparición de formas de intelectualidad, o de escritura, o de circulación de discursos? ¿Te parece que podemos intentar recobrar eso como una dimensión más del 2001?*

MP: A mí me cuesta mucho pensarlo porque estuve muy en otro lugar en ese tiempo, pero, por ejemplo, todas las experiencias de contrainformación que surgieron en esos años, me parece que es una punta del hilo para tirar. Si uno piensa en Indymedia, en RedAcción, en revista Sudestada, en Proyectos 19/20, son muchas cosas que de algún modo siguen hasta hoy o mutaron pero no con la fuerza de entonces, porque la fuerza que tuvieron entonces fue justamente poder hacer un análisis de lo que estaba pasando y de lo que había que hacer, poner a circular voces que de otro modo no se escuchaban y contar historias que aparecían negadas. Me parece que después se automatizaron (para no decir se burocratizaron porque quizá nos llevaría a una imagen distinta de lo que estoy queriendo decir), siguieron más o menos haciendo lo que hacían; pero, igualmente, creo fueron experiencias muy interesantes y que hay ahí una línea de trabajo concreta.

Epílogo

La Nueva Izquierda Autónoma: diez hipótesis para un Manifiesto

Llegados al final de este recorte de lectura (de experiencias, de textos, de reflexiones) sobre los movimientos sociales y las militancias de la posdictadura argentina (1983-2018), quisiéramos esbozar algunos puntos, con el afán de ser retomados, desarrollados, debatidos y rediscutidos, con el convencimiento de que la necesaria renovación intelectual que tenemos por delante, será obra colectiva. A continuación, unos puntos para seguir pensándonos, desde abajo y a la izquierda.

1) La Nueva Izquierda Autónoma (NIA) entiende que hace falta desarrollar una profunda renovación teórica, político-identitaria y organizacional para poder enfrentar con eficacia el Nuevo Orden Mundial regido por la lógica depredadora del capital y ensayar construcciones de los pueblos capaces de edificar sociedades pos-capitalistas.

2) La NIA asume que se necesita un nuevo lenguaje y nuevos conceptos que caminen junto a las nuevas prácticas que pujan por la emancipación.

3) Asumiendo que "nada de lo humano le resulta ajeno", la NIA pretende realizar una crítica radical de todo lo existente (lógicas capitalistas, coloniales, patriarcales, micro-fascismos

que se están llevando puesta no solo a la especie sino al planeta mismo).

4) La NIA plantea que, entre la herencia de las corrientes teórico-políticas y las experiencias de lucha y organización de los siglos XIX y XX y la invención de nuevas perspectivas en lo que va del siglo XXI, hay todo un campo de indagación por explorar, en el cual algunas veces será necesario liberarse un poco del pasado, y otras, estudiar para aprender de él, así como se necesitará operar un fuerte proceso de selección para realizar una mezcla entre saberes contemporáneos y pretéritos, y enlazar colores, símbolos y tradiciones que puedan pivotear sobre el marxismo libertario, el nacionalismo popular revolucionario (peronismo en Argentina; latinoamericanismo en el continente; descolonialidad en el tercer mundo) y autonomismo de los nuevos movimientos sociales.

5) La NIA postula al movimiento de trabajadores (hoy por hoy conformado tanto por el sector asalariado como por el precariado) como aquel sujeto capaz de conformar y acaudillar a distintos sectores populares para erigirse en un sujeto de cambio social (entendiendo que el sujeto no está ni predeterminado estructuralmente ni se construye en una mera articulación discursiva, sino en un arduo y lento proceso de organización autónoma y lucha antagonista).

6) La NIA asume que el modo en que se vaya organizando ese proceso de liberación nacional y emancipación social será una invención de cada proceso particular (en función de cómo se desenvuelva la lucha de clases en cada momento y lugar determinado).

7) La NIA cultiva una lógica de complementariedad de dinámicas a la hora de pensar el proceso revolucionario. Es decir, asume que la complejidad del proceso de cambio social implica motorizar una serie de herramientas y dispositivos que incluso por momentos se tornan contradictorios entre sí, pero de los cuales no se puede prescindir (movimientos populares de base y organizaciones político-revolucionarias; luchas sociales-reivindicativas de masas y construcción de zonas autónomas políticamente controladas; doble poder, intervención en el Estado y nueva institucionalidad-no estatal; procesos locales y nacionales; nacionales e internacionales; etc.).

8) La NIA asume que así como no hay proceso revolucionario sin teoría revolucionaria, tampoco hay proceso de cambios si no se construye una épica capaz de estar a la altura de los desafíos históricos, y una mística que vincule las ideas y acciones con los sentimientos.

9) La NIA entiende que no hay proceso de cambio social sin proceso de participación popular activa, directa, pero que tampoco alcanza con los momentos de espontaneidad, sino que hace falta gestar vanguardias sociales y retaguardias militantes, para lo cual se vuelve imprescindible la formación de cuadros políticos integrales con vocación de protagonizar cambios revolucionarios.

10) Los principios que guían a la NIA son:

–**La igualdad** como punto de partida y no como meta.

–**La fraternidad** que asume la diversidad del ser humano.

–**La libertad** como tendencia a la des-alienación y búsqueda por darse las propias opciones existenciales, sin ataduras sobrenaturales ni supersticiones de ningún tipo.

–**La autonomía** tanto en el plano singular (sujetos que no sean ni sumisos ni obedientes) como colectivo, entendiendo que autonomía implica *autogobierno* (que sea el pueblo quien mande a través de su presencia y no a través de sus representantes); *autogestión* (libre asociación de productores de bienes de uso, sin patrones) y *autocuidado* (aspiraciones por resolver de un modo no violento los conflictos interpersonales internos y autodefensa para resolver los posibles ataques externos).

Se terminó de imprimir
en Encuadernación Latino América S.R.L.
Desde abajo y a la izquierda
Movimientos sociales, autonomía
y militancias populares
Mariano Pacheco
en el mes de mayo de 2019.